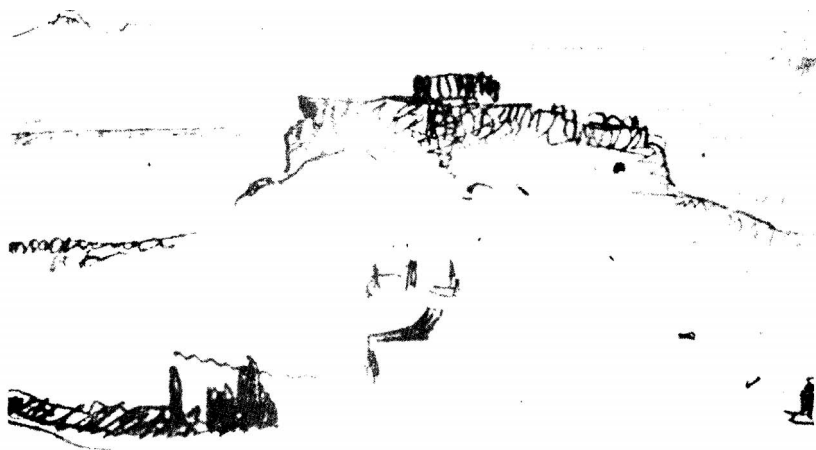


Charles-Edouard Jeanneret
(Le Corbusier)

EL VIAJE DE ORIENTE



Primera edición: 1984

Segunda edición: Enero 1993

Título original: *La Voyage d'Orient*

**Ilustración de la cubierta: Ch.-E. Jeanneret,
dibujo de la Acrópolis de Atenas.**

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 84-505-0396-5

DEPÓSITO LEGAL: V. 3.978 - 1992

ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A. - LA OLIVERETA, 28 - 46018 VALENCIA - 1993

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo. por J. M. Torres	9
Nota	17
EL VIAJE DE ORIENTE	
A mi hermano. el músico Albert Jeanneret	19
Itinerario del Viaje de Oriente	21
Algunas impresiones	23
Carta a los amigos de los Talleres de Arte de la Chaux-de-Fonds	27
Viena	37
El Danubio	43
Bucarest	59
Tirnovó	67
En tierra turca	73
Constantinopla	81
Las mezquitas	91
Las sepulturas	99
Ellas y ellos	103
Un café	109
Sésamo	113
Dos embrujo s, una realidad	119
El desastre de Estambul	125
Mezcolanza. retornos y añoranzas	131
El Athos	141
El Partenón	169
En Occidente	187

PRÓLOGO

A Francisco Jarauta, prefacio de otra clase de viajes.

DICEN, los que han tenido ocasión de conocerlo, que la claridad y la precisión en las razones que dan origen a un libro, proporcionan a su autor una profunda sensación "estante, firme, cercana a esa placidez del demiurgo que conoce con precisión absoluta el móvil de su creación".

Si eso es cierto, como mínimo oblicuas y tortuosas se me presentaban las circunstancias que habían acompañado a la primera edición del *Vyage a l'Orient* de Le Corbusier. Sumergido en ese otro tipo de lecturas que realizadas con un interés muy preciso sacan un brillo distinto del texto, aquel placer que en otra ocasión la lectura del *Vyage me* había deparado, quedaba esta vez amortiguado, empeñado en responder aquello que ya desde el principio se había convertido en mi **acompañamiento**: un repiqueteo de fechas, la de su escritura por un lado y la de su publicación por otro, con un intervalo "inmenso" y bastante inquietante de cincuenta y cuatro años entre ellas. *

* Charles Edouard Jeanneret, **Le Corbusier**, nació el 6 de octubre de 1887, "a las 21 horas", en La-Chaux-de-Fonds, Suiza. Fue arquitecto pero le gustaba **añadir** también urbanista, poeta, pintor, filósofo y hombre de letras. En 1911 realizó un viaje al Oriente. Todas las notas, impresiones y comentarios del viaje quedaron recogidas en *Voyage a l'Orient*. Este libro fue publicado por vez primera en 1965, año de su muerte.

¿Por qué *Le Voyage a l'Orient* había permanecido esos largos años encerrado, guardado, "inútilmente" escrito, salvo las noticias aparecidas en el periódico local *La Feuille d'Avis* de La-Chaux-de-Fonds? Si es cierto que en 1914 la guerra interrumpió el propósito de su publicación, ¿por qué hacia 1929, fecha de la aparición del primer volumen de las obras completas, en el prólogo no se hace de él mención alguna, y los dibujos de Oriente aparecen de una manera tan displicentemente amontonados con los de otros viajes? Y en julio de 1965, ¿qué fue lo que motivó ese resurgir de aquel diario? ¿Qué quiso entregarnos que fuesen "más" que únicamente, y como en un principio fueron, unos recuerdos de viajes?

1911. Detrás de él queda ya esa malla espesa de recorridos y viajes europeos que tan cuidadosamente ha ido trazando, dejándose conducir por los señalamientos que los unos hacen de los otros: detrás de cada movimiento, de cada viaje, una ciudad, un nuevo lugar de trabajo, un hombre. Como si ya supiera que su historia sólo puede tener forma y volumen incluyendo, clausurando, para poder continuarla, la que antes ellos escribieron. En el prólogo a su primera edición de las *Obras Completas*, allí donde se ve obligado a depurar y condensar el recuerdo de lo que fueron los comienzos, en cálido homenaje, está su reconocimiento: L'Epplatenier que "fut un pédagogue captivant"; Eugène Grasset, l'un des pères de l'esprit de 1900; Auguste Perret, "le constructeur"; y W. Ritter, Tony Garnier y Ozenfant, y también Berlague, Tessenow, Van de Velde, Beherens...

Y es en ese trajinar de su vida, entre los conocimientos de los unos y de los otros, donde él construye ya en ese instante su propio andamiaje, esqueleto babélico, exponente oficial de la universalidad secular del mundo. *Ya en ese momento*, el arquitecto ha

entrevisto todos los límites de la amplitud generosa de su historia. Antes de que el trabajo cotidiano empiece a darle forma, la misma intuición que antes le impulsaba a conocer en cuerpo y alma a sus maestros, le conducirá también *a la búsqueda de lo opuesto y que no le puede ser dado en Europa: la posibilidad de lo probable, la oportunidad del azar*, los límites de otro tipo de soledad. "Et lentement, petit à petit, je me suis affermi, j'ai découvert que l'on ne pouvait compter que sur ses propres forces"... Y lentamente, poco a poco, he ido convenciéndome, he descubierto que sólo puedo contar con mis propias fuerzas.

Él, y con él toda su historia, será un constante recorrerse de manera cíclica y entera, insistiendo en lo que de proyección tienen los inicios para explicar los finales. Pocas veces volverá a encontrarse una mezcla tan intensa de pasado y de futuro en una misma persona. Nada es fortuito, ni banal, ni extraño a esta determinación moral de la vida para quien se sabe visto y escuchado por los tiempos: cada acto, cada gesto tiene, entre pasado y futuro, un lugar preciso, una conjunción repleta de armonía. Ni el ocio, ni los tiempos aparentemente vacíos, quedan excluidos de esta especie de inmortal poder, de este sistema de fuerzas. Son movimientos que arrastran sobre las espaldas todas las obsesiones, con la certeza de que el viaje, determinación insoslayable, no es para ellas un olvido o un abandono. A lo sumo, un pequeño aplazamiento.

Oriente es todo lo contrario de Europa; su viaje hacia Constantinopla, lo opuesto de lo que fueron sus movimientos europeos. Aquella intención tan precisa que ~~antes~~ le dirigía a cada lugar, no

por él mismo, sino por el conocimiento que le iba a deparar aquel que lo habitaba, es ahora un relajado abandono por las ciudades que le conducirán hacia Oriente. El cuerpo las va recorriendo de una manera cómoda, distendida, pero la mirada, atenta y tensa, queda continuamente suspendida entre la vida tan distinta que diariamente va descubriendo y el deseo de medirla con su mundo de referencias. Nada queda excluido de esa atención fascinada. Todo, desde lo más fastuoso a lo más trivial, desde los objetos sublimes de culto hasta aquellos otros de uso cotidiano, es intensamente escrutado. Pero, por encima de todo ello, de lo que habla *Le Vgage a l'Orient* es del paisaje y de los hombres. Y no podía ser de otro modo. La mano ha ido dibujando sobre el bloc **Canson** todo lo que sus ojos han visto, intentando entender su construcción y su forma. Pero luego están esos otros tiempos muertos, esos momentos hacia la caída de la tarde, en los que el viajero sentado a la puerta de un café o detrás de sus cristales, vuelve a deshacer el recorrido de aquel día de viaje. Lejos ya del lugar donde surgió el dibujo, los espacios en blanco de las hojas se van llenando de otros comentarios. El objeto que lo cautivó en el sol implacable de la mañana, bajo la luz distinta del crepúsculo pierde la claridad de sus límites, la precisión de sus formas. Las notas se van llenando de matices que nacen ya con forma de recuerdo. Son otras palpitaciones que invocan a lo más interior, a lo más íntimo de uno mismo. Exultante y apasionado en esa escritura, la reduce más y más sólo a palabras sueltas entre interjecciones, con el propósito de condensar en la mínima expresión su afinidad con los descubrimientos. Lo que queda escrito acaba por incluirlo todo. Y esa pluralidad tan viva siempre acaba por recalar en el paisaje y el hombre. Con esta condición nacieron las páginas del *Vgage*. La referencia a la arquitectura está en el origen pero el compromiso de un diario o del libro de viajes siempre acaba por serlo con uno mismo. Tal vez *aquí* aprendió L. C. a cruzar, ya para todos sus futuros escritos, la vida con el otro argumento. Sus textos serán

siempre un **doble**te entre lo uno y lo otro. Y ese ser siempre dos cosas es lo que proporciona a su escritura esa condición tan intensa.

Pero el encandilamiento y la fascinación producen placer pero no conocimiento que pueda ser inmediatamente traducido: veinte años precisó Stendhal para poder "expresar su pensamiento", para poder *representar* en las primeras páginas de *La Cartuja de Parma*, en lugar de decir, o simplemente cantar, su amor por Italia. Conocemos más, al volver y al movernos sobre los temas que nos son familiares, insistiendo con nuestro mirar hasta el agotamiento aquello de lo que conocemos sus envoltentes: la mirada, repitiendo siempre los mismos recorridos, acaba por descubrir los indicios más ocultos, diminutos signos que estallan convirtiéndose en reveladores de todas las diferencias.

Al final, ya en Occidente, después del viaje, tendrá que decir "... j'ai vingt ans et je ne puis pas répondre...". Aquel cúmulo de pasiones no puede ser dicho en el instante de su reencuentro, en el momento de situarse de nuevo en Centro-Europa. Aquella gris y fría Europa le devuelve al centro de todas aquellas obsesiones que le habían acompañado desde atrás en todo el viaje, y que aparecen ahora con una fuerza renovada. La relectura de todo lo escrito no podía asumir otra condición que la de un bellissimo diario de viaje. Sólo su publicación inmediata hubiera tenido sentido. No fue posible en aquel momento. Y el tiempo amontonó sobre esos recuerdos capas y capas de otros argumentos para acabar amortiguando la potencia con la que nacieron.

No es difícil intuir, aunque sólo sea por ley de vida, qué fue capaz de motivar, en 1965, la publicación definitiva de lo más bonito que L. C. había escrito. La historia de L. C. podría escribirse en clave de sucesivas recuperaciones: la de él entero aún está entre nosotros pendiente; la que él realizó consigo mismo, y de manera sistemática, es la más impresionante de la historia de la arquitectura; la que él realizó con la historia de su viaje a Oriente, de las más hermosas. Porque no se trataba sin más de rescatar un viejo escrito, convertir su publicación en un trámite, una vez pasado aquel primer momento en que la edición caía por su propio peso.

Cincuenta y cuatro años después, L. C. al releerlo encontraba en el *Voyage* una dirección y un sentido que su propia fascinación le había impedido descubrir. La nueva lectura, por esos efectos de perspectiva del recuerdo, los agrandaba al desprenderlos de su minucia cotidiana. El tiempo le proporcionaba una significación más genérica que la de una pura narración de un viaje. *Le Voyage a l'Orient* ya no le pertenecía. Esa experiencia de su vida adquiría una condición más simbólica y entraba con derecho propio en ese otro terreno de la *cultura*, donde los fragmentos de la vida de un hombre acaban por ser parte de todos los hombres, o al menos, de unos cuantos entre ellos.

Pero no había sido sólo el tiempo el mediador de esta recuperación como si todo se tratase de un juego de casualidades. Lo que había entremedio de un momento y otro de su vida era *sólo* su propia obra. Como ocurre cuando identificamos súbitamente un trozo de la realidad como parte de un sueño, él reconoce que todo aquel material acumulado, escrito en el *Voyage*, ya ha sido utilizado por sus propias manos. Aquel viaje había quedado transformado en una memoria vaga, difusa, de la que él extraía tan sólo sus reflejos. A él se había constantemente remitido en ese momento de la vida en que se atraviesa la línea de sombra, cuando los ideales de

juventud son abandonados para dejar paso a otras más serenas, y a veces más amargas inquietudes. Al leer el manuscrito, los recuerdos del viaje se cruzan insistentemente con el grueso de sus últimos trabajos. Texto y obra acaban por entenderse y él es el lugar donde se produce esa transferencia.

Nada, sin embargo, podría explicar menos lo que insinuó que entender que Oriente está detrás de la Capilla de Ronchamp, el convento de La Tourette, o los palacios de Chandigarh. Estos proyectos tendremos que verlos siempre de otra manera. Si entre el viaje y estos proyectos existe un hilo delgado y sutil, es algo que no puede ser cogido sin temor de que se nos rompa. Pero esa alternancia existe y es cierta: esos últimos trabajos de su vida le conducían de nuevo a Oriente con la misma claridad con la que él reconocía que sus últimas obras eran la forma posible de aquella vida descubierta en el *Vcyage*. En su texto él lefa ahora la Memoria de aquellos proyectos.

Por el *Vcyage* habfa pasado la vida. Y el tono y la nota con que había sido escrita eran idénticos que los de su voz en 1965. Porque en uno y otro momento tomaba de la vida su esencia y no los bienes que ella otorga. Aquel texto que nunca tuvo público y que nació para no ser otra cosa que él mismo, a fuerza de no querer ser había trascendido el movimiento de los tiempos. Y con el mismo pulso y la misma letra, estaba Le Corbusier en ese momento escribiendo su último fragmento *Rien n'est transmissible que la pensée. Sólo es transmisibile el pensamiento.*

JOSÉ M.^a TORRES NADAL

Murcia. Barcelona, abril 1984

NOTA

EN 1911 Charles-Edouard Jeanneret, dibujante en el taller de Peter Behrens, en Berlín, decide, con su amigo Auguste Klipstein, emprender un viaje cuyo fin es Constantinopla. Con muy poco dinero, ambos amigos van a recorrer, de mayo a octubre, Bohemia, Serbia, Rumania, Bulgaria y Turquía.

Charles-Edouard Jeanneret descubre entonces la arquitectura: juego magnífico de formas bajo la luz, sistema coherente del espíritu.

A lo largo de este viaje, de Dresde a Constantinopla, de Atenas a Pompeya, Charles-Edouard Jeanneret mantiene un carnet de ruta. Anota sus impresiones y realiza un montón de dibujos que le enseñan a mirar y a ver. De sus notas extrae algunos artículos, una parte de los cuales será publicada por La *Feuille d'Avis* de La-Chaux-de-Fonds, Más tarde reagrupará y completará esos textos para hacer un libro. Libro que, bajo el título *Le Voyage d'Orient*, debía ser publicado por Gaspar Valette en **1914** en el "Mercure de France". La guerra impidió la aparición y el manuscrito se amontonó ante los archivos de Le Corbusier. **54** años después de su viaje, decide publicar por fin el libro, testigo de sus vacilaciones, de sus descubrimientos de joven. En julio de **1965**

corrige el manuscrito y, sin recurrir a ningún documento, lo anota escrupulosamente.

He aquí pues este *Viaje* de Oriente, que Le Corbusier consideraba como una documentación importante y significativa sobre el año decisivo de su formación de artista y de arquitecto.

A MI HERMANO, EL MÚSICO ALBERT JEANNERET

¡BIEN lo sabes, cuánto hubiera querido que lo que aquí te dedico fuese mejor! Pero no tengo nada más. Sabes bien cuán empañadoras de alegría han sido para mí estas líneas -escritas para un público que por lo demás no ha querido saber nada de ellas—, y cuán turbadoras de la serenidad a la que todo me invitaba allí. Te las doy para **poderte** dar algo hoy, pues me apetece darte algo hoy.

Tu máscara ha viajado de una punta a otra -el Danubio, Estambul, Atenas— en medio de papelotes entre los que se extravió, no por culpa mía. Era tu máscara, pero no del todo exacta. La he bosquejado sin saberlo tú, en la Wald-Schenke de Hellerau en Navidad de 1910: tragabas unas lonchas de morcilla sobre el pan con mantequilla (¡uno de esos menús a que nos constreñía nuestro bolsillo en este país!). Esa morcilla y esa mantequilla me repugnaban, tú te las tragabas glotonamente. Me parecías a ciertas horas, y en esa precisamente, increíblemente glotón... Ese croquis fue entonces como una protesta. Así te soñaba y así te creo. ¿Acaso no estás encantado de ello?

Me contaban el otro día el absolutismo con que tú defendías mi francés -durante tu estancia aquí, este verano—, mi muy pobre, triste, incapaz francés: éste era para mí -dibujante- el único medio

de expresión en esas horas en las que me sentía vibrar. Te habían citado una frase ininteligible, un monstruo tal como esos que sabía suscitar el tipógrafo de la *Feuille d'Avis* y tal como los que también tolera "nuestro amigo de la familia"³⁷ el impresor de ese periódico. Tú habías contestado que era perfecta, perfecta, y que no querías oír nada más sobre ello.

Así, querido hermano, hace años que nos prestamos ayuda. No dejaremos de hacerlo, ¿verdad? En medio de las fluctuaciones de estima que nos reservan incluso los más queridos –pues no pueden sustraerse del todo a la influencia de la opinión–, que nuestro afecto permanezca rígido, inflexible, absoluto –como el horizonte de allá, entre Lemnos y Egeo.

ITINERARIO DEL VIAJE DE ORIENTE. 1911

BERLÍN, Dresde, Praga, Viena, Vacz, Budapest, Baja, Giorgavo, Belgrado, Knajevaz, Naitscha, Bucarest, Tirnovó, Galvoro, Schipka, Kasanlic, Andrinopla, Rodosto, Constantinopla, Dafné, Brousse, el Athos, Salónica, Atenas, Itea, Delfos, Patrás, Brindisi, Nápoles, Roma, Pompeya, Roma, Florencia, Lucerna.

ALGUNAS IMPRESIONES

“¿**VIAJANDO** de este modo, largos meses, en países siempre nuevos —preguntaban el otro día en Berlín dos encantadoras **compatriotas**— no embotará usted sus facultades admirativas, no deslustrará la frescura de sus emociones para no ver ya las cosas sino bajo una mirada un poco desengañada, un poco hastiada? A veces, durante nuestras últimas entrevistas, sus juicios fueron tan imprevistos y nos sorprendieron tanto... Ahora parte usted hacia Oriente; adivinamos que su intención es no perderse nada de lo que la ruta ofrezca a izquierda y derecha...

¡**Cuántas** impresiones, pues, diversas y múltiples!... Nuestra pregunta tiene sentido. No nos guarde ningún rencor."

En definitiva, era verdad: bajo las pesadas bóvedas del **Tiergarten**, o a lo largo de los glaucos canales de la **Spree**, en nuestros paseos al atardecer, nos había ocurrido que, al regreso de una matadora excursión entre los dédalos pedregosos de ciudades viejas o nuevas de Germania, hablásemos mal de una catedral venerada, o cubriésemos con un punto de interrogación esa ciudad famosa tendida en la desembocadura de un río en la llanura y dominada por un "burg" demasiado romántico; de echar pestes contra cualquier otra mueca medievalesca encuadrada en un chasis de

torreones, fosas y muros almenados, y contra ese rictus equivoco que, bajo un yelmo épico, aparece completamente acuchillado por negras chimeneas de fábrica y acaparrosado por la lepra de sórdidos y malolientes humos. A esa visión, convertida en teatral, yo le había opuesto otra menos de moda por ser felizmente menos conocida: una serena sonrisa bajo un cielo azul dispuesto en torno a piedras esculpidas y revoques cuidadosamente pintados sobre espigas de oro donde estallan las rojas flores, donde el azul celeste se intensifica en estrellas profundas. Había hablado con entusiasmo de ciertas realizaciones modernas y, en definitiva, había criticado la Alemania medieval, en provecho de las tranquilas obras de hace cien o doscientos años. El romanticismo indiscreto, verbo tan lejano a nuestro pensamiento, me había exasperado. La admiración había enmudecido varias veces, cuando el gusto infecto de los hacedores de remates y de torres había echado, por ejemplo, sobre un rfo de cuerpo real que corría entre rudas rocas rojas erizadas o, más lejos, tendido como un dios viviente sobre una llanura a la que bendice, un expolio de espadachín. Las grandes avenidas anegadas bajo el verdor, enlosadas con un asfalto tan pulido por los automóviles que el sol poniente se refleja en él en una infinita línea de fuego jalonada por mil columnas negras de los árboles, se me habían aparecido, en ciertas horas, como grandiosas creaciones. Y las sórdidas callejuelas alrededor de las catedrales insulsamente restauradas, enterradas bajo los salientes excesivos de las descuidadas fachadas, las pestilencias que se estancan en ellas, las gentes turbias que en ellas se soterran y la pandilla hormigueante de chavales chillones, a menudo me habían hecho huir... mientras Baedeker caía pasmado, y para manifestar su alegría descolgaba estrellas del cielo para hacer con ellas simples, dobles o triples asteriscos laudatorios. Había molestado, pues, a castellanos en otro tiempo altivos, ridiculizado a "viejos verdes" fatuos o maltratados, demasiado nuevos ricos siglo XIX. Algunos nombres –bellísimos

nombres— los había marchitado. ¡Pobres nombres, pobre magia de las palabras que yo hago desvanecer! Decepcionante hecatombe.

Para que me absolvieran, había sido preciso explicarse: En primer lugar, había aventurado, existen famas sobreestimadas. En el mundo del arte, tan codeado a menudo por el de la moda, hay acaparadores y "faroleros". También se encuentran en él modestos y tímidos. A los alborotadores "reclamistas" se oponen los serenos inconscientes.

Por otra parte, ustedes dicen, señoritas, que un aficionado de arte tiene siempre, a pesar suyo, la cabeza un poco al revés, a los ojos de los demás, y sepan que yo, por ejemplo, tengo un tío irremediabilmente persuadido de que juzgo a tontas y a locas con el único fin de contrariar la opinión general.

Y a fin de cuentas, si la belleza me parece ante todo hecha de armonía y no de grosor, de extensión, de altura o de sumas gastadas o de estallido teatral, añadido, a esta manera de ver, esta manera de ser: soy joven —pecado **efímero**—, joven y por consiguiente dado a juicios temerarios. Venero el eclecticismo, pero espero a tener el pelo blanco para entregarme a él a ciegas. Al contrario, abro bien los ojos a mi alrededor, mis ojos de miope detrás de las gafas -esas tristes **gafas** que confieren un aire doctoral o de "clergyman". Suelto muchas tonterías. Me ocurre —tanto peor— que cambio de chaqueta, entre la desaprobación de mis allegados, y me contradigo más de lo que está permitido. ¡Es así que en días de enojo, resoplo, mientras que otras veces, señoritas curiosas, me siento profundamente conmovido, recorriendo un país de ensueño al ritmo de *scherzos* subyugantes, conquistado enteramente por la gran Armonía!

No, señoritas escépticas, viajando uno no se **hastía**. Uno se vuelve tan sólo un poco aristócrata en sus amores, y a fe mía que ello tiene mérito, en estos tiempos en que todo se socializa, y sobre todo para un lector de La *Sentinelle*. Este viaje de Oriente,

lejos de las enmarañadas arquitecturas del Norte —respuesta a una llamada persistente del sol, de las grandes líneas de mares azules y de las grandes paredes blancas de los templos—, Constantinopla, Asia Menor, Grecia, Italia meridional—, será como una vasija de gálibo ideal, del cual sabrán esparcirse los más profundos sentimientos del corazón...

¡Así es como a las dos de la madrugada, en el barco blanco descendiendo por el inmenso río entre Budapest y Belgrado, no acabo —olvidando ir al puente, a ver la luna ya llena subir a través del dédalo de los astros!

CARTA A LOS AMIGOS DE LOS "TALLERES DE ARTE" DE LA CHAUX-DE-FONDS

AMIGO Perrin:

¡Un saludo! Si Octavio, en su calle de la Sorbona, en París, leyera este honorable diario, demasiado hospitalario, ya habría recibido de él, en un idioma adornado con imágenes, sus condolencia encuadradas en negro, ya que ese niño, antes de nacer, está en muy mal estado y a punto de morir. Me he comprometido a escribir una notas de viaje, icasi un diario!... Y soy el más desdichado de los hombres: pues eso es, no lo niegues, el summum del aburrimiento; y el sentimiento de aguar la siesta de tantos compatriotas me atormenta. Por eso acudo a ti. Amas las formas (plásticas, se entiende) casi tanto como Georges y conoces la belleza de una esfera. Vengo a hablarte de vasijas, de vasijas campesinas, de alfarería popular. Incidentalmente, me interesaré por algunos puertos de mi ruta, y mi redactor quedará satisfecho. Marius Perrenond, nuestro alfarero de los talleres, hubiera merecido, al parecer, esta epístola "ceramicológica"; pero Marius todavía no ama la esfera lo suficiente: para ti pues estas historias de gálibos y mis éxtasis.

Tú conoces esas alegrías: palpar la panza generosa de una vasija y acariciar su cuello grácil, y luego explorar las sutilezas de su

gálibo. Las manos metidas de nuevo en lo más profundo de los bolsillos y los ojos medio cerrados, dejarse embriagar dulcemente por el hechizo de los esmaltes, el estallido de amarillos, el aterciopelado de los azules; fijarse en la agitada lucha de brutales masas negras y de elementos blancos victoriosos...

Eso se comprende mejor todavía, si se imagina, después de los agotadores meses de viaje, mi estudio quizás coquetón, azulado por el humo de los cigarrillos y, hundidos en sillones, tú y los amigos, o, tendidos sobre divanes, ¡vosotros, a quienes veré de nuevo después de tantos años y a quienes haré el favor de mis narraciones para adormecer despertares! Las vasijas de las que voy a hablarte estarán ahí redondeándose poderosamente.

Sepas que nos hemos asegurado desde Budapest un arsenal de panzas y golletes capaces de hacer reales esas horas evocadas. Sabíamos atravesar tierras donde el campesino artista armoniza magistralmente el color con la línea, y la línea con la forma; y estábamos enfermos de codicia. ¡Pasos sin fin! Contrapasos incluso bajo la lluvia torrencial, que hacen gemir a Auguste, ese compañero de mis miserias, hasta que al fin descendimos hasta las grutas "alibabescas". Entonces, ya fuese en una oscura tienda o en un sótano pobre de Budapest, o aún en un desván acolchado por un polvo envejecido, en la hora tórrida del mediodía, en una aldea de la llanura húngara, eso fue la orgía irrefrenada. ¡Es algo que se siente! Los tarros estaban ahí, en su alegre estallido y su sana robustez, y su belleza era consoladora. Para desentrañarlos habíamos pasado revista a toda la triste trasteria sin patria y sin familia que inunda Europa entera; e incluso aquí, en Hungría, donde el campesino sabe obrar como un gran artista, habíamos encontrado la oferta de los comerciantes más humillante todavía y la influencia de la moda sobre las almas aún simples más desastrosamente efectiva. Había demasiadas cristalerías multicolores, con ramajes dorados, demasiada vajilla maculada con una intolerable ornamen-

tación de pechinas Luis XV o de florecillas aliñadas al gusto de los últimos años. Nos había sido preciso rehuir "la europeización" invasora y embrutecedora hasta en los tranquilos refugios donde sobrevive –apagándose, pronto sumergida– la gran tradición popular.

El arte campesino es una impresionante creación de **sensualismo** estético. Si el arte se eleva por encima de las ciencias, es precisamente porque, al encuentro con éstas, excita la sensualidad, despertando profundos ecos en el ser físico. Le da al cuerpo –al animal– su parte justa, y después, sobre esta base sana, propia de la expansión de la alegría, sabe levantar las más nobles columnas. Así, este arte popular, como una inmutable caricia cálida, envuelve a la tierra entera, cubriéndola de las mismas flores que unen o confunden a las razas, los climas y los lugares. La alegría de vivir de un bello animal se ha extendido sin coacciones. Las formas son expansivas e hinchadas de savia; la línea sintetiza siempre los espectáculos naturales u ofrece, justo al lado y sobre el mismo objeto, los hechizos de la geometría: sorprendente conjunción de los instintos rudimentarios y de aquellos susceptibles de las más abstractas especulaciones. También el color no es de descripción sino de evocación; siempre simbólico. Es fin y no medio. Está para la caricia y la embriaguez del ojo y así, paradójicamente, con un estallido de risa, zarandea a los grandes gigantes trabados, los mismos Giotto, los mismos **Greco**, los Cézanne y los Van Gogh! Considerado desde un cierto punto de vista, el arte subsiste a las civilizaciones más altas. Permanece como norma, especie de medida cuyo patrón es el hombre de raza -el salvaje, si tú quieres.

Ya te estoy dando la lata, amigo Perrin y sin embargo esas alfarerías de Hungría y de Serbia bastarían para interminables charlas, puesto que en ellas se podría circunscribir el estudio del arte anónimo y tradicionalista.

Déjame retener esas dos cosas que nos impresionaron cuando nuestra visita a los alfareros de la llanura húngara y de los Balcanes serbios, y para que descanses y sientas envidia te describiré pues alguno de los pueblos danubianos.

Hay en primer lugar, entre esos hombres que no razonan, la instintiva apreciación de la *línea* orgánica, nacida de la correlación de la línea de mayor utilidad y de aquella que encierra el volumen más expansivo —por tanto el más bello—. "La belleza, me había dicho un día M. Grasset en París, es la alegría. ¿Para qué, añadía, copiar alguna yema encogida? ¡Es monstruoso!" ¡La alegría es el árbol extendido, con su grandioso follaje, con sus flores, con todos sus frutos! La belleza es ese espléndido despliegue de juventud. Así pues, esas alfarerías son jóvenes, sonrientes —permíteme esos calificativos—, con sus gálbos desplegados hasta el límite del estallido, y qué contraste ofrecen —nacidas en el torno del alfarero de pueblo, cuyo espíritu simple no vagabundea más lejos, créelo, que el de su vecino el tendero, pero cuyos dedos obedecen inconscientemente a las órdenes de la tradición secular, que contrasta con esas formas de una fantasía inquietante, de una imbecilidad estupefacta, concebidas no se sabe por quién, en el anonimato de las grandes fábricas modernas; no se trata aquí sino de los caprichos de un necio, de un dibujante de baja almunia, que trata estas formas con el único fin de diferenciarlas de las que dibujó la víspera. A lo largo del Danubio y más adelante en Andrionopla, encontramos de nuevo exactamente esas formas que cubrieron de negros arabescos los pintores micénicos; ¡qué persistencia en una ruta normal! Tampoco conozco nada más lamentable que esa manía de hoy de renegar de las tradiciones con el solo fin de crear lo "nuevo" ansiado. Esta desviación de las fuerzas creadoras repercute en todos los dominios del arte, y no nos proporciona solamente teteras nada prácticas, tazas feas, pobres macetas de gálbos invertidos; tenemos también sillas que duelen y

bufetes mal concebidos; y casas de siluetas sorprendentes, heteróclitas, absurdas, que de ningún modo dispensan —¡oh mi amigo escultor!— la suciedad de las esculturas inútiles y su falta de tacto.

Vivimos, ¿no es cierto?, en un medio inviable, desorganizado —*inorganizado*...

Iré hasta el final y te diré en dos palabras una cosa bastante chocante, inquietante también: esos alfareros "se burlan" de su arte. Sus dedos trabajan; no su espíritu, no su corazón. Y abren unas bocas atónitas cuando penetramos en sus tiendas y hacemos un saqueo. Y ten por seguro que entre sus productos, hoy heterogéneos, nos presentan precisamente los malos, ajados, de un gusto a veces indignante, copias deseadas de chapuzas entrevistas un día de mercado en el puesto de un vendedor ambulante venido de la gran ciudad. Su arte ya no es más que una supervivencia, y en Knajivaze, en los Balcanes, por ejemplo, si pasas dentro de unos años, ya no encontrarás allí ni una sola de las piezas que te mostraré cuando vuelva: tenían ya veinte años de edad y las habíamos desenterrado entre los desperdicios en que se llenaban de polvo esos "pecados de juventud"... Considerando esto, Auguste, que prepara su doctorado en historia del arte, se sintió de pronto trastornado por el alumbramiento de una teoría reveladora. Tuvo el sentimiento de esa crisis última que atraviesan los jarros de Hungría y de Serbia y, examinando de uná sola vez todas las artes y todos los tiempos, fundó la teoría del "momento psicológico de la alfarería popular en las artes del siglo XX". En alemán eso queda mucho mejor: "der psychologische moment..., etc.". Auguste, te lo confío, nunca se salió con ello. Y no sería yo quien pudiera ayudarle; en cuanto a ese segundo hijo en mal estado, muerto sin haber visto la luz y que hará llegar a Auguste las condolencias de Octave, encuadradas en negro y en una lengua védica, te voy a decir a qué nidos exquisitos nos llevó nuestra locura.

Aquel miércoles 7 de junio, por la mañana. El gran barco blanco había dejado Budapest la vigilia, caída la noche. Ayudado por la violenta corriente, había descendido por la inmensa vía líquida que marcaban con un jalón negro a derecha e izquierda las dos riberas lejanas, reunidas en el horizonte en su huida infinita. Todos, casi, dormían: los privilegiados sobre banquetas de terciopelo rojo en el salón para fumadores de 1.ª clase; los campesinos, hombres y mujeres, amontonados, con innumerables paquetes a menudo decorados con bordados brutales y alegres. En el gran cielo, la luna apagaba las estrellas. No conocía nada de los países que atravesábamos, porque nadie habla nunca de ellos. Y, sin embargo, me daba la impresión de que tenía que ser muy bello, muy noble. ¡Te reirás!, sabes, tú que te acuerdas con emoción de nuestras tardes de domingo en los Conciertos Colonne, ¿sabes lo que me inducía a penetrar en algún rincón de esa llanura de la que no sabía ni veía nada? Los primeros compases de la Condenación de Fausto, que nunca he oído sin ser trastornado por su lenta y melancólica majestad... Durante esa noche no podía dormir. Solo en el puente superior, envuelto en mi abrigo, ante... un ataúd cubierto por un gran velo negro bordado con un ribete de plata y dos coronas de flores. Esta sinfonía de negros y blancos bajo la luna y sobre este espejo centelleante, todo ese aparejo náutico pintado de un blanco deslumbrante, las bocas abiertas de los ventiladores, las orillas negras, el sombrío ataúd como una gran mancha muda, la silueta movediza del capitán yendo y viniendo allá arriba, en la pasarela, y tan sólo el murmullo de los dos pilotos en la ropa y, brutalmente, de pronto, marcando lentamente la ruta, la campanada sombría del vigía cada vez que en medio del agua brillaba una lucecita —lamparilla de uno de esos pequeños molinos adormecidos sobre el río de los cuales te volveré a hablar—, ese ataúd inquietante con su negro sudario y las dos coronas de noche, ante el cual siempre volveré a ver sin cesar esta conspiración del

silencio y de la horizontalidad de todas las líneas: henchían el corazón de una gran serenidad, turbada a veces por un escalofrío de exaltación, de una aspiración que las lágrimas habrían satisfecho.

Preguntaba al capitán, y después, en un descanso de los bostezos de quienes dormían indiferentes sobre el rico terciopelo de las banquetas, explicaba mis deseos, diciendo que era pintor y que buscaba un país que hubiese mantenido su carácter integro... Los informes concordaron lo bastante para incitarnos a bajar, al alba naciente, a una orilla a ras de agua, a una media hora de la pequeña ciudad de Baja. A lo largo del camino, en pastos medio sumergidos, pacían grandes bueyes grises "a la egipcia". Cuando desembocamos en la plaza, al lado de la iglesia de un barroco bastante húngaro, fuimos casi zarandeados por un grupo de peregrinos lamentablemente pobres, llevando estandartes marcados con cruces. La cabeza descubierta, hombres y mujeres salmodiaban por el descanso de sus almas, con una gran lasitud, mendigando algún escaso óbolo, y se iban harapientos hacia algún lugar de santidad. Nos encontrábamos ya en el mercado hormigueante, más atestado de campesinos que de mercaderías; pues, en este país —lo comprobamos en seguida— son necesarias una o dos mujeres, agachadas todo el día detrás de un pequeño cesto de frutas o de legumbres, para vender el equivalente a una moneda de veinte céntimos. Así, de la misma manera, encontraremos a menudo a lo largo del camino dos o tres mujeres que apacentan una vaca, y, en las ciudades, alguna vieja bruja que agarra una cabra con una cuerda y le hace comer las hierbas crecidas entre los adoquines. Pero ya, más allá de los canastos de cerezas, de las legumbres y del puesto de los carniceros, Auguste había percibido resplandores de esmaltes, y gritado, como el vigía de Colón: "¡Tarros!"

Había allí una cantidad innumerable de ellos, ordenados sobre el pavimento como manzanas en una bodega. No resultaba fácil

entenderse con los mercaderes; hacíamos nuestros primeros pasos en el mundo de la pantomima: hasta aquí, habíamos recurrido siempre a hablar alemán. Los gestos tomaron pues el lugar de las palabras, y todo fue tan bien que al cabo de media hora, después de haber atravesado buen número de calles bajo un sol ya tórrido, llegamos a ese desván de las Mil y Una Noches donde Ali-Babá, por fortuna, chapurreaba algunas palabras en la lengua de Guillermo II de Hohenzollern, emperador y sacerdote del Buen Gusto; las manos hinchadas de trabajar el barro, nuestro hombre gesticulaba lentamente y sin pasión por encima de la multitud muda y negra de sus vasijas, inmovilizadas desde el invierno en la penumbra de esas vetustas paredes de madera.

Hecha nuestra elección, volvimos a descender la escalera; nos presentaron a la abuela, que nos estrechó las manos durante largo rato; después visitamos las habitaciones, donde traslucía por todas partes ese mal gusto de baratilla de gran ciudad que será, en la teoría de Auguste, iuna piedra angular, piedra psicológica! Por fin nos encontramos en el taller, donde el hombre aquel no trabajaba más que en invierno, ocupado en el verano en las labores del campo; un taller simple, rudimentario, pero metido al fondo de un patio exquisito invadido de rosas, y donde se levanta oblicuamente, formidable, el gran mástil negro arqueado que, al bajar, permite sacar el agua del pozo. El brocal, amigo escultor, en absoluto es de piedra cincelada sino que, rebozado de blanco, lo adornan verdaderas flores rojas y azules en su exuberante crecimiento. Son admirables esos pueblos de la gran llanura, e imagínate su gran estilo. Las calles *pētenecen* a la llanura, rectas, muy anchas, uniformes, cortadas en ángulo recto, marcadas infinitamente por las *bolitas* de las acacias enanas. El sol se aplasta *ahí* dentro.

Están desiertas, la vida en ellas es *furtiva*, de paso, al igual que en la inmensa llanura de la que son los vertederos, los centros vitales. De alguna manera son como enormes hendiduras, ya que

las encierran altos muros por todas partes. Hazte una idea de la impresionante unidad y de su amplio carácter arquitectónico: un solo material: un revoque amarillo intenso; un solo estilo; un cielo uniforme y únicamente las acacias de un verde tan extraño. Las casas se alinean en ella, poco anchas pero muy profundas, cada una con su remate bajo, sin cubierta en voladizo, así como un frontón sobre el interminable muro, del que desbordan las copas de los árboles, los racimos de las parras y los ramos de rosas trepadoras que llenan de encanto los patios escondidos detrás. Esos patios debes concebirlos como una habitación, la habitación de verano, puesto que las casas se apoyan todas a igual distancia de la tapia, y las ventanas se abren en una sola fachada, tras una arcada. Cada casa tiene de este modo su patio, y la intimidad es tan perfecta como en esos jardines de los frailes de la Cartuja de Ema, donde nos sentíamos, acuérdate, invadidos por el *spleen*. ¡La belleza, la alegría, la serenidad se concentran aquí, y un ancho porche con arco de medio punto, cerrado por una puerta barnizada de rojo o verde se abre sobre el vasto exterior! El emparrado construido con listones proyecta una sombra verde, y las arcadas blancas del contrafuerte y los tres grandes muros de cal blanca, repasados cada primavera, una pantalla tan decorativa como los fondos de las cerámicas persas. Las mujeres son muy bellas; los hombres muy limpios. Visten con arte: sedas fulgurantes, cueros entallados y policromados, camisetas blancas ribeteadas con bordados negros; las piernas nerviosas y los pequeños pies desnudos son de una piel morena y fina; las mujeres se mueven con un balanceo de caderas que se despliega como la falda de una bailarina, los mil pliegues de los vestidos cortos en los que las flores de seda encienden bajo el sol fuegos de oro.

Este traje nos encanta; la gente contrasta y armoniza con los grandes muros blancos y con los cestos de flores de los patios, en los cuales dan, a las calles tan distinguidas, por momentos una

complementariedad extrañamente feliz. Al describirse todo esto, vuelvo a mi comparación de antes, acordando que otra vez de un gran tablero de Ispahan copiado en el Louvre tiempo atrás, en donde pequeñas mujeres vestidas de azul salpicado de amarillo, de amarillo estriado de azul viven felices en un jardín. El cielo es blanco; animando toda la superficie, un árbol despliega sus hojas amarillas; su tronco azul claro se ensancha, y sus ramas llevan flores blancas y granadas verdes. Las flores en la verdísima pradera son negras y blancas, y sus hojas amarillas y azules. La alegría brota, sorprendente, en ese decorado único. ¡No sabes cuánto me entusiasmó ese tablero...! Y así era entre el alfarero de Baja y entre sus vecinos, tras el alto y tranquilo muro horadado por una gran puerta redonda para los carros y otra muy pequeña para la gente; ésta da directamente a la arcada. Solos en la calle, salpicada toda ella de pequeñas acacias formando bolas verdes, entre la exuberancia de las parras y las rosas trepadoras, los triángulos amarillos de los remates bajos se asentaban en calma frente a frente de una punta a otra. Te digo, Perrin, que nosotros, los civilizados del centro, somos unos salvajes, y te estrecho la mano.

VIENA

LOS ricos, para socorrer a los pobres, se divierten. ¡Respeto para ellos! Sería ridículo que también ellos se aburriesen. De ese modo los pobres se verían privados del espectáculo de sus diversiones y ya no se lo pasaría bien ni la más mínima parte de la humanidad. Jean Rictus soliloquiaba a propósito de esta cuestión ya en la segunda estrofa de su célebre lamentación...

Hoy es pues "Blumen Tag", fiesta de las flores, profusión de colores y ostentación de lujo. Las calles que llevan al Prater están abarrotadas de una muchedumbre inmundada. La interminable avenida que marca con una línea sin fin el parque donado por el emperador a la ciudad, tiene sus laterales, bajo los arcos de los árboles, atestados de una masa tan pobre, tan "sin trabajo", que encuentra el recurso de venir aquí a exacerbar sus rencores de desdichada, o simplemente a saciar su curiosidad: ¡pueblo pobre de Viena (que ya conocí hace cuatro años), nada simpático, sórdido, de rostro inexpresivo! Durante tres horas nos hemos codeado con él sin llegar a amarlo, pues a Auguste, al igual que a mí, no nos gusta tener compasión... ¡Que mis amigos de *Lo Sentinelle* me perdonen por estas impresiones rápidas y superficiales...!

En la nave de la gran avenida se desbordan los carruajes y los coches de lujo. Todo queda oculto bajo las flores; y bajo esos ramos

de efímeras, otras efímeras -otras flores, como diría el poeta—, muchachas, mujeres hermosas sonríen, quizá algo depravadas, algo enardecidas de deseo. Señores de negro hacen de segundos violines en la orquestación de los colores, y sirven inevitablemente de tema de las intrigas que se traman en torno a rosas lanzadas —flores de lis ofrecidas cínicamente—. Estas fiestas vienesas, envueltas en su atmósfera de egoísmo y de aristocrática depravación, son contadas por M. William Ritter, perfumadas y mórbidas en la de sus Lys y de sus rosas".

Pero nosotros, agobiados por el calor de la tarde, observamos sólo superficialmente; sin enredarnos en el lío de los *flirts* distinguidos, no registramos más que el elegante aligeramiento de los coches, rosas, o azules, amarillos, verdes o también rojo cruel, o negros y blancos, grises y blancos, grises o blancos, completamente blancos. En la explosión de los colores, resultan muy hábiles esas dos grandes damas que se hacen llevar de paseo bajo un dosel de adormideras blancas con semillas negras. Constatamos que las flores naturales son eclipsadas por las flores de papel; muy bien hechas y desproporcionadas, éstas, a lo lejos, en los centelleos de las idas y venidas, son como grandes extranjeras tropicales, a cuyo alrededor se pueden oler nuestras rosas de Europa, nuestros iris y nuestras grandes flores de lis envenenadas de perfumes.

Resulta también que en esos frívolos cortejos donde se gastan, en un esfuerzo por la belleza, unas sumas de locura, la finalidad se escapa: pues, si el detalle interesante se manifiesta en ellos, el conjunto se resiente, no existe. Ello es comprensible, ya que nadie se ha preocupado por ello. Pero la unidad de bien es tan potente que salva la situación: aparece, desde ese momento, a través de la columnata negra de los troncos de árboles que soportan la inmensa cuna que se aleja hasta perderse de vista, un desfile asombroso; el ojo se turba, un poco enloquecido por ese cine caleidoscópico en el que danzan las combinaciones de colores más vertiginosos. Se trata

simplemente de la Viena distinguida que se divierte, y de la Viena pobre que contempla el espectáculo...

Al caer el sol. En el arrabal lleno de árboles, se extiende un patio muy grande bordeado de pabellones bajos, horadados de arcadas. Lo introducen dos pilones, y enfrente una barra amarilla lo cierra, manchada por la línea regular del verde oscuro de los postigos: he ahí un gran palacio, ostentado según el gusto majestuoso de Luis XIV.

Se atraviesa hasta el corazón mismo del palacio, esa gran superficie impenetrable y de repente, sin aviso, se despliega el espectáculo de un **jardín** a la francesa, pero un jardín pasmoso. ¡Simple hasta la pobreza! Pero no, colosal. Un parterre que parece cuadrado, inmensamente ancho y profundo, completamente plano y sobre el que se adivinan, en el breve escorzo de la perspectiva, los compartimentos geométricos y los bordados de boj. Ningún árbol turba esta superficie donde todo se muestra. Entretanto, a izquierda y derecha, erguidas de pronto, se manifiestan dos formidables murallas de verdor, cortadas con hacha, inflexiblemente lisas, inflexiblemente horizontales. Y de una altura enorme –desconcertante cuando, totalmente abigarrada de colores, se percibe a sus pies, la muchedumbre que se pasea. Una colina al fondo, coronada por una triste columnata, detiene la vista. Pero, si se vuelve la cabeza, ahí está de nuevo la gran banda amarilla, la gran muralla con su ático tranquilo, noblemente levantada, y puntuada de verde oscuro por la multitud de los postigos cerrados.

Ensombrecida en medio de ese cuadro distinguido, sobrevive la Viena del viejo "aristócrata". En las salas oscuras y quietas donde los muebles recubiertos con fundas, los retratos de las paredes evocan con cuchicheos los recuerdos pomposos del Schoenbrunn de antaño, cuando los carruajes piafaban en el patio y en medio de los compartimentos con bordados a la francesa, como mariposas de seda, los cortesanos se ocupaban de sus minuciosos asuntos...

... Nos estrecha la mano, el hombrecito aficionado. Hemos llamado a la puerta, sin más, para satisfacer nuestra pasión por la pintura impresionista. Los cuadros del pequeño señor son a veces hermosos y se lo decimos abundantemente. ¡Debe padecer fríos contratiempos el pequeño coleccionista que ha sumido en minúsculos cuadros cien mil fabulosos! Hay tantas de esas pequeñas mamarrachadas anchas como una biblia de abuela que ha arrancado aquí por diez mil coronas, allá por sólo cinco mil. La gente que pasea a lo largo de esas paredes atiborradas de celebridades goza mal y emite el elogio erróneo. La iluminación es horrible y el medio infecto; los muebles son de mal gusto. ¡Pero el pequeño coleccionista tiene cuadros de Manet, Courbet, Delacroix! Sus joyas le llenan de un orgullo inquieto que solicita la aquiescencia, la admiración, la comunión de los demás; y absorbe nuestras exclamaciones con avidez. Considerando este hombrecito, este ambiente y estas obras de maestros, un malestar nos embarga. ¿No será sino un *snoob*, un apasionado patológico, sin un amor sano o razonado por el Arte?

Ya estamos en la calle conversando sobre los coleccionistas de cuadros. Auguste tiene que sufrir el relato de una visita análoga que hice recientemente a **Hagen** en Westfalia a un célebre mecenas cuya alma es la de un precursor. En su villa, edificada por el gran artista Van de Velde, viven las obras de los modernos **titanes**. En el gran vestíbulo, se espera el dueño del lugar, en un coloquio emocionado con esas cinco mujeres que ofrecen flores *místicas* a un *niño* extasiado: "El Elegido" de Hadler hace presentir, desde el umbral de esta morada, el alma del que la habita;¹ en la sala de música, un gran **Vuillard** y unos Van Gogh atormentados y unos Gauguins tranquilos; y los muros, de nuevo con los muebles, crean un estado de ánimo. A través de la gran ventana del estudio, las

¹ Estamos en 1910.

amplificadas formas de un Maillol blanquean bajo la luz del jardín... No hay un solo rincón de esta casa que no encierre el ensueño. La impresión es profunda, poco a poco uno se siente **poseído** de una admiración, de un afecto fraternal por este hombre joven que sonríe en ese ambiente y se esfuerza por expandir los rayos de su inteligencia superior y de su bondad.

... Pero veamos la pintura vienesa de hoy. Traspasemos ese umbral, que hizo época, de la "Secesión". ¡En la sala de honor, caeremos (y desde muy alto) sobre el señor Roll... de París! ¡El señor Roll de París, uno de los "grandes" de la "Nacional", o de los "franceses", huésped de la Secesión vienesa! ¡Curiosa insignia para la oficina! Asimismo, nuestros entusiasmos repliegan sus alas y, enloquecidos, buscan a lo largo de otras molduras el maná del consuelo. Inútiles esfuerzos: la banalidad se exhibe, la mediocridad se pone en evidencia. Luego, pasemos rápidamente otra vez bajo esta cúpula en otro tiempo simbólica de los triunfos de Klint y de Hodler, y, de nuevo sobre la Karlsplatz, contritos por esos veinte pavos echados a perder, en ruta hacia "Hagenbund"!

Hagenbund, en un tono menos malo nos muestra los esfuerzos de otra asociación de artistas —Pero no nos enseña nada. Sin vacilación renunciamos de común acuerdo—, Auguste muy irritado, y yo muy afligido. En el Künstlerhaus, la exposición de los artistas reaccionarios de Viena.

Dios mío, ¿dónde hay materia para la emoción? Muy cansados, pasamos a la obra de Koloman Mosert, expuesta en Mietke... ¡Ah, al diablo pues la pintura moderna de Viena! Ahora estamos ya desconcertados. ¡Ni el Luna Park, ni el Klein Venedig en el Prater, no nos restablecerán de este desastre! ¡La moderna Galería donde cuelgan algunos famosos franceses está cerrada! Ha venido del cielo esta inspiración que nos conduce a través de los vestibulos y a los corredores pomposamente repugnantes de la Galería Imperial, hacia ese gran rústico, ese poderoso *pintor*, ese apasionado de la

vida, ese extravagante imaginativo, ese estilista grandioso, y ese impresionista sorprendente, nacido trescientos años antes que Coubet, hacia ese viejo **Pieter Breughel** que canta con toda su alma en las "Estaciones" y las "**Kermesses**", la alegría de vivir, su admiración y su amor por esta buena Tierra donde se encuentra bien, que le da fuerza y alegría porque está llena de belleza, y de salud.

Eso es lo que retendremos de la Viena de la pintura, más que las **espléndidas** superficialidades de **Velázquez**, más que las carnes de Rubens, tan pujantes en Munich, pero **aquí** repulsivas.

Viena vale por su música (he disfrutado ampliamente de ella, cuando Mahler estaba en el púlpito de la Ópera) y por su arquitectura barroca. Hoy desaparecen esas nobles iglesias, esas casas principescas del XVII y del XVIII bajo la invasión de la construcción moderna, el medio es masacrado sin piedad y es preciso refugiarse en el retiro de los viejos parques a la francesa, Schoenbrunn y quizá aún mejor, los jardines del Belvédere. Un descuido me ha hecho olvidar el Augarten. Uno puede también consolarse del mal gusto que inunda las avenidas con una arquitectura advenediza y grandilocuente, esencialmente vienesa, partiendo en busca de las últimas creaciones de arquitectos de la joven escuela: obras llenas de buen sentido, aunque al mismo tiempo locas. Aún así este consuelo no es asequible para todo el mundo, porque en el bullicio insensato de esta ciudad demasiado densa, casi hace falta, para descubrir esas obras, un olfato profesional.

De manera que en definitiva, de Viena la impresión permanece gris, una vez más y a pesar de los esfuerzos sinceros de asimilación; deslucidos por una atmósfera de grandeza financiera carente de gusto, que pesa, apabulla y ofusca. Gris, permanece la Viena de hoy, para nosotros que no hemos hecho más que pasar sin penetrar hasta su alma.

EL DANUBIO

EL Orient Express no se retrasa. Atraviesa los países, mugiendo, resoplando unos minutos apenas en la triste parada de las grandes estaciones –insensible a las bellezas naturales que pasan a su lado o a las que molesta. Hay que resignarse incluso, con él, a la ida como a la vuelta, a no ver nunca en la llanura donde discurre la Maritza, elevarse sobre la colina de Andrinopla, el Gloria Deo de sus tres incomparables mezquitas. Renunciamos al Orient-Express.

Sobre el mapa, un río colosal discurre desde los Alpes hasta el Mar Negro, circula durante días a través de llanuras que se nos dicen casi desiertas y que siempre inunda. Sobre el mapa, los trazos rojos de las vías férreas no se acercan a los azules meandros salvo aquí o allá donde los atraviesan. Para asegurar sobre el recorrido del Danubio el tráfico de viajeros y de mercancías, se han construido grandes barcos blancos, con ruedas; descienden y remontan el río, durante el verano diariamente, más raramente en invierno. A bordo la instalación resulta muy confortable. La parte delantera constituida por una cala, donde dormitorio y restaurante se juntan en uno, hace las veces de segunda clase, completado por un fumadero y un puente descubierto, barrido por los terribles vientos. La maquinaria separa de la primera clase. En esas exhalaciones fétidas de aceites quemados se amontonan los campe-

sinos con sus fardos inconcebibles: hombres **rústicos**, vestidos a la manera ancestral, disfrutaban de esta manera las primicias de una civilización europea ornada a sus ojos de tantos alicientes que les fascina y les trastornará. Veremos cambiar su modo de **emperifollarse** con las fronteras —Austria, Hungría, Serbia, Bulgaria, Rumania.

Eso variará de los bordados brillantes de la “**Puszta**” (llanura húngara) a los oscuros y ásperos de Serbia, de las pieles blancas a las pieles negras, de las lanas blancas guarnecidas de negro hasta esas otras de un moreno natural tal como las que proporcionan los millares de manadas que pueblan los Balcanes. A veces se ven hombres salvajes, cubiertos con pedazos de ropa mantenidos sobre el cuerpo por una red de bramantes; el cotidiano desnudarse les resultaría penoso; ellos son los que yacen con los corderos y los caballos bajo las estrellas, en la gris Puszta o sobre el árido Balcan. La primera clase de nuestros grandes barcos está bastante bien. Terciopelos **rojos** por todas partes, buen gusto, flores en las mesas del fumador. Y sobre el muy amplio puente, agrupados, bancos confortables, mecedoras, bajo una gran tienda protectora. Se come, se bebe a buenos precios. El precio del trayecto, insignificante; por diez francos pagamos un billete de estudiante, de Viena a Belgrado en segunda clase. Pero, tan ricos como un mendigo de España, difícilmente nos resignamos al inconfort de proa. Cada vez que subiremos a un barco, contaremos esta sencilla historia al hombre con galones que ejerce el mando: “Disculpe, capitán, la primera clase es injuriosamente más **chic** que la segunda; nos parece que como estudiantes...” Y **así** les parecerá también, a esos *gentlemen* con galones, ya vienés, ya magiar, ya **rumano**. ¡Y **así** es como descendemos el Danubio por unos pocos francos, en mecedora bajo una tienda protectora, y sobre los terciopelos del fumadero!

Embarcamos a las 10 de la noche, en un lugar de los alrededores vieneses, con una muchedumbre de campesinos **carga-**

dos de bolsas y cestos deseosos como nosotros de disfrutar de esta noche gratuita ofrecida por la Cfa, puesto que la salida no tendrá lugar hasta la mañana. Esa gente tiene un billete de tercera clase; se hacinarán unos sobre otros, al lado, encima o bajo sus fardos, para mantenerse caldeados sobre ese puente abierto a los cuatro vientos. Nosotros no gozamos en esta primera noche de los mencionados terciopelos. Los bancos, que rápidamente son ocupados, son de tela encerada. Llegan nuevos viajeros que quisieran desalojar: se duerme profundamente. Se vengan, durante casi toda la noche, golpearán el cartón, acompañando el ruido de los puños sobre la mesa, interjecciones de uso en estos juegos. Los cigarrillos harán una neblina densa tan insoportable a los ojos como la luz dejada encendida. Y además, habrá un viejo infeliz resfriado que toserá sin freno y se obstinará cada cinco minutos en perseguir, renegando, un gusano imaginario. Hay gente con prejuicios; Europa crea con respecto a Oriente leyendas sobre este particular, y así pretende que en este país todo sea sucio cuando en definitiva todo está bastante limpio. El mismo Auguste delira a veces por la noche, en guerra contra animalillos invisibles. Los viajeros respetables subieron a bordo al salir el sol y el barco se marchó contra un violento viento hacia Budapest. ¿Qué decir de esta travesía, yo que no sé escribir? Como mucho sufrí amasijo todavía bien poco sensible- huellas amplias pero imprecisas, como aquellas, que en sus formas infantiles, nos transmiten esas cerámicas que pueblos jóvenes hicieron hace miles de años, en esas tierras desde donde escribo. Para evocarlo, es preciso haber superado el tema. Yo fui subyugado y aplastado. Las impresiones –lo confieso– fueron enormes, inesperadas. Me agarraron lentamente. Esta carrera de tres días hacia Budapest la hicimos en catorce. Permanecimos en el puente, para contemplar siempre un espectáculo incesantemente unido pero poco a poco cambiante; nuestros libros quedaron cerrados sobre las rodillas. Fue una gran dicha, una serena alegría.

¡Perdón por estas pocas líneas, pálidas, incapaces! La marea sucia de la gran ciudad pronto se vuelve nacarada, después azul: Valseamos deliciosamente sobre el Straussiano "Danubio Azul". Yo había pensado en un azul de colada, fue un nácar líquido aumentando hasta el ópalo, al anochecer. Descendíamos sobre el curso rápido de ese caudal inmenso. En mi imaginación remontaba este río más allá de los Alpes y me acordaba de una tarde en que, partiendo hacia Berlín —bastante **angustiado**—, tuve una visión punzante: de un cementerio que me había sonreído, colgado del monte de Donaustauf no lejos de Ratisbonne, era la inmovilidad absoluta de una gran serpiente roja extendida en el suelo de la llanura morena invadida por la noche. Tanta calma me había hecho daño. De nuevo en mi imaginación descendía por el río en la dirección indicada por la proa del barco. Belgrado yacía a su codo, puerta mágica del Oriente. A continuación venían los ecos trágicos del Desfile de Kasan, sangrante de combates seculares. Las "Puertas de Hierro", eran las cohortes cuadradas donde se habían erguido las "águilas" de Trajano. Yo la **veía**, esa Vía Sagrada, pasarse en medio del oro de los trigos **rumanos** donde el cielo desaparece en la luz y donde el ruido se ha callado para siempre. Y más abajo, era la total entrega a Oriente de esas aguas. Y yo seguía, turbado, esas peripecias que iban a ser las mías.

Es una soledad **increíble**. Durante horas no se ve nada a derecha, ni a izquierda, más que una horizontal de árboles **pequeños** en su alejamiento, y azules bajo la luz. La marea les alcanza y les anega. Unos **fiordos** parecen abrirse poniendo cielo en ese poco de tierra. Fantasma blanco, nuestro barco nada en un elemento inabarcable. ¿Cómo diferenciar este cielo de la corriente que lo absorbe? Ya no hay vida sino en el cielo. Drama de las nubes que la corriente repite, que balbucea a través del velo de sus olas. Ni una casa. Ni un barco hacia arriba. De vez en cuando, sin embargo, un imponente remolcador y sus satélites, en su negra

marcha solemne. Mientras, tocamos, aquí o más allá, un pequeño pontón, una cabaña para el vigía. Una carretera se escapa, dirigiéndose hacia la gran "puszta". En el pontón esperan unos equipajes con ardientes corceles y cocheros que pertenecieron un día a las hordas de Atila, **magiares** altivos y adornados. Retiran sus enganches; la vida se pierde con ellos en un torbellino de polvareda. Ha vuelto el silencio.

Todavía soledad. En plena mitad del río una fila de molinos, contruidos sobre unos barcos amarrados, molinos pequeñitos, encantadores, cerrados como una arca; están flanqueados por una gran rueda más espesa que alta construida con cercos ligeros provistos de paletas grises, grises como el arca, además, como el gris luminoso del paisaje. Nos reportan a la China, esos pequeños molinos finos como delicadas cesterías.

Por la mañana había aparecido una roca épica, esfínxica. Sobre su formidable cabeza, una larga columna sostenía una virgen, mientras su espalda de rasos céspedes crudos se erizaba de ásperas placas morenas perforadas, restos de antiguas murallas y de furiosos torreones. Presburg había levantado sobre un monte el bloque cúbico de su fortaleza. Después esta guerrera aparición se había desvanecido en el azul y gris de la llanura. De nuevo la "puszta" se extendía, indefinidamente.

Me parece estar en algún río amazónico, tan lejanas están sus orillas, y sus arboledas inexplorables. Las pequeñas nubes redondas de la tarde abren unos ojos vagamente blancos. Ahora ya no se ve nada más que una horizontal; los meandros hacen que sea continua de una orilla a otra!

Si yo fuese pescador o mercader a lo largo de esas riberas, tallaría religiosamente en madera, un poco a la manera china, un dios que sería este río y al que adoraría. En la proa de mi barca, mirando vagamente ante él, sonriendo, lo levantaría no menos que en tiempo de los normandos. Mi religión no sería, sin embargo, en

absoluto de terror: serena, pero sobre todo admirativa. Estergón apareció, extraña silueta: un cubo y una cúpula llevada por muchas columnas. De lejos, cada una adivina una maravilla. Cubo donde se nueve un ritmo admirable y que los montes nacientes presentan como una ofrenda sobre el altar que ellos le dedican.

En fin, en la hora en que todo se abandona a la poesía, bajo un cielo verde, fue en el río un inmenso abanico de lamas negras y de lamas de oro, en grandes ondas diluidas de rosa; y, surgiendo, nos rodearon unos montes, de perfiles voluntarios. Evocación violeta de una Grecia que augurábamos hecha de este modo, pero todavía más arquitectónica. Pues los montes serán de piedra y el abanico será el mar.

Bajamos a Vacz dormitando tan dulcemente en el follaje de acacias. No convenía en absoluto que Budapest terminase este día inolvidable. Al día siguiente, a mediodía, nos ahogamos en la llanura. Un tren de suburbio nos lleva lentamente hacia Budapest. La pueblan campesinos endomingados. Tipos bellos de hombre; jóvenes, nerviosos, vestidos de tela negra luciente, de corte ajustado. Llevan unas rosas en el ojal, tres, cuatro a la vez, o sobre el sombrero. Las mujeres son morenas, como de una materia dura, enérgicas. En una gama menor, sus vestidos. Tienen también rosas en la mano, de carne, de sangre, de ámbar o alabastro. Ello pinta sobre el negro de sus delantales, tableros decorativos tal como se ven en los museos históricos, arte de campesinos ricos, en el siglo XVIII.

¿Por qué debería hablar de Budapest si no la he comprendido, si no la he amado? Me pareció como una lepra en un cuerpo de diosa. Hay que subir a la ciudadela para ver lo irreparable de esta ciudad malograda. A su alrededor, un vibrante organismo de montes palpitantes. Una efusión generosa de flujo nacrido asciende lentamente de la llanura. El Danubio cerca los montes, los condensa en un poderoso cuerpo que mira de frente la extensión

sin límites. Pero, sobre esta llanura se extiende una lenta humareda negra donde desaparece la trama de calles. Ochocientos mil habitantes se han precipitado en ella en cincuenta años. Y el desorden bajo formas pomposamente equívocas ha hecho sospechosa a esta ciudad. Yo no puedo, sorprendido de entrada por la ostentación de estilos diversos y contrapuestos. Bordean el río pero no se ponen de acuerdo para hacerle un cortejo armonioso. Sobre lo alto, un palacio monstruoso se apoya en una iglesia antigua restaurada recientemente.

Sin embargo sobre ese mismo monte, más cerca de la ciudadela, unas casuchas antiguas son como una floración entre las acacias. Moradas simples. Están unidas por unos muros de donde surgen los árboles. Nacen de forma natural sobre ese terreno atormentado. Nos hemos quedado horas sobre este monte apacible oteando cómo se encendían sobre Taban invadido por la noche, las pequeñas luces tranquilas de las veladas. La calma era grande. De pronto se levantó una lenta e inefablemente triste melopea. Era un saxofón o un cuerno inglés; escuchaba con más emoción que cuando se oye al pastor flautear su viejo canto a la muerte de Tristán. Extraña consonancia grandiosa en la naturaleza adormecida.

¿Saben ustedes, lectores, que mi hermoso gran Danubio fue mutilado por un "tipo" y unas tijeras? Sus molinillos grises me habían impresionado en gran manera, la noche en que bajamos de Budapest a Baja. Bajo la luna había habido un complot grandioso de silencio, de negro y de blanco y de inmutabilidad. El vigía había puntuado el silencio con un sonido de campana trágicamente sola, cada vez que aparecía muy a lo lejos, la luz de una linterna suspendida sobre la corriente... ¡De todo eso, las tijeras del redactor en jefe de la *Feuille d'Avis* de La-Chaux-de-Fonds os han permitido ver un imbécil embozado a la manera de Napoleón en una manta, de pie bajo la luna y el viento seco, a solas ante un

ataúd! Sólo hubiera faltado el "ser o no ser" que en semejantes circunstancias se hubiera podido saltar. Además —para acabar con este "tipo"— las clases de Baja os ofrecieron la desagradable sensación de una descripción incoherente, incomprensible! ¡Pobres clases! ¡Quitadle a un hombre su cabeza, un pedazo de pecho, una pierna y **hacedle** un retrato! De las calles de Baja, grandes canales abiertos a la llanura se han hecho "diversiones" de esta llanura, cuando lo que hacía falta era que fuesen sus "vertederos". Las tijeras, lo sé, actuaban de buena fe, aspirando a depurar un estilo incierto. He reconocido su intención caritativa, pero les he dado las gracias. Pues, permítanme una vez más esto, lector a quien fatigo: yo no os ofrezco literatura, ya que nunca aprendí a escribir. Habiendo educado mis ojos en el espectáculo de las cosas, intento decirlos, con palabras sinceras, lo bello que he encontrado. Y mi estilo es confuso, al igual que es confusa todavía mi comprensión de las cosas. El "grafo", el primer día quiso evitar el enojo de un tío! ¡De qué manera se habría ofendido uno de mis tíos por confesaros nuestros puntos de vista diferentes! El "grafo" quiso pues, en este primer artículo, que un amigo se persuadiera de mi deformación de pensamiento y no así un tío. Pero se trataba de un tío y así todo ello venía a ser más divertido. ¡Si hiciera falta pasarse toda la vida sin embrollar nunca ni un poquito de los parientes, significaría **ganarse** su venganza a la hora precisa del testamento, a causa de tanta indiferencia!

En fin, quisiera todavía que se leyese en los párrafos consagrados a los objetos de barro populares, que el color es a *menudo* simbólico pero no siempre. ¡Ya me tenéis otra vez hablando de alfarería! ¡Fatal inclinación que me aleja de mi ruta! Para echar un vistazo a Caribdis caigo en Scylla! y continuaremos descendiendo el Danubio entre Baja y Belgrado: La corriente muerde las praderas tendidas muy lejos, perforadas por charcas de agua y sembradas de enormes esferas grises —mimbres gigantes montados sobre troncos

de un tal diámetro, y tan atormentadas que parecen más bien rocas—. Unos caballos pueblan esas extensiones que bandadas de ocas cubren de nieve. Todo se encuentra en una línea horizontal sobre la que se acumulan y se yuxtaponen, en la que ellas se confunden. Es como en geometría, un plano visto en sección. Este plano es la “puszta” sin límites con su hormigueo de vida. Algunas garzas se elevan pesadamente y evolucionan, presentando las fases decorativas grabadas con tanto verismo en las maderas japonesas. Raramente, no muy alto, pasa un águila.

Nos caldeamos bien, por un momento, a propósito de estética: un estudiante de arquitecto de Praga, conocido la vigilia, multiplica sus anatemas contra algunos puentes de hierro lanzados audazmente sobre el agua. Son siempre del mismo tipo: una larga viga rígida y horadada, obra maestra de ligereza y de técnica.¹ Y como se imagina la atmósfera de la oficina donde han sido calculados esos hierros y tornillos, nuestro hombre no quiere concederle nada más que el desprecio. Nosotros defendemos la bella técnica moderna y decimos todo lo que le deben las artes, de expresiones plásticas nuevas y de realización atrevidas y el campo espléndido que ofrece al constructor liberado desde ese momento de los clásicos *servilismos*. La Halle aux Machines de París, la estación del Norte así como la de Hamburgo, los autos, los aeroplanos, los vapores y las locomotoras nos parecen argumentos decisivos. Pero el amigo se queda irritado; echa de menos la hoja de acanto y el Poseidón en hierro fundido, sobre esas vigas largas que corren como un expreso y no retienen el alma ni la estorban por más tiempo.

En la noche alguien señaló Belgrado. Y durante dos días enteros, nos desilusionamos —¡oh cuán fuertemente, cuán definitivamente! ¡Ciudad cien veces más incierta que Budapest! ¡Puerta de Oriente, la habíamos imaginado hormigueante de vida colorista

¹ Uno de esos puentes es obra de Eiffel.

. poblada de caballeros relumbrantes, cargados de condecoraciones, portando un penacho fino y calzados con botas lacadas!

Capital irrisoria; peor: ciudad deshonestas, sucia, desorganizada.² Una situación admirable, para más señas, como Budapest. En un lugar retirado, un museo etnográfico exquisito, con tapices, vestidos y... vasijas, hermosas vasijas serbias, de esas que iremos a buscar en lo alto del Balcán, hacia Knajewatz. Se llega por un pequeño ferrocarril belga, vertiginosamente inseguro, agarrado a lo largo de la frontera búlgara. Al lado mismo de esta vía, en el mismo barranco, se construye una nueva línea llamada "estratégica". Está expuesta directamente al tiroteo de los fusiles búlgaros, y suprimirá en un año la explotación de la línea belga. El ingeniero francés que nos lo cuenta, ocupado en la perforación de un túnel, lloraría ante semejante sinsentido.

Continuamos a pie y en carromato. ¡Ideal, la campiña serbia! Las carreteras huelen a manzanilla. Los trigales remueven la llanura y además, sobre los altiplanos, los cultivos infinitos de maíz dibujan sobre el negro-violeta de las tierras, un arabesco expansivo, indolente y cargado de lasitud. El cementerio de Negotine es una típica muestra. Ya hablaremos también de cementerios, pero aguardemos Estambul.

Es una broma el desfile de Kasan —una balandronada de palabras sonoras. Un amigo me escribía en Berlín este invierno: "y eso no valió más, a pesar de que el cielo ennegreciera y se llenara de rayos".

¡Puertas de Hierro! ¡No os encontramos, o mejor, no supimos haceros revivir! ¡Un dique moderno y enteramente fallido os supone el estigma flagrante del filisteísmo de un técnico desalmado

² Esta impresión data de 1910. Yo tenía 23 años. La Serbia estaba entonces sojuzgada por los Habsburgo desde hacía mucho. La rebelión estalló en Sarajevo (junio 1914) y desencadenó la Gran Guerra del 14-18.

y para siempre habéis sido privados del privilegio de ser evocadoras! Trajano ha escarbado un poquito vuestras rocas y tallado -eso sí- una inscripción muy bella. Y saliendo de allí el Danubio fue enteramente otro: violento, oscuro, agitado. Es Bulgaria. Cara a cara con las dunas también; desnudas y pardas, o bien la llanura inundada: es Rumania. El silencio y la soledad se obstinan en torno a este alma trágica removida por la marejada. ¡Antes el codo de Belgrado, era tan sereno, tan azul! Ahora tan sólo grupas redondas y a veces derrumbadas, de tierra amarilla que un césped, lugar a lugar, intenta recubrir. Ni un árbol, ni un arbolillo: la aridez en toda su grandeza. Nada de casas. El único signo de vida es el reventarse atormentado del río que retumba, esta mañana, erizado de crestas de espuma, de las orillas austeras y mudas. Un montecillo de repente, se mueve y se derrumba. Pensamos en algún súbito alud, en algún deslizamiento de la arena tostada: —son— unas ovejas en grandes rebaños que un pastor —punto negro sobre el cielo—, conduce delante de él. En algún oasis, en la falda de dos o tres dunas opuestas, se encava un pueblo. Tejados violáceos y fachadas frescamente repintadas, desaparecen bajo las acacias. Es el decimocuarto día desde Viena; por la tarde habremos llegado a Bucarest. Ya no veremos más el gran río, nuestro nuevo amigo. Lo atravesaremos durante algunos minutos, dentro de ocho días, para pasar a Bulgaria y, apuntando sobre el paso del Schipka, resueltamente hacia el Oriente. Nos habíamos detenido en Negotine, Serbia, en el patio de un albergue, cercado por paredes blancas y cubierto por un emparrado. La sombra es verde sobre los manteles. Por doquier el sol de mediodía tuesta la llanura. Una treintena de invitados, burgueses de pequeña ciudad perdida, celebran una boda y observan una calma tediosa. Algunos habladores empedernidos intentan de vez en cuando un brindis sin inspiración. Un hombre gordo y sanguíneo arenga no obstante con virulencia y hace rodar unos ojos furibundos hasta que la aprobación se expresa

con ruidos diversos y de circunstancias. Pero **ahí** se encuentran unos zingaros, diez o quince hombres, agrupados en la cabecera de la mesa. Juegan y cantan casi sin cesar, una extraña música. Nuestros oídos se habitúan **difícilmente** a esas asonancias y ritmos nuevos; la educación musical occidental se restringe demasiado a nuestras propias creaciones; y aún así los conciertos no nos las revelan sino muy poco —un término medio adquirido, de buen tono—, nada demasiado nuevo ni nada tampoco de la música de antaño.

Sin embargo, el patio se va llenando de sonidos, y algunos cuartos de hora más tarde, ya me encuentro cautivado por entero, y entusiasmado. Mis recuerdos de la "Capilla rusa", se reavivan. Ahi había habido combinaciones nuevas, infinitamente más decorativas —poderosas como las sopranos sobreagudas, coros de mujeres y voces de solo, y corales de niños—. Hay también aquí timbres nuevos, no a causa de sus instrumentos parecidos a los nuestros, sino de sus combinaciones **rítmicas** y armónicas. Y además, es un simbolismo musical que ignoramos, imposible entre nosotros, en nuestro periodo de individualismo. Así como gracias a los Slavianski de Agreffe **habíamos** sentido los **ríos** inmensos y lentos, cómo rodaban sobre las estepas ilimitadas, asimismo oigo en Negotine la voz del dios que hubiera venerado en mi barca: el gran Danubio y la "puszta" que lo besa, **él**, el dominador sereno. O mejor, son los himnos a ese dios, los suspiros, las languideces y los sobresaltos violentos de su pueblo acampado en estas tierras inmensas, los que empujan a la movilidad, al vagabundeo sin fin, a la celosa libertad, extremosa, integral —y que despierta en cada alma el sentimiento de una gran dignidad. Un pueblo canta, acurrucado cerca de las cenizas de un hogar en los rosados atardeceres, verdes y azules y se entrega, al alma ardiente que la agita. Y esta llanura, estas estepas y estas flores, que **sólo** despiertan el sentimiento de las cosas sin permitir su percepción, no

podían expresarse más que con la música, arte de subjetividad y de **sueño**. Nuestro Bello Danubio se deifica en el canto y el juego de los **zínaros**. La forma es la de una "csardaz" húngara —violines, cellos y contrabajos, pero ningún diabólico címbalo. El jefe, de pie, bardo popular, canta el canto de su pueblo. Inventa unos grupos, siguiendo la emoción que le embarga; los elementos son seculares. Nada fijado de antemano. Dice su credo, y los demás se lamentan o quedan pasmados, o estallan en gritos, fieles a su pensamiento. La voz en solo cuenta un pensamiento dulce —o la cuerda de mi sola. De repente, el bloque se quebranta, y surge un cubo de música; todas las voces salen al unísono y los instrumentos adornan el fondo, de *pizzicati* o de arabescos en serpentina. El bardo recita un nuevo pensamiento que conmueve la "csardaz"; y todos aplastan sus llantos en las cuerdas oscuras. El bardo canta solo, un sueño de esperanza; y la alegría surge como una torre formidable rodeada de resplandores de acero, de tintineo de armas bajo el sol glorioso... Pero he aquí que el gran **río** se desborda; la voz grave sacude con estremecimientos las gruesas cuerdas de los contrabajos; mientras que una voz solista sube como una elegía, la noche cae del todo azul; la horizontal infranqueable separa al tiempo que los une, a lo lejos, la tierra murmulleante y el cielo iluminado de estrellas... Sólo el bardo queda de pie. Todo termina sobre una geometría grandiosa. Bach y **Haendel** han alcanzado las mismas alturas, y también los italianos del siglo XVIII. Los himnos han sido como grandes cuadrados dispuestos como torres. Y los han **religado** murallas almenadas por donde corría un arabesco. Precisamente el día anterior, por la mañana, habíamos visto a la orilla del **río**, veintiséis torres cuadradas flanqueando un gran muro recto. El **rubí** de los frascos que se vacían en el patio del albergue es exquisito y proviene de las cepas bordelesas tratadas sobre la colina por unos especialistas franceses. También artistas, estos viticultores que permiten al hombre **verterse** en el

estómago esos rincones de paraíso entero; cosa que hace, bien es verdad, divagar un poco y andar de través. ¡Pero a fin de cuentas sólo los animales caminan siempre derecho y no salen nunca del camino! ¡Para esos dos que se casan, no se toca música del Moulin Rouge. Bravo! Pero esos que los rodean (parientes, amigos) fastidiosos o indiscretos tienen ellos mismos, me parece, el sentimiento de su inutilidad en este lugar. Utilizan mucho del rubí de los frascos para sacudir su malestar; quieren sentirse alegres en un día calificado "de fiesta" —o hundirse en un aturdimiento tranquilizador. Yo he bebido también mi parte del vinito de Negotine. Y, perdido en alguna quimera, siento que un drama siquico une esos seis seres —un hombre, una mujer, dos madres, dos padres— en ese patio donde los zíngaros dejan hablar a la raza, el gran pueblo de los muertos a través de las canciones seculares. Los zíngaros elevan para los esposos sus voces pesadas de pensamientos; y su música cava una fosa ante los fastidiosos que han sentado a la mesa aquí unas costumbres ridículas. ¡Quisiera que se fueran al diablo, esos inoportunos! Quisiera ver esas dos madres a quien se quita un hijo y una hija, y esos dos padres quienes, como en tiempos de los patriarcas, cierran una alianza y unen sus troncos, y esos esposos que van a recibir la última ofrenda —quisiera verlos sin que hablaran, comiendo unos platos ligeros, evitando las asechanzas de los vinos socarrones, sentados en un cuarto blanco con paredes desnudas. Ahí, se elevaría la melopea de la inmensa llanura proclamando la inmutabilidad, y la voz del río diciendo el eterno movimiento. Las grandes estrofas llenarían la blanca y desnuda habitación, y la sabia de la raza penetraría la sensibilidad de los corazones. Cuando se hubiera resuelto el dibujo de las líneas melódicas, quisiera ver a las dos madres marcharse uniendo sus lágrimas de gozo y las lágrimas de la añoranza, y a los dos padres, citando el pasado, hablar del porvenir. ¡Y yo quisiera que se quedaran solos en la sala blanca y desnuda, esos dos seres que, a lo

largo de los días pasados y futuros, no contarán en absoluto un solo minuto equivalente a este!

Auguste seguía extrayendo el rubí de los pequeños frascos. Pero, cosa rara, no pudo soportarlo, y por la tarde se sintió enfermo.

BUCAREST

(Carta a una dama que me contó un día su admiración por Carmen Sylva, reina de Rumania.)

SEÑORA:

¡No recuerdo ni dónde era, ni cuándo! Pero ciertamente Carmen Sylva acababa de publicar un exquisito libro, y "los Anales" habfan dado el retrato de la reina-poetisa, y usted se *había* conmovido por la simplicidad de sus *atavíos*, por la fineza de sus cabellos grises y de sus bondadosos ojos acogedores. Y "Los Anales" *habían* proclamado, *¡qué* alma de artista ardía detrás de ese modesto cuadro!

Pero aquí me tiene a punto de demoler su ídolo, señora, ¡porque he visto el palacio donde ella fulgura! ¡Me concederéis, verdad, que los muros de una morada reflejan al alma que la habita, y, considerando que yo no juzgo más que por lo que me muestran mis ojos, después de haberme leído, me perdonará!

¡Pero de hecho, usted conoce el Greco! ¡Exactamente!: Doménikos Theokopoulos. Un resucitado de tres o cuatro años. El milagro tuvo lugar en el Salón de Otoño de 1908. Y fue una gran alegría para los enamorados del arte esa exposición retrospectiva y rehabilitatoria. El Greco, era para los historiadores del arte,

obstinados en los Murillo, Zurbarán, y los Velázquez, un incidente cronológico apenas señalado. Ante el maestro, los escuderos antedichos habían levantado la cabeza descaradamente durante trescientos años. ¡Y no obstante, Cézanne está ya muerto! y Cézanne fue uno de los que más amó al Greco y extrajo el modernismo que este precursor había inscrito en sus telas desde hace 300 años. Era verdad que los grandes salones de pintura de la segunda mitad del siglo XIX cerraron resueltamente, y todos los años, sus puertas al genial Cézanne. Le faltó a este "honrado" morir escarnecido por la muchedumbre... Pero gran sacerdote, en verdad, del santuario cuyos fieles habían nacido de Courbet y Manet.

¡Dios mío! ¡En esta ocasión, la muchedumbre de París no hizo otra cosa que la de cualquier otra parte! Fue, como a menudo, la expresión de ese sólido sentido común que consagra la mediocridad y se rebela instintivamente contra los esfuerzos nuevos. ¡Este gentío de París! ¡Qué feliz sería al proscribir a esos poetas, pintores y escultores, esos músicos que, en medio de la ingratitud, reavivan el gran hogar del arte! Romain Rolland ha escrito un libro entero para revelar a París su fuerza, e introducir a la muchedumbre en **casa**. Sobre la parte delantera del lugar, sin embargo -en la avenida de los nuevos ricos, la multitud sobre el empavesado va a empacharse de literarismo pictórico en los dos salones oficiales. Ante sus ojos, cada año, diez mil telas frescas excitan su curiosidad boba ahí donde revolotean a placer las musas banales. En el salón de Otoño, en los Independientes -campos de batalla en otro tiempo épicos-, la multitud se va a hacer cabriolas y a desternillarse: se cree en el circo. Se ríe... iporque constata la idiotez insoportable de aquellos a quienes sus hijos admiran!...

Y dicho todo eso, con una inmodestia descarada, comprenderá, señora, cuánto creía en la excelencia de Carmen Sylva, puesto que, franqueando el umbral de su morada iba a encontrar ocho cuadros

de El Greco colgados en las paredes de sus habitaciones y de su sala de música.

No voy a fatigarla con la descripción de esos cuadros pero intentaré, a fin de permanecer en el tema, hablarle de sus cuadros. De aquellos de donde emergen esos colores nacidos como de Cézanne, esa ordenación agitada y ese dibujo extraño, esas formas y esas manchas desconcertantes aristocratismo español trascendente, filtrado a través de una sangre helénica, sensualidad grandiosa de misticismo católico en carnes enfebrecidas. Por otra parte es en tiempos de Felipe el Católico, y esos cuadros, son Toledo y son El Escorial. No se concibe el Greco sin esa época y sin esas arquitecturas. Los tiempos han pasado; queda Toledo. Morena roja cuyas piedras son casas; derrumbamiento en cascada en los flancos de una roca erigida sobre un altiplano rojo bordeado de montes negro-azul o gris-ceniza. Una garganta profunda, al pie de los muros, forma una arruga sin luz. Un cielo pesado posa su placa de ultramar en esa aridez. Es rugoso como una tierra cocida que un exceso de calor hubiese hecho estallar. Pero bajo esta dura corteza, las paredes que ofrecen su asilo al Greco en el misterio glacial de las capillas blancas, son uniformes y pintadas con cal. Blancas, crudas, impasibles, son para esta pintura rutilante el medio necesario y majestuoso.

Subíamos por la escalera de honor del palacio de Carmen Sylva; nos costaba mucho creernos en la realidad. Era muy feo. Pasamos, Dios sabe cuántas salas en el barullo de las cuales encontramos los Greco que andábamos buscando.

De los ocho que debimos ver, cuatro estaban desgraciadamente en Sinaïa, la residencia de verano. Las habitaciones que atravesamos eran mezquinas y fallidas. Desde el piso hasta el techo, se acumulaban innumerables *bibelots*, toda la quincallería de arte de los éxtasis "homaisianos". No podíamos dar crédito a nuestros ojos. Los lacayos nos señalaban, aquí y allá, siempre en algún rincón

perdido y negro, ese San Jorge, esa Natividad, esta Boda de la Virgen, para los que Auguste había emprendido este viaje. Numerosos bodrios estaban en lugares de honor, infames; y encima de los muebles, retratos fotográficos, como en casa de mi conserje, en París. He tomado nota, para que usted me crea, señora, de la sala donde se encuentra la Boda de la Virgen. Las dimensiones son tres metros de ancho, seis de profundidad. La mitad de la habitación está sobrealzada a la altura de un peldaño y aislada en medio de una columnata de madera donde cuelgan unas cortinas. Detrás de esas cortinas está el cuadro, no sobre la pared iluminada, era mejor colocar un cuadro del mismo tamaño, un episodio de la guerra franco-alemana, con humareda, cañones, muertos y cascos con punta. ¡Y franceses derrotados! Ambos cuadros distan un metro. A lo largo de una estantería que rodea la habitación, unos sesenta soldaditos de madera equipados de distinta manera. ¡Cara a cara del Greco, una chimenea muy grande... en madera, hecha "para la galería"! Enfrente del Greco y tapándolo un poco, un busto en mármol blanco de la reina. Sobre algunas mesas, un calendario, y fotografías amontonadas, en marcos de cuero o de peluche. En cuanto un resalte de basamenta es suficientemente ancho, vasijas, toda una serie de cosas innobles en avalorios, o conchas Luis XV se renacimientean con tontos mascarones. Después, justo al lado, algunas soberbias vasijas campesinas de Valaquia. Figúrese además el techo sostenido por pesadas consolas de madera falsa, luego, cuente con nosotros, en este espacio de tres metros por diez, dividido en dos niveles: siete mesas y veladores, un enorme pupitre, tres bufetes, siete sillones. Reparamos en algunos de estos cubiertos de peluche rojo, incluidos pies y respaldo. Flecós y borlas dan a entender a cualquiera la posición del propietario.

Y en la sala de música, a donde van a jugar como en un templo, los jóvenes protegidos que la reina-mecenas atrae desde

Europa, es peor, se lo juro: ¡para no creérselo!... ¡Y el cuarto Greco que languidece ahí... es falso!

¡Por eso, Madame, ya no creo en "Los Anales" ni en Carmen Sylva! Por lo demás esta señora es de una familia alemana demasiado buena y se me aparece sin gusto artístico, su marido y su palacio forman una cosa heteróclita sobre los pavimentos ardientes de Bucarest, que dicen tantas cosas. Dicen con potencia la supremacía de la carne, y sobre ellos se aplasta una implacable sensualidad. Bucarest está toda ella llena de París; más aún. Las mujeres bajo la luz terrible, se peinan y son hermosas y se adornan todas con *toilettes* exquisitas. No nos son extranjeras cuyos vestidos supondrían ya en sí mismos una barrera: en los carruajes, a la vuelta de las Carreras, durante ese largo desfile en la Via Victorii, estaban acostadas perezosamente, y sus *toilettes* de París con tejidos suntuosamente sobrios, sus grandes sombreros negros o grises o azules que una enorme pluma agita —o también sus pequeñitos tocados sobre cabellos invasores— la pintura de sus ojos y de sus bocas, sobre una tez siempre tranquila, las formas nobles de bellos cuerpos bajo la caricia de los tejidos —todo nos empujaba a reconocerlos, a admirarlos... y nos acordábamos con las mismas melancolías, las seductoras visiones del París chic. Se siente que, fatalmente, todo aquí mueve al culto de la mujer; y aparece que el ídolo de esta ciudad, la gran diosa, es solamente la mujer, por razón de su belleza.

No se burle, señora, si he quedado deslumbrado. Además, ahí olía por todas partes a *lys*, con obstinación —el *lys* que venden los zingaros. ¡Y otra vez, hélas ahí, mujeres espléndidas! Teces amarillas bajo cabellos negros, ojos bajo los cuales se utiliza el vocablo embrujador. Y vestidos claros y sencillos, de donde salen manos para destacar sobre el marfil de los *lys*, el coral de las uñas pintadas. Los zingaros se nos convertirán en un símbolo, única expresión posible de esta ciudad donde hemos sido torturados.

Innumerables carruajes piafan. Cocheros eunucos, muy gruesos y hablando con voz aguda, lanzan sus corceles fogosos y espléndidos a través de los "calei" abarrotados. Todos esos cocheros están casi de pie, enlutados con una toga de terciopelo azul oscuro. Y el tintineo de los mil cascos sobre el duro empedrado es una música o un ritmo que casi no se extingue en toda la noche.

¿Qué decirle de esta ciudad llena de árboles, que se extiende lejos, pero ofreciendo siempre el aspecto cerrado de un barrio de "petits maitres"? Los pisos no sobrepasan el segundo, y las calles se cierran pronto. La arquitectura es futil como la vida de aquí; Escuela de Bellas Artes por doquier, ya que aquí sólo trabajan los arquitectos diplomados de París. Si es banal, es que no es feo, debido a la unidad de procedencia, Bucarest no tiene ni la heteroclididad ni las fealdades de las ciudades alemanas. Los ojos no se detienen ni en los perfiles conocidos, ni en las guirnaldas conocidas de memoria. Son enteramente libres y se van con los ídolos que pasan y en Bucarest es domingo toda la semana...

Permita que empleando el lenguaje libre del "pintor aficionado" le diga en tres líneas, señora, con colores y con manchas, el alma de esta ciudad donde los corazones austeros se atormentan. Conocimos en la terraza de un café famoso a los pintores y escritores de Rumania. Y, puesto que éramos franceses, fuimos recibidos con una gran afabilidad. Esos pintores eran los de la "Juventud Rumana" —una "secesión" también, llegada hasta aquí. Nos gustaron porque nos hablaban fogosamente de sus artes nacionales, y vibramos al unísono a propósito de encajes y de cerámicas populares.

Después, solos, fuimos, bajo la Rotonde, a ver el desafío que esos jóvenes lanzaban, en obras revolucionarias, a los obstinados de rutina. ¡Pues bien, esos imbéciles se han dejado asesinar por Europa! Tuvimos que soportar paredes enteras de academicismo muniqué y cimacios cubiertos con atonías venidas del Quai

Voltaire. Esos jóvenes que, antes de sublevarse, tuvieron la dicha de nacer a orillas del Doboritzza y brincar en las "vías" y las "caleie", olvidaron -cuando quisieron decir "yo", de pie ante una tela, la orgiástica paleta en mano-, la mordedura de su carne y su sed de desenfrenos bizantinos. ¡Y su corazón no se ha sumergido en el olor deshonesto de los *lys* que venden las bellas zingaras! Sus telas son "mamarachadas" (permitame esta palabra valiosa). ¿Por qué ellos no pintaron "mamarachadas"? Y eso, en una plástica que hubiera sido zingara, y en un color terrible en que amarillos limón ahogados en verde sucio habrían excitado los violetas podridos. El blanco de los *lys* y el bermellón de las uñas ahí hubiesen sido como gritos. El gran negro, brutal, imperioso habría invadido y "marginado" ese *síncope* de colores. Y ahí en medio, se habría desparzamado el rosa incomparable, que todos los pueblos primitivos y sanos adoran y prodigan, porque es el de la verdadera carne. Esta pintura, como la sonrisa amarilla de los zingaros, sus sencillos cuerpos le habrían dado ritmo. ¡Y se habría sabido, viéndola, que ahí abajo hace tanto calor y que la llamada de la ciudad es tan fuerte que las arterias casi se rompen y que el cerebro estallaría y que de noche no se puede dormir!

TIRNOVO

A TODO lo largo de Bulgaria, como en un jardín. A la vera de la vía, es una cenefa loca de rosas de malva, de capullos amarillos, de cáñamo azulado y de achicoria, de amapolas y de escabiosas. Y los grandes cardos forman placas **vinosas** sobre parterres blancos y las matas en flor. Los trigales vienen hasta el borde de la **vía**. A lo lejos continúan apuntándose los árboles frutales, lagos amarillos que zéfiros cálidos cepillan. Pero cuando el tren hubo alcanzado las altiplanicies todo había vuelto de nuevo a la severidad.

En la hora del crepúsculo, he subido sobre la roca inmensa que la ciudad escala —morena tumultuosa de casas engarzadas con caminos. El viento soplaba, limitando los altiplanos que el tren atravesó esta mañana perpendicularmente al Danubio, unos montes se habían elevado de repente, formados por asentamientos de piedra muy estrechos anegados en inmensos bancos de arena. Una fisura profunda, casi un "cañón", **almenada** de rocas en **asentamientos** horizontales, deja paso al amarillo río. Desde esta altitud árida donde sólo manzanillas florecen y perfuman, en la abertura del gran portal de pies **rectos** rocosos, se ve la llanura. El sol se ha puesto justamente **ahí**, y, muy al fondo, sangra una inmensa horizontal: **Ahí** debe estar el Danubio. Al otro lado, en hemiciclo, los Balcanes se rizan y se levantan en esta hora adorablemente

azul. Un friso de un cobalto ligero, **señala** en la **lejanía** la cadena más alta donde serpentea el Schipka, puerta de Turquía que franquearemos a caballo dentro de algunos días. Al pie de ese monte donde estoy acostado, la cinta amarilla del **río** rodea la ciudad según un **8** nervioso, **aquí**, la corriente esparcida forma islotes de arena; **allí**, comprimida, la sacuden los rápidos. Rebaños de grandes bueyes están zambullidos en el **río**. Los bueyes son grises, con el vientre casi blanco y el lomo negro suavemente ligado al tono de los costados; sus ojos tienen la dulzura y la belleza de los de las **gacelas** y sus cuernos las coronan de majestad como en los bajo-relieves egipcios. A mediodía, habíamos visto centenares de búfalos negros tendidos en las zonas **lodos** del río. Dormían, inmersos en el agua limonosa, ofreciéndonos un espectáculo inesperado. Sus cabezas se alargan siempre horizontalmente y sus blancos ojos parecen discurrir pensamientos lúgubres bajo frentes tenebrosas. De volumen formidable, tienen un color sobrecogedor, oscuro como un velo fúnebre, opaco como tinta estropeada, y al verlos avanzar con sus cuernos vueltos hacia atrás y sus morros baveantes, **uno** tiene miedo. Ya entiendo que el pintor del siglo XV haya uncido esos trágicos animales, al Carro de la Muerte, al Carro de la Vanidad y al Carro del Vicio, en esos famosos retablos de la Academia de Siena que pudimos mirar con emoción. Entonces habíamos creído que se trataba de una pura invención de pintor inspirado.

Al fondo del "cañón", los pastores han entrado en el agua para cazar ante ellos a los bueyes abrumados de calor. A través de la gran puerta rocosa, mis ojos erran por última vez por esta horizontal llena de noche que marca Europa; y desciendo de nuevo esas pendientes donde se desploma la cascada de las casas.

¡Qué extraordinaria ciudad de la cual nadie jamás habló, perdida lejos de las grandes líneas de comunicación! Auguste dice que se puede comparar con la Ávila de España. Esa fue sin

embargo la residencia medieval de los **zares** de Bulgaria. Tirnovó no tiene nada de pueblo. Miles de casas la constituyen; se han agarrado a los labios de las rocas verticales, luego se han acumulado unas montando sobre la espalda de otras hasta la cima de este monte que es como una torre. Las paredes son blancas y los enmaderados negros, las rechumbres como la corteza de un árbol. Visto de lejos es una árida estratificación. Algunas manchas blancas, más grandes, señalan las iglesias, no bizantinas sino barrocas y emparentadas a las exquisitas arquitecturas de las montañas bávaras y tirolesas. Hemos recorrido largo rato las calles de Tirnovó donde el extremo pintoresco sigue siendo atrayente por razón de la perfecta limpieza. Nada detesto tanto como los pueblos donde el "literarismo" y el sentimentalismo de tantos pintores se complacen, porque el estiércol invade las callejuelas y el barro ha salpicado hasta los tejados. Esta suciedad delata siempre una negligencia de mal presagio y se puede dar como seguro que las poblaciones que se abandonan a vegetar son pobres y no cultivan ningún arte. Cuando la sangre es joven y el espíritu sano, el sensualismo corriente afirma su ley. Los hombres trabajan menos y buscan el bienestar. Cuidan sus moradas con una solicitud que nos parecería exagerada. Las quieren limpias, alegres y confortables: las adornan con flores. Se visten con bordados donde los colores encendidos expresan su alegría de vivir. Su vajilla está decorada con flores, llena de arte, y alfombras tejidas por las mujeres, siguiendo una tradición secular, **recubren** el piso de madera que se cuida con esmero. Y a cada primavera, la casa que aman recibe su traje renovado: deslumbrante de blancura ella sonreirá durante todo el verano a través de los follajes y las flores que le serán deudas de su esplendor.

En Tirnovó, las habitaciones están blanqueadas con cal y es tan bonito que me impresionó mucho. Ya el año pasado, me había entusiasmado, en Mittenwald, en los Alpes de Baviera, con la

potencia decorativa que adquirirían las gentes y las cosas frente al blanco de las habitaciones de campesinos. Serbia, Rumania, Bulgaria, Constantinopla y el Athos de donde vengo, han confirmado más aún esta impresión. En Tirnovó se blanquea cada habitación antes de Pascua y antes de Navidad, y de este modo la casa siempre está radiante.

Cada casa tiene su habitación principal; una ventana muy grande más ancha que alta cuadrículada con cristales, da sobre los árboles y las flores del jardín, y, debido a la situación única de esta ciudad, un perfil audaz y brutal de monte, y un torrente amarillo, vienen a encuadrarse en la geometría del ventanaje. Estas habitaciones son tan pequeñas que la ventana ocupa toda la pared y siempre se le adosa una galería, dominando el alud de casas; esta galería es un trabajo fino de carpintería y el perfil de los pilares y de la cubierta recuerda las hornacinas exquisitas de los muebles del Islam. En esta encantadora exiguidad, los hombres se arredosan sobre sofás fumando tranquilamente. Parecen una pintura persa puesta dentro de un marco morisco. La puerta del jardín es rosa y verde; el cercado no es mayor que una habitación y un emparrado lo cubre todo. Rosas y tulípanes, y también muchos *lys* de olor péfido y claveles y jacintos. Capas de piedra blanca que enlosan el suelo ahí donde las flores no han invadido. Ya he dicho que las paredes están blancas y a veces azules como lo más profundo del mar. ¹

Entramos hacia el atardecer, en una de esas pequeñas iglesias precedidas por un soportal azul tenue. En el iconostasio, engarzada cada una en una hornacina de oro que hubiera podido esculpir un hindú o un chino, veintinueve iconos brillaban con sus cielos de oro y con las aureolas de sus santos. Eran del más hermoso estilo,

Desde entonces, he sabido que una costumbre religiosa obliga a blanquear con cal durante las grandes fiestas religiosas. Religión útilmente policíaca. El azul que encuadra puertas y ventanas ahuyenta las moscas.

más italianas que bizantinas, y enlazarian bien a Cimabue con Ducio. Uno se siente muy conmovido ante semejante conjunto, en la paz de un santuario, en la hora placentera. Y aquí me embriagué tanto como tantas veces en la pequeña galería de los primitivos italianos del Louvre, donde la Gran Madona es un credo, y donde San Francisco, fulminado por un éxtasis recibe los estigmas después de haber predicado a los pájaros y a los animalillos del bosque.

Al día siguiente tuvimos una gran alegría: en un pueblo, al pie del Schipka sangrante, tuvimos ocasión de comprar a un párroco pobre algunos viejos iconos donde unas aureolas de oro resplandecen sobre cielos de fuego. Después el Balcán nos reservó la desilusión de ser verde y azul, frondoso y cubierto de bosques, cuando habíamos pretendido que era rojo e inexorable, rojo como una tierra que ha bebido tanta sangre, y rojo como es debido para que un ataque de bandidos tenga algún aspecto pictórico. ¡Ay! ¡De bandidos tampoco nada! En medio de la noche descendimos pendientes incómodas manteniendo los caballos por las riendas, y nos adentramos en el único albergue donde unos hombres bastante sucios ya dormían en todos los bancos. Y como casi nunca se pierde un extranjero por esas carreteras apartadas, no les gustó en absoluto el recibirnos. A decir verdad el malestar apenas duró; sin protocolo nos pusieron en una habitación que sólo dos camas ocupaban —dos jergones rebentados, cubiertos con una sábana repugnante, sobre la cual decenas de chinches morían de hambre. Y como después de dos horas, yo estaba completamente devorado; y los perros ladraban a lo lejos, salté por la ventana y me fui montaña arriba. Me detuve en un árbol y allí dormí profundamente..., ien pleno corazón del Balcán! ¡Qué hubiera dicho mi mamá, al saberlo!

Escribo estas líneas desde una isla desierta donde la imbecilidad de una cuarentena nos encierra por varios días con un puñado de

compañeros de infortunio. ¡Y ya estoy harto de contar las noches pasadas bajo las estrellas, sobre el duro puente de los barcos que nos han llevado hasta aquí, o sobre la arena de esta isla que un sol terrible encandece, y también acaricia a unos pocos kilómetros de aquí, los mármoles adorables del Partenón que todavía no he visto!

EN TIERRA TURCA

DE Kasanlik (donde desde hace quince días, el Valle de las Rosas ha confiado sus perfumados tesoros a las retortas), hasta Stara -Zagora, repostamos. Nos levantamos a las tres de la madrugada. Somos seis, muertos de sueño, calentándonos en un carromato sucio y descubierto, minúsculo. Los tres caballos corren como diablos y nos lanzan sobre carreteras lamentables que a menudo se confunden con el torrente.

Adelantamos a unos zingaros turcos en migración. Unos hombres grandes con turbante y camisa abigarrada; mujeres cubiertas con un velo azul añil, bordado color de vino. Las chicas son muy bellas, mucho más que las mayores, pronto marchitas. Todas llevan la falda-pantalón, la muy elegante falda-pantalón, sencilla y plástica. Los pequeños, casi desnudos, pipian, como es natural. Toda esa gente va a pie; unos asnos llevan enormes fardos. El Balcán al extremo de la meseta es azul-negro y el sol no se dejará ver hoy. A cada instante sobre la estrecha carretera pasa algún viejo turco encima de un pequeíto asno —tan pequeño que el viejo “entiarado” con un turbante, parece gigantesco; sus piernas patallan a quince centímetros de tierra a razón de más de sesenta latidos por minuto; pues el asno trota constantemente y parece que

quiere caer hacia adelante. ¡Es valiente, el borrico, deliciosamente concienzudo! Y el viejo turco es esencialmente simpático.

Aquí tenemos el primer cementerio turco. Se extiende al extremo de la pequeña ciudad donde, en cada jardín que visitamos, nos habían dado confituras de rosas, y luego, con amplias sonrisas nos habían conducido de nuevo rociándonos con unas gotas de agua de rosas, iagua de rosas del Valle de las Rosas! En esos patios minúsculos corría el agua de una fuente de mármol y todo estaba cubierto con flores en medio de bordados de boj tallado y de senderos de arena blanca, bajo una gran parra generosa. Las paredes eran de un blanco resplandeciente; a veces pintados también con cal ultramar. Así el cementerio une la ciudad con la llanura y le da una puerta de **ensueño**. Las piedras erizan como **menhires** una maleza de cardos; pero hay muchos que son minúsculos. Es incoherente, sin orden y sin medida, sin designación, sin sentencia ni símbolo: un pedazo de roca alargado hincado en tierra. Grandes plantas como muñecos contribuyen, sobre esta vasta meseta, a dar la impresión de crecimiento vertical; sus flores son amarillo-limón, color único sobre el gris rico de las piedras toscas y los azules desecados de los cardos. **Rebaños** de corderos y de bueyes solitarios pastan en la invasión de hierbas, en esta serena ciudad de los muertos.

Los ferrocarriles carecen de exactitud. Pero Auguste constata que llegamos a pesar de todo a Andrinopla. Son ya diecisiete horas de retraso: ¡oh!, ilas tempestades repentinas y las inundaciones, y los jefes de estación! ¡En la portezuela, la aparición de unos saltadores! ¡Escalan el vagón y somos pues doce hombres en esta berlina de diez plazas! Nuestros bandidos a la Decamps son unos tipos bonachones, cultivadores que mueven la cabeza mientras ven sobre el amarillo **río** enfurecido cómo miles de gavillas de oro corren como una marejada. Pero apestan a ajo de una manera inaguantable. Alguien me ha dado una rosa en Siemen; pego la

nariz a ella; Auguste recibe mis lamentos; mientras fuma su pipa, filosofea, y filosofando, pipea.

El paisaje está pintado por Decamps. Verdaderamente, el infeliz ha dado con la nota apropiada: cielo negro de tormenta sobre el que la montaña se levanta en ocre claro; los árboles concentran una sombra opaca y dura y las nubes forman unas placas trágicas sobre el suelo. Es un marco para batallas. Manadas de bueyes grises y de búfalos negros que disfrutan plácidamente del inesperado baño que, desde ayer por la tarde les ofrece el Maritza desencadenado; los búfalos revolcados hasta el cuello en el agua amarilla levantan la cabeza ensombrecida y rumian.

Y Andrinopla apareció en el resplandor de la gran luz de la tarde. Andrinopla es como el alzamiento de esta enorme meseta, resuelto en una bóveda magnífica. Formidables minaretes en la lejanía son finos como colas de caballo de las marismas -exaltan y dirigen rectamente hacia arriba este gran empuje. Tres enormes y grandiosas mezquitas más vienen a sostener, de abajo a arriba, este gozoso esfuerzo. "Sultan Selim" hizo a la ciudad una tiara de magnificencia absoluta. La vieja capital de los turcos se ha mantenido llena de nobleza. En sus puras costumbres orientales, los buenos viejos turcos que la habitan se nos aparecen como santos. Fuimos mimados, lo que equivale a decir saludados por todos y mirados con benevolencia. En los cafés -a la turca, claro está- el patrón (*cavédji*) acurrucado en un sofá, se toma molestias y viene a traer con una pinza el carbón ardiente, sacado del horno, que debe encender nuestros cigarrillos. Estamos sentados en la calle, bajo un emparrado. Unos turcos curiosos se interesan y forman círculo. Un vendedor de pasteles nos ofrece su mercancía y no concibe que le paguemos. Zarandeo dos vasos de agua y los rompo. Y el *cavédji* se ofende porque quiero reponérselos; desde su ventana ampliamente abierta donde, acurrucado sobre un diván,

fuma el narguile, sonríe, da las gracias, saluda, y ni siquiera acepta el precio de sus cafés.

Abrimos unos ojos como naranjas a las escenas que se multiplican en la calle. Enfrente nuestro, un hombre está sentado sobre una estera delante de su casa. Ante él dos macetas de geranios rosas. Tiene la cabeza afeitada así como una tonsura pero la tonsura ha ganado terreno hasta la frente. Es el peinado de verano del turco, y es extrañamente poderoso. Un colega se acerca llevando una inmensa regadera. Nuestro hombre se pone entonces de rodillas, en la postura de la adoración, avanzando la cabeza entre los geranios; y el amigo fiel le riega la cabeza generosamente; el agua se vierte de la gigante regadera, sin fin; el paciente que ruge de gozo muestra con el dedo, unos instantes, el lugar de su cráneo donde la aspersión es más favorable. Se pone en pie, se acurruca de nuevo y, con las manos en las rodillas, espera detrás de las macetas de geranios la caída de la tarde y la venida del fresco. La calle donde paladeamos innumerables cafés (¡cuestan un céntimo, esos chiquitines!), sube hasta el Sultán Sélim Djami y está cubierta en todo momento de emparrados alcanzando la calzada y dando alegría y sombra. Imaginad además un poco en todas partes una fuente de mármol marfilino o algún minarete puntiagudo dando un blanco resplandor en la dulzura del azur. Suben y bajan pequeños borricos, extraordinariamente cargados inexplicablemente. Ya que estos animalillos trabajan siempre con seriedad, con toda su alma. Es curioso ver a esos viejos pícaros indolentes ponerles a la espalda, ya un paquete de hierbas frescas apiladas al travieso, desplomadas hasta el suelo y llevando consigo un entero rincón del oloroso prado; ya enormes cestas llenas de tomates, de cebollas y de ajos. Todo ese fardo, el borrico, el turco, la paja o los tomates, es tan ancho que a menudo ocupa toda la calle. Seguramente por ello que, por temor a los empujones, bajo el soportal del Viejo Bazar, ese planchador de ropa se ha instalado en un armario

suspendido sobre el suelo; el cristal sustituye los tableros de las puertas; el hombre en su poco trivial morada, se halla así al abrigo de los asnos... y del frío! Un colega, en Kasanliz, para trabajar el cuero, había descubierto qué confortable morada resulta una gran perrera; en su casa también había profusión de vidrierías. El simpático viejo era jorobado, calvo y llevaba gruesas gafas. Su choza yacía en medio de la plaza y se vendían, a su lado y enfrente, cadenas de ajos, cebollas y puerros.

Comemos en un restaurante típico. Allí solamente llegan turcos, quietos en sus grandes vestidos negros, severos bajo sus turbantes blancos o verdes. Se lavan las manos y la boca con jabón, en el aguamanos de mármol, y el dueño se evade de sus hornillos para ofrecerles un paño. Inspeccionan las ollas, deciden su elección, luego vienen a sentarse con gravedad. No hablan. En este pequeño local donde se amontonan cinco mesas de cuatro personas, hay un silencio que no pesa nada. Tenemos la impresión de estar entre una compañía muy distinguida. Toda una pared del local cuadrado está hecho con ventanas que dan a la calle; los hornillos se apoyan en ella y las grandes aberturas dejan escapar aromas que expanden por toda la calle el renombre del cafetín. Al lado de los hornillos hay una gran losa de mármol espeso que sirve de aparador, sobre el cual se muestran víveres, tomates, pepinos, judías, melones y sandías -en resumen, todas las cucurbitáceas que enloquecen a los turcos. Se nos sirve una sopa de pasta bien pesada con limón, después unas pequeñas sandías rellenas y arroz apenas reventado, salteado en aceite. Los turcos casi no comen carne. Ciñéndonos al régimen vegetariano, no tienen necesidad de cuchillos; así el cuchillo de mesa es desconocido. A este menú muy rico se añaden siempre algunas tazas de zumos de fruta, zumo de cereza, de pera, de manzana o de uva, que se bebe con cuchara, el vino está vedado por Mahoma. Los turcos aristocráticos del antiguo régimen, para comer, usan sólo los dedos y un pedazo de

pan; se desenvuelven con gran distinción. En todo momento, un chiquillo provisto de un fez, ceñido con un cinturón de lana que le hace parecer tan ancho como alto, corre de uno a otro comensal blandiendo un bastón largo coronado con una enorme crin de papel blanco. Ante el alboroto producido y en medio de la perturbación atmosférica provocada por su artefacto, las moscas se alejan por millares... pero, muy desengañadas, y pronto repuestas de su terror, reinician al poco su ensordecedora ronda.

Antes de poner pie en tierra de Bizancio, tuve la oportunidad de saborear en Rodosto, pequeño puerto exquisito acostado en la ladera de un cerro a orillas del Mármara, un toque muy turco, pero turco nuevo-régimen.

Invitado a cenar en casa de unos comerciantes conocidos al azar de un encuentro, pasé la velada con ellos en su jardín. El triunfo de esos señores fue el hacer descender de las tinieblas de un gran árbol una colosal lámpara de gas incandescente, tan grande como una lámpara de arco de la Potzdamer Platz en la **Branden-burges Thor**. "¡Ochocientas velas!", así se proclamó, ¡y se dio la luz! Lo teníamos encima de la nariz, a un metro sobre la mesa. Y hablamos de progreso, de nueva constitución, de civilización. Terminamos con la música y esos señores siempre amables subieron a buscar su instrumento —una mandolina y una guitarra. Un criado llenó la mesa de cuadernos de música. Después se me exigió que dijera mi amor por la música seria, o por la música frívola, por el vals o por el madrigal. Y como yo no llegara a declararme tan categóricamente, diciendo que me gustaba toda la música, parecieron descontentos, y después de haber afinado los instrumentos durante más de una hora y haber arrugado los innumerables cuadernos de música, tocaron para mí en dos minutos un **fragmento** que representaba el toque de retreta en un cuartel —ies decir un son de trompeta y después tambores que poco a poco mueren a lo lejos! Después quisieron llevarme al "Club", al Club *tout court*

(pronúnciese “Klab”, por favor). Se trataba de una terraza muy hermosa que dominaba el mar. La luna ahogaba en azul las húmedas llanuras... y, de las ventanas abiertas y honradas de luces del Club, estallaba una fanfarria estruendosa, triunfante. Subimos. Era la fanfarria de los empleados de comercio fundada a raíz del advenimiento de la Constitución. ¡El entusiasmo de esos jovenzuelos y de esos viejecitos, soplando como poseídos en un tubo de madera o de latón era emocionante! La armonía se elevaba, bienhechora, en alas de la fe... Y en la pared, un gran cuadro al óleo mostraba en tamaño natural a Orfeo clásicamente semidesnudo, sentado y llorando con su lira. Ante él, dos cabras, un león en el bosque, un gallo a sus pies acompañado por una hurraca; y una gallina. Todo eso a la manera de Puvis de Chavanne. En el jardín, unos bajorrelieves antiguos algunos muy bellos, pero puestos ahí como lo serfan en un museo; espléndido sarcófago del siglo III, en donde botellas de limonada estaban inmersas en agua fresca...

En el hotel, sobre las sábanas, la negrura de los chinches equilibraba sin esfuerzo la blancura de la ropa sin lavar.

CONSTANTINOPLA

PERA, Estambul, Escutari: una trinidad. Me gusta esta palabra, porque tiene algo de sagrada.

Bebíamos lentamente el mástic, el padre Bonnal y yo, en nuestro balcón de Ainali –Tchechmé– él, antes de su tardía cena, yo, después de comer en Estambul y haber atravesado otra vez el puente. Desde nuestro mirador, más allá de la caída de los cipreses de los Pequeños Campos, se veía el Cuerno de Oro. Ahí debajo se posa Estambul, una ancha barra de sombra que perfila sobre el apagado cielo las siluetas de las grandes mezquitas. Cuando hay luna –la tuvimos a veces– el mar, que se divisa más allá, enlaza con un hilo chorreante los minaretes con los minaretes a lo largo de la tenebrosa cima.

Había caído la noche. Mis sentidos se me escapaban un poco. ¿Soy yo el que sueña, o mi narrador llevado de su fantasía? Su voz rugiente pronuncia guturalmente la r. Sus gruesos ojos de absenta bajo unas formidables cejas grises se anegan de agua y brillan. Es amarillo y chorrea oro. ¡Están todos los mármoles de todos los palacios de Bizancio y todos los tesoros de los sultanes y todas las gemas de los serrallos! Una Venus de oro macizo y una Ceres encabezan el Khanal, la escalera del palacio de Justiniano que descende hacia la corriente. Unos cañones de bronce encubiertos de oro yacen en la arena en la Punta del Serrallo, así como unas

diademas y anillos de esos de oro macizo, que ellas —las divinas odaliscas turbadoras— ponían en sus tobillos desnudos y en sus brazos redondos como serpientes. Cargadas de oro y con las uñas pintadas con cinabrio, se han apagado de esperar, mucho tiempo, en sus magníficas jaulas, en lo alto de esta colina como proa en el mar y que abre la corriente ante Estambul; y, porque una vez desagradaron, han sido deslizadas en el interior de un saco, hasta el fondo; hicieron “plaf” en el agua; los pececillos han sido los últimos en disfrutar de su carne, y el padre Bonnal pretende que todo su ornato ha quedado allí, corno testigo. Euritmios de mármol se levantan de las olas y se repiten avanzando a lo largo de las orillas. Innumerables *lys* plantados por doquier prueban que los mármoles son de oro debido a ese sol eterno; hacen sentir el peso de sus perfumes apabullantes sobre las pulidas losas de porfirio, de malaquita, de verde antiguo y de jade, en medio del centelleo de nácares engarzados. ELLA —no sé quién—, alguna Teodora, qué más me da, mientras tenga su aderezo de Rávena y sus ojos demasiado abultados, rodeados de negro, le roan las mejillas—espera dentro de alguna exedra la absorción del fuego del día por el azul lunar. Cuando ella se asoma al borde de la escalera donde salpican las olas, sus joyas se multiplican, las gemas toman un fragor duro y la onda triunfante le devuelve el brillo a la cara. Unos soles rien sobre las glicinas soñando en los pórticos y, asomados sobre las olas, pasan perfumes. El cielo forma un charco de fuego como sobre un icono y la locura de esta hora queda santificada del todo por ello. Las olas vienen desde las “Aguas Dulces de Europa” siguiendo una curva exquisita; si, no se trata de un sueño: las riveras que los contienen se abultan como un inmenso cuerno de la abundancia que se va desbordando hacia el mar, frente al Asia sonriendo en sus montes con esa risa horizontal de un Buda en la sombra de un santuario, bajo el estallido amarillo del oro que le cubre...

Pero ya basta de ese amarillo malo. Obstinado, le juro al padre Bonnal que eso no es todo. Quiero que sobre su Cuerno de Oro esté Estambul, y que Estambul sea blanco, crudo como tiza y que la luz cruja y que las cúpulas hinchen el amontonamiento de los cubos lechosos y que unos minaretes se disparen, y que el cielo sea azul. Entonces habrá terminado todo ese amarillo pervertido, todo ese oro maldito. Bajo la luz blanca, quiero una ciudad toda blanca; pero deben puntuarla verdes cipreses. Y el azul del mar dará la réplica al azul del cielo.

Ahora bien, habíamos venido por mar, de manera clásica, para ver desarrollarse esas cosas. Era un rodeo y también una idea extraña que nos costó los chinchos de Rodosto y trece horas de mala mar sobre un barco pequeñísimo. Al igual que esos peregrinos rusos el otro día echando una ojeada a la aparición de la Montaña Santa,¹ estábamos sobre el puente, plenos de espera, cuando aparecieron las Siete Torres. Después fueron pequeñas mezquitas, después las grandes, y las ruinas de los palacios de Bizancio; al final Santa Sofía y el Serrallo. Y entramos en el Cuerno de Oro, entre Pera dominada por la Torre de los Genoveses, y Estambul sembrada de minaretes -cada una sobre un monte, frente a frente—, yo estaba violentamente emocionado, ya que había venido para adorar esas cosas que sabía tan hermosas.

El plomo del cielo dejaba rezumar el agua —agrisando el mar. El Cuerno de Oro era de barro y sus orillas inciertas como las de una marisma. Las mezquitas sucias como un viejo muro hacían mancha sobre casas de madera oscura escalonadas en medio de numerosos árboles. Ni siquiera vi Escutari: estaba detrás nuestro y me olvidé de mirar.

Marinos y mozos de carga chillaban y desde sus chalupas que bailaban locamente, escalaban nuestro pequeño barco. Fuimos

¹ El monte Athos.

desembarcados como ganado, con las mismas atenciones, y nos encontramos desconcertados en plena mitad de una calle donde hormigueaba un gentío de griegos, alemanes, franceses, toda esa mezcla sospechosa de Levante. Había omnibuses. Y llovía. Llovió por espacio de cuatro días, y sobre todas las cosas se extendía una lepra gris... Durante tres semanas esperé que aligerase ese peso sobre mi corazón. Fue preciso trabajar y sobre todo querer amar.

Por lo que respecta a la Bizancio imperialmente disuelta, no se puede, creo, hacerla revivir. Su alma ha dejado las pocas piedras que perduran.

Durante tres semanas exacerbé mis rencores contra esas cosas que —yo estaba indignado— se habían disfrazado a su manera para aparecer a la cita. Auguste también rabiaba. Y yo llegaba hasta a preguntarme con angustia si no sería tan imbécil de permanecer taciturno ante Estambul, ante Pera, ante Escutari.

Por fin tuve mi camino de Damasco y comprendí esta Unidad grandiosa y pude vivir, día tras día, esos principios trinitarios. Pienso que son mutuamente indispensables el uno al otro, puesto que sus caracteres son profundamente dispares, pero se complementan. ¡Pera, Estambul, Escutari, una Trinidad! Si, porque la Dulce Muerte tiene ahí sus altares por todas partes y une los corazones en la misma serenidad, y la misma esperanza. Pero Escutari se atrinchera decididamente en el misterio de sus cipreses donde se cubren de líquenes, sin que nadie se altere por ello, los miles y miles de tumbas, y deja frente a frente, más allá del Bósforo, en tierra de Europa, Pera y Estambul. Pera sobre un monte mira a Estambul sobre sus colinas y la codicia. El Cuerno de Oro, entre las dos, vegeta átono e informe. Pero las unen dos puentes, uno casi abandonado, el otro sacudido por una vida febril. Y además para enlazarlas hay centenares de “caiks” pasando ágiles y furtivos, entre velas infladas y pesados cascos de grandes buques

de vapor cuyo ronco aliento está acompañado por pesados humos negros empujados todos ellos hacia Estambul —a causa del Bósforo— donde lamen suciamente las pobres mezquitas en su inocente blancura. Esos puentes, contruidos sobre barcos, se abren durante la noche para dejar el Cuerno de oro desbordar en una vez las flotillas que se han formado durante el día, mientras que uno a uno, en medio de chillido y de imprecaciones, los barcos a velas, grandes como los de Ulises, han plegado su trapo, arqueado su mástil y se han deslizado entre los pequeños puentes; después, han formado a izquierda y derecha, dos bosques de mástiles que la agitación del agua remueve, o que la luz matadora de mediodía deja inmóviles como minaretes.

El levantino, está alrededor de su formidable torre, en Pera en su ciudad apretada, con sus andares neoyorquinos al mismo tiempo que diluvianos echando miradas al Turco amodorrado en un *kief* infatigable. Mientras las casas de madera de grandes tejados a la vista calientan sus colores violáceos en el frescor de verduras generosas engarzados en cercados cuyo misterio de que se agrupen armoniosamente alrededor de todas esas cumbres que son grandes, muy grandes mezquitas blancas, rina sobre Pera una atmósfera envenenada en una luz inexorable. Y las casas de piedra se encaraman, se sobrepasan, abalanzándose como dominós de pie, ofreciendo dos testeros blancos acribillados de ventanas, y después dos testeros de medianeras rojas como sangre desecada. Y nada suavizaba la dureza de esas violencias. No hay allí ningún árbol, debido al lugar que ocuparía. Las calles suben como locas y sofocan a las gentes sofocadas por la sed de ganancia; las casas casi se juntan por los altos en algunas calles demasiado estrechas. Y hay tanto conjunto y tanta concordancia, hay incluso una tal emulación en esa febril carrera, que la unidad se hace belleza, y Pera, terrible, árida, seca y sin corazón, ante un pedrero sin compasión como una Mesina derribada, Pera es hermosa y grandiosa alrededor de su

gruesa torre redonda que es como una torre de guerra y un vigía belicoso arrogante como un condotiero.

No hay campanarios de iglesia que sobresalgan, ni campana que suene; ya que ¿para quién serían las devociones? Hay devotas de goce; buscan hacerse bonitas, a veces son *chic*. ¡Ah!, ipero no lo consiguen como las de Bucarest!

Los muelles del Cuerno de Oro no están logrados, y la boca del Puente Nuevo es precaria; las calles caen ahí adentro como los generadores de un embudo en el cuello. También se grita, ise dan empujones! Se dan y se reciben golpes; y luego se abisman sobre el puente en una masa densa, brutal que drena con dificultad la ronda de los hombres de peaje con chaquetas blancas y máscara brutal que extienden ambas manos y llenan sus alforjas, y chillan y hacen mecás y se enmarañan en ese feo oficio que les *enducere* el corazón y les llena de grasa sus gruesas manos con la mugre del metal.

Todo este aplastamiento en el borde estrecho del agua, es Galata, zambullida en el mar, comprimiendo sus casas en un relleno purulento. Un pueblo de descargadores y de hombres de mar beben allí el mástic, venden su pescado y comen sus preparados al ajo. Y los bancos levantan hoteles, las compañías marítimas sus agencias y las aduanas sus oficinas.

Impelido dentro de Estambul, todavía se siente durante un cuarto de hora ese flujo impuro. Las calles se prostituyen, renegando de sus siglos de vida turca, se venden a los mercaderes codiciosos; incluso los templos de Alá reciben la salpicadura. Y después uno sube y se aleja; se penetra en las calles bordeadas de cementerios y de “turbés”² y uno encuentra la tranquilidad cerca de una fuente hermosa como un templo que guarda en ocasiones un ciprés. Nos apartamos por callejuelas marcadas, de espacion en espacion, por una gran casa de madera, *konak* o simple morada,

² Sepulturas monumentales de los sultanes.

enlazándose a la siguiente por medio de un muro bien alto y cerrado. Y la calles se curva, y no se ve nada más que las dos altas paredes rosas y como de carne de salmón. Y se es perfectamente feliz, impresionado totalmente de la dicha de vivir que se siente más allá de esos cincuenta centímetros de ladrillo o de piedra, vida de quimeras en jardines celosamente cerrados. Prisiones, es verdad, pero prisiones de odaliscas. Y es pues para nosotros como una estancia un poco dolorosa, melancólica, bienhechora... Sobre cada cima de colinas que es la colina de Estambul, las "grandes mezquitas" se hinchán y relucen blancas, figuran en sus patios espaciosos rodeados de bonitas tumbas en los alegres cementerios. Los "hans"³ hacen de ellas un apretado ejército de pequeñas cúpulas y los aislados cipreses en los atrios desiertos, aúnan en un mismo movimiento, a la alegría de los minaretes, la austeridad negra de su estatura rígida y sufriente; las arrugas de sus troncos expresan cuán venerables son. Quisiera decir algo del alma turca; ¡no lo conseguiré! Ahí hay una serenidad sin límites. Lo llamamos fatalismo para deslucirla: llamémosla "Fe". Una vez que llamaré rosa —rosa y azul—; azul porque azul es la horizontal del mar, y azul es el cielo. Ahora bien, aquí, no se ve nunca donde empieza uno y termina el otro. Es pues una fe ilimitada y sonriente. ¡Yo no he conocido, ay de mí, más que una fe torturante; se comprende esta amistad que siento por los de ahí! (Digo "ahí" porque ha sido preciso dejarles, porque estoy enfermo y la dirección hacia Brindisi —¡hacia la vuelta! ¿Pero sus agudos ojos y su nariz como picos de águila? Son indicios de tormentas que estallan de repente en ciclón. ¡Debe ser grandioso el espectáculo de sus desbordamientos, de sus rabia irrefrenable! Al fondo de su alma rosa se esconde una hidra temible y dolorosa. Demasiada serenidad lleva al dolor, por la melancolía. Eso es lo que quería decir. Les he visto sin decir

³ Vastas construcciones de piedra que rodean la mayor parte de las mezquitas.

palabra en medio de llamas *fatales*: Estambul ardía como ofrenda demoníaca. ¡Les he oído en su misticismo punzante, ante Alá, la esperanza! Y he adorado todo lo que era suyo, ese mutismo y sus rígidas máscaras —esa súplica a lo Desconocido y su credo doloroso en sus bellas pregarías. Y después, mi oreja se hartó de sus pasmos de alma, en noches de luna y en noches completamente oscuras de Estambul. ¡Y esas melopeas ambulantes de todos los “muezzins”⁴ sobre todos los minaretes, cuando llaman y cantan! Inmensas cúpulas se cierran sobre el misterio de puertas cerradas; minaretes se disparan en el triunfo del cielo; cipreses verde-negro sobre la cal de las grandes paredes, sacuden rítmicamente su cabeza, tal como lo han hecho desde hace siglos, graves, inderrotables. Se ve siempre un retazo de mar. Unas águilas planean, trazando por encima de la geometría de las mezquitas un círculo perfecto, y determinando en el espacio unos discos ficticios inmensos, horizontales. Sobre el obelisco ladrillado del Hipódromo, en esta hora vibrante, frente a la mezquita de Achmed, hay siempre un águila, sobre unas piedras conadas; mira por encima de su espalda negra, no los *muezzines* sobre los diez minaretes, sino el Asia más allá, toda azul aunque rojiza, debido a la lejanía —con sus montes infinitos que son como una seducción.

Dentro de cada mezquita se reza y se canta. Te has lavado la boca, la cara, las manos y los pies; y te postras ante Alá, las frentes golpean las esteras; salen roncadas quejas, ritmadas según un rito admirable. Sobre su tribuna, dominando la llanura de la nave, acurrucado, de pie, de cara a tierra, con las manos en gesto de adoración, el imán responde al imán del *mirbab* que conduce la pregaría. A los extranjeros se les ha echado fuera, sin compasión. Sin embargo varias veces he podido asistir a eso, acurrucado en la

⁴ Eunucos atados a la mezquita y que lanzan la llamada a la pregaría desde lo alto de los minaretes.

sombra de una hornacina y quizás debido al aspecto perfectamente **dichoso** que no **podía** disimular. Son millones en todo el Islam, los que en el mismo minuto miran hacia la negra Kaaba en la Meca, abriendo los brazos. Los horizontes infinitos muerden el disco sangrante del sol, cuando todas las frentes irradian la misma adoración.

El alma trágica en la opacidad de noches sin luna, es explicada del todo por la costumbre de los pregoneros de incendio.

Estambul es una aglomeración apretada; toda mortal morada es de madera, toda morada de Alá es de piedra. Ya **había** dicho que eso constituye en la pendiente de esta gran colina, un tapiz suspendido, lanas violetas ahogadas en tonos esmeralda; las mezquitas, sobre las cresta, se sirven de grapas prestigiosas. Allí no hay sino dos tipos de arquitectura: los grandes tejados aplastados, cubiertos de tejas socavadas y los bulbos de las mezquitas con el chorro de minaretes. Los cementerios enlazan unos con otros. Cuando arde en Estambul demasiado apretado, entonces es terrible. Por la noche, vociferadores andan a trancos por las calles; golpean con un grueso bastón dotado de hierro, sobre el pavimento de piedra dura. Y en sí es, tan solemne como lo es bajo las bóvedas de Notre-Dame de París, el mismo ruido que abre paso a la multitud, a los utensilios sagrados, a la santa comunión o a los santos prelados.

Arde casi cada noche. Si corre viento **y** venganzas solapadas—, Estambul es devorado. Es atroz, grandioso. Es un flamero fenomenal que miramos con ojos **hinchados** de terror —nosotros—, europeos. Ellos dejan correr la llama, con el pensamiento que desde siempre, esas cosas están determinadas. Entonces, en medio de la noche cómplice, el alma turca se arma de resignación; las luces permanecen apagadas y nadie está en vela. Hay un silencio que el que no lo haya... oído, no puede imaginar.... Muy lejos, nuestros **nerviosos** oídos perciben el choque del metal sobre el gres de la

calle, y de repente, en la gran oscuridad, estalla un grito lamentable de hombre que muere golpeado por un golpe traidor y que todavía expresa su horror. Es largo, todo eso dura segundos. Se sacude bajo un ritmo oriental, como las palabras de los antiguos coros griegos. Y se desploma en un estertor. La noche y el silencio renuevan su complot, después, inasperado, en un rincón de vuestra casa, el metal tritura la piedra y surge la queja, otra vez conmovedora. El hombre grita en ese grito, que en tal lugar arde. Y, si hay parientes de los siniestrados, se visten deprisa, empujan la puerta de madera y se deslizan en el dédalo de los canales amurallados a la que corona la noche de los árboles.

A manera de canon, en síncope, muy lejos a derecha e izquierda, ahí abajo el borde del mar, y más lejos en Kassim-Packa, el mismo grito ha surgido como un chorro de sangre. Y ayudándose con cipreses elevados, sube, sacudiendo con un escalofrío en cada uno de sus *konaks*⁵ a los que dormían. Pues, sobre la amplia torre redonda de los genoveses, en Pera, se han encendido cuatro fuegos. Enfrente, sobre la cresta de Estambul, la Torre de fuego del Seraskié suspende dos fuegos. Y por todas partes se ha sabido, los Mármara y los del Cuerno de Oro, los de Askeuy y los de Top Hané, y los de Escutari en sus cementerios, que se quema y que Estambul una vez más se pulveriza.

Se dice que de esta manera, iesta ciudad muda la piel cada cuatro años! Las grandes mezquitas se mantienen irreductibles en su cinturón de "hans". ¡Bajo la caricia de las llamas relucen como de alabastro, más místicas que nunca, invulnerables templos de Alá!

⁵ Nombre de la Casa turca.

LAS MEZQUITAS

ES necesario un lugar silencioso que tenga una cara vuelta hacia la *Meca*. Debe ser vasto para que el corazón esté a su gusto, alto para que las pregarías respiren allí. Hace falta una amplia luz difusa a fin de que no haya sombra alguna, y en todo el conjunto una sencillez perfecta; y en las formas debe encerrarse una inmensidad. El suelo debe ser más extenso que una plaza, no para dar cabida a las multitudes, sino para que los pocos que vienen a orar, sientan alegría y respeto al sentirse en esta gran casa. Nada se escapará a la mirada: se entra, se ve el inmenso cuadrado cubierto de esteras doradas en paja de arroz siempre nuevas; ningún mueble, nada de asientos, solamente algunos pupitres bajos a ras de suelo provistos de coranes ante los cuales uno se pone en cuclillas; y de un vistazo se ven los cuatro ángulos, se siente su presencia clara y se construye el gran cubo perforado de pequeñas ventanas de donde se elevan los cuatro gigantescos torales que unen las pechinas; entonces se ve centellear la corona luminosa de mil pequeñas ventanas de la cúpula. Por encima, es un espacio amplio del que no puede retenerse la forma; puesto que la semi-esfera tiene ese encanto de sustraerse a la medida. Desde lo alto cuelgan verticalmente innumerables hilos; llegan casi hasta el suelo, reteniendo unos listones donde se fijan las lamparitas de aceite, teorías

cristalina rodando en círculos concéntricos, posando por la tarde un techo centelleante sobre la cabeza de los creyentes: en la oscuridad del inmenso espacio se pierden entonces los hilos interminables, subiendo apretados hasta lo alto de la cúpula, entre el cinturón de ventanas ahora apagadas.

El mirhab, frente a la entrada, no es más que una puerta sobre la Kaaba. No tiene saliente, no tiene cuerpo.

Todo esto se encontraba en medio de la majestad de un rebozado de cal blanca. Las formas eran claras; la construcción impecable mostraba toda su audacia. De vez en cuando una alta basamenta de cerámicas adorables producía una vibración azul. Los jóvenes turcos, se han avergonzado de la sencillez de sus padres, y todas las mezquitas de Turquía, salvo la de Brousse salvada por Loti, han recibido la ofensa de una ornamentación pintada innoble, repugnante y escandalosa. Para que todavía nos guste, es preciso, ya lo he dicho, trabajar mucho y querer amar... Delante del santuario hace falta un patio enlosado de mármol, circundado por un pórtico; sobre las columnas de "verde antiguo" y de porfirio, caen los arcos quebrados portando pequeñas cúpulas. Bajo ese pórtico se abren tres puertas, una al norte, otra al sur, y otra al este. En el centro está el templo de agua para las abluciones, con su encantador tejado en forma de kiosko y sus veinte o cuarenta grifos abiertos dentro de unas tablas de mármol, en el bajo de la enorme pila, cilíndrica y más alta que un hombre. Desde fuera las grandes paredes del patio forman un prisma severo de piedras aparejadas; los tres portales se abren bajo una precipitación de estalagmitas. Este prisma sería en relación al conjunto de la mezquita como las patas de la gran esfinge que durante la noche forma sobre la cresta de Estambul. Y además se necesita un atrio, área desierta y pedregosa donde hay algunos cipreses. Unos caminos enlosados conducen a las puertas de la mezquita y hacia el cementerio invadido de hierbas locas bajo unos plátanos seculares;

ese cementerio forma pendiente hacia el patio por el otro lado del santuario. Una pared de piedra tallada, horadado con mil aberturas enrejadas, deja al otro lado las calles bordeadas de *hans*. Unos portales monumentales, grandes como casas, abren hasta los caminos enlosados del atrio. Los *hans* forman alrededor unos cuadriláteros severos. Sobre sus tejados en terrazo, se alinea la multitud de pequeñas cúpulas de plomo. Se alinean, se miden y se proporcionan con el santuario de que dependen. Pues comprenden las escuelas de imanes alrededor de los patios sombreados de arcadas, ricos de flores y de emparrados, y los caravanserrallos de dobles pórticos superpuestos, animados del murmullo de las fuentes.

Flanqueando el santuario, son necesarios además unos minaretes bien elevados a fin de que a horas convenidas según el sol, se escuche a lo lejos la voz estridente de los *muezzins* llamando y cantando. Y desde allá arriba caen unas notas impresionantes. La ciudad de madera está alrededor. El santuario blanco levanta sus bóvedas sobre sus grandes cubos de obra, en su ciudad de piedra.

Una geometría elemental da disciplina a esas masas: el cuadrado, el cubo, la esfera. En plano, es un complejo rectangular de eje único. La irradiación de los ejes de todas las mezquitas en tierra musulmana, hacia la piedra negra de la Kaaba, es un grandioso símbolo de la unidad de la fe.

Una tarde, al fondo de Estambul, cerca de las "grandes Murallas", reventado por tantas idas y venidas, vi cómo fosforeaba, en el tumulto crepuscular, la cúpula y los minaretes de Sultán Selim.¹ Iba hacia allí. En las calles también fatigadas por el hormigueo diurno, los últimos turcos me contemplaron pasar con sorpresa: al caer el sol, Estambul vuelve a ser integramente turca, ya que los de Pera dicen: "¡Tenga cuidado no vaya allí, no se quede

¹ Una de las grandes mezquitas de Estambul.

allí; son unos bárbaros, le matarán!" Seguí una calle por encima de las extensas huertas, luego vinieron los *hans*, a continuación el muro, después el espacio vacío con algunos cipreses; unas tumbas circundadas por sus vallas se adosan a la mezquita así como unas "turbas",² grandes como baptisterios. Una alta pared de desmorte está sumida en la sombra; el Cuerno de Oro pierde toda forma en medio de la noche. Y sobre el cielo, está la hilera negra de las grandes mezquitas. En el patio, el rumor del templo de agua no traspasa las nubes de sombra que descenden de los pórticos cupulados.

Hay algunos hombres con grandes vestidos oscuros, haciendo sus abluciones; después, uno tras otro, atravesando el enlosado de mármol, levantarán por un extremo la pesada puerta rebajada de cuero y de terciopelo rojo, bajo el goteo de las estalagmitas en el cielo, antes que la noche encrudezca las cosas, hay una inmersión de añil en los verdes esmeralda; parece que los grandes vientres redondos de las cúpulas expulsan el calor absorbido; esas formas fosforean, verdes en un verde más profundo, disco magistral flanqueado por dos fustes, por encima del cuadrado de los pórticos.

La puerta retumbó. Un techo de estrellas se extendía, formado por zonas concéntricas, encima de las gentes que rezaban. Era como una gasa quieta, formada por el centelleo de mil lamparitas y las cuatro paredes en cuadro del santuario estaban desmesuradamente alejados de ella. El rumoreo piadoso subía a través, muy arriba en el bosque de hilos suspendidos que la llevaban hasta perderse en la falda de la cúpula. Este techo ficticio de luz, a tres metros por encima de las esteras, y el inmenso espacio de sombra que se redondea por encima, son una de las más poéticas creaciones arquitectónicas que conozco. Estaban sobre varias líneas en

² Los Turbés son grandes tumbas, las de los grandes personajes.

diversos rincones de la nave, con los pies descalzos, y se arrodillaban a menudo, todos juntos. Repetían “Alá” con una voz profunda luego que el Imán de la tribuna lo hubiese proferido, habiendo esperado largos segundos, con la cabeza en el suelo, o de pie, con la mirada hacia el mirhab y las manos en señal de adoración. Después, uno de la multitud entonó un credo, con una voz de cabeza aguda, la de la liturgia; ilos sonidos, modulados siguiendo una horizontal, tenían impulsos súbitos y caídas lamentables, melancólicas, tristes, tristes! Después se pusieron en pie y se fueron. Cuando salí, quedaban algunos en la noche. Uno de ellos se acercó y me dio la mano, y se burlaba de lo que nosotros no podíamos comprender así como de mi expresión de despecho. Vinieron el resto y unos pocos me dieron también la mano. Los dejé y me fui hacia el puente. Sabía que me sería preciso andar dos horas hasta mi casa; estaba feliz en medio de un silencio lleno de cosas.

Las cercas talladas de los cementerios bordean esta vía, mostrando por sus aberturas el sueño de todas esas tumbas. ¡Cuántos templos de agua en su obra preciosa, así tan hermosos como los quiso el sultán donante que instituyó para toda la eternidad el don del agua en este lugar, para que pueda ser venerado! Ved los cuadriláteros de los *bans* y “sultán Mehmed” con dos minarettes rocócó y una gran cúpula, y luego una puerta que cierra el patio. Dos turbas o una sola, en su forma prismática, donde yace un sultán bajo unas pullas, rodeado por los féretros de sus mujeres; después, además, paredes de cementerios. El Acueducto, espectro bizantino ennegrece la oscuridad de la noche, moderno en su larga forma de buque aflorado de ojos de buey. Se tropieza con Chah Zadé, la extraña mezquita reinante sobre grandes tumbas.

No encontraba a nadie. Algunas farolas alumbraban aquí una gran pared agujereada de arcadas en la pátina dorada del mármol; unas rejas de bronce complicaban locamente sus telas de araña;

unos cipreses se alzaban por encima. Pegando mi cara contra las barras de metal, distinguía unas tumbas. De vez en cuando, una perspectiva dejaba ver a la izquierda, unas luces en las charcas del Cuerno de Oro; a veces a la derecha, era el reflejo del Mármara. En segundo plano, sobre una prominencia la "esfingica" aparición de Suleimanié, la colosal mezquita, la obra de este hombre que construyó casi un centenar de ellas, y no sé cuántos caravanserrallos. Unas turbés se combinaban con alguna escuela—sin duda una donación—. Y el camino proseguía entre arcadas ensombrecidas donde de día se mueve toda la turbulencia de la vida turca desplegada en la calle.

De nuevo muertos dormían a la izquierda, a la derecha, en ambos lados. Unos sultanes habían armado sus sobrios relicarios iluminados por dentro con porcelanas a menudo bellas. Era más bien Bajazid la Mezquita de las Palomas, con sus minaretes excepcionalmente alejados, formando el ángulo del Gran Bazar, mientras que Nouri Osmanié, la Mezquita de los Tulipanes, marcaba lo opuesto. Uno percibe, pálidos y muy alejados, sus minaretes y sus muros muy adornados de un rococó extraño. La columna Quemada, bizantina sobre un pedestal turco, lanza su estilo de porfirio roto sobre la dentellada de los incendios y a la que contienen unos círculos de hierro. Algunos cafés permanecían abiertos todavía, ya a la moda europea, banales, con sillas de Viena. Me acercaba al final; Santa Sofía iba a cerrar esta avenida sin par que, unas horas antes, en un cielo fulgurante, había encabezado Mirimah Pacha, la "manca" la "Sin minaretes" posada como un monolito imperativo sobre el almenado formidable de las Murallas de Santa Sofía, la bizantina, con cuatro minaretes añadidos; al borde del antiguo hipódromo, se ve la inmensa Achmed que tiene seis. Y la calle bruscamente dio un giro; el puente no quedaba lejos. Pera aparecía en un brusco perfil. Y como ya era tarde, los cuchitriles de Galata parecían dormir. Subí lentamente, fatigado,

en el polvo moreno de los Pequeños Campos. Topaba con turbantes de mármol, pobres decapitados. Y de improviso surgieron las claridades de los grandes cafés, donde tanta gente busca un derivativo en las agradables, amaneradas, fáciles e inevitables músicas de Puccini.

Pero mi camino se alejaba de allí, desprovisto de casas, dominando los Campos de los Muertos cuyos cipreses mueren en medio de excesivo polvo. Entonces, volviéndome antes de ganar el umbral de nuestra casa, las vi a todas, las grandes mezquitas sobre esa espalda magnífica de Estambul –desde Mirimah la manca, hasta Achmed casi un anatema.³ Una niebla tapizaba el Cuerno de Oro, que iba a volverse espesa hasta el amanecer y a ahogar Pera y Estambul, salvo ellas, las invulnerables. Su pie anegado en este mar algodonoso, cada una aislada en su bloque sintético, sobre un cielo descolorido de alba. Casi cada tarde destacan el ultramar de sus siluetas grandiosas.

³ El sultán Achmed elevando seis minaretes en su mezquita excitó la ira religiosa del pueblo, pues sólo la Kaaba en la Meca, había tenido ese número. Sorteó hábilmente la dificultad haciendo elevar a su cargo un séptimo minarete en la Kaaba.

LAS SEPULTURAS

ESCRIBO estas notas desde un ruidoso café de Atenas. Delante de la terraza un pobre diablo ha puesto un fonógrafo y espera a que sus discos de gutta-percha hayan terminado de girar, para abordar una colecta que nada le aportará; ¡hay tantas aquí de esas obsesiones músicas "de brazos y cornetas"! Del pabellón en corola de campanilla, salen unos cantos del Oriente, melopeas —una letanía que comienza por un grito en que se dice: "Yo vivo" largamente elevado y que prosiguen en modulaciones descendentes, ya cansadas, que siempre recaen, muriendo sobre una nota mantenida mucho tiempo, tanto como sea posible, en un esfuerzo que termina por doblegarse.

Y eso me lleva de nuevo allí —primero en el barco donde todos los que dormíamos sobre el puente al aire libre vivimos los inacabables nocturnos rascados en tiorbas y arrastrados con una voz de cabeza. La pirámide del Atos se adentraba en los colores de la Virgen, completamente azul bajo la plata de la luna.¹ Y más lejos, me reportan, esas letanias del fonógrafo, a una realidad ya difusa, en Estarnbul bajo la noche y en Estambul a mediodía a la

¹ El Athos es la montaña santa consagrada desde hace más de mil años a la Virgen por la iglesia ortodoxa.

hora de los rezos. Si algún día dichoso me hace revivir esas músicas lánguidas, sentiré un mal incurable de este país. Inquieto a veces, me sentía a gusto entre ellos, acostados apelonadamente, los últimos con los antepasados, bajo los innumerables cipreses. Allí se erguía una arboleda de estelas; el mármol desaparece bajo los líquenes, hasta tal punto son viejas. En Estambul son las mismas que en Escutari y las de Escutari son las de Andrinopla, del Bakkán, del Asia Menor y de todas partes, pienso. Estambul está sumergido en tumbas. Nos gustan. Las hay incluso en los patios de las moradas. Un domingo turco² vi por la rendija de una puerta, un hombre sentado en su jardín, la espalda contra la columna blanca de una tumba; soñaba sin pensar en nada, pero yo estaba impresionado por ello. Ya había visto sobre el pavimento de los patios de varias moradas en Rodosto y otros sitios, unas farolas velar a los muertos de la familia en el mismo umbral de las puertas. Constantinopla es un suelo desierto; se construyen casas, se plantan árboles, y ahí donde queda un poco de sitio, se entierra a los muertos. Las tumbas penetran en las calles. Se instalan bajo la hojarasca, forman batallones en unos recintos determinados alrededor de las mezquitas, con, los grandes turbés donde están los sultanes; y cardos azules florecen en este suelo. La vida del turco discurre entre la mezquita y el cementerio, pasando por el café donde se fuma sin charlar. Es una suerte para los cafés tan decentes hasta el umbral de los atrios, de encerrar en su propio patio, sobre un túmulo rodeado de una reja, la sepultura de algún santo. Todas las noches, desde hace siglos, arde una linterna que alumbra el turbante de mármol que a veces es repintado de rojo o de verde, haciendo centellear el oro del epitafio con exquisitos arabescos.

² Los turcos festejan el viernes y sobre los edificios ondea entonces la media luna sobre campo de púrpura. Los israelitas celebran el sábado y los ortodoxos el domingo.

Estambul no sobrepasa su formidable cerco bizantino y prefiere aplastarse dentro de espacios demasiado reducidos. Estambul entierra a sus muertos en los Grandes Cementerios justo más allá de los muros, ahora que dentro todas las plazas están ocupadas. Desde el Cuerno de Oro, descienden largamente hasta él, azules de cardos, erizados de estelas, con grandes cipreses formando largas avenidas. La niebla a veces sube muy pronto y entonces se entristece. Se forma como un charco de sangre azulada en el horizonte anegado. Grandes paredes de Bizancio marchitas por la derrota, en la repetición de sus enormes torres cuadradas, entonces es duro e implacable, y he aquí que eso revela la *angustia* en mi corazón de "giaour".³ *Ellos* lo ven sin inquietud porque tienen una religión que no les hace temer la muerte.

Esa tarde, había subido desde Avan Serai hasta Top Capou. Allí es donde el panorama es grande, porque se ve en una vasta depresión toda la muralla de una vez, con sus fosas y sus enormes vertientes; detrás de las almenas varios carros podrían correr de frente. Unos torreones se derrumbaron en bloque, hasta dentro de la fosa. Unas mujeres estaban acurrucadas sobre esos restos antiguos; en sus negras capuchas parecen arpías. Aquí hay una y ahí dos. Una austeridad dura reina otoñalmente en los cipreses ahogados en la niebla. Esas nieblas bajo esos cielos en su pesada capa, dan una impresión de salvajismo brutal. Siento con espanto el turbio Norte sobre cosas nacidas para la luz. De esas agarradas a los ladrillos del viejo Bizancio, hay también morenas. Los pliegues de sus capas encuadran su cabeza y se apartan sobre las caderas, dándoles un aspecto de murciélagos inmóviles. Son todavía como ese demonio sobre las torres de Notre-Dame. Miran rígidas hacia los grandes campos erizados de tumbas.

³ Nombre despectivo dado por el turco al cristiano.

Escutari es una necrópolis entre el polvo y el olvido. Eyoub es un lugar santo. Creo que gusta hacer el último sueño sobre esta colina abrupta que domina las tumbas veneradas. Desde allí se ven las Aguas Dulces, el Cuerno de Oro todo entero y a los lejos Asia. Cuando se vuelve a descender la antigua vía enlosada, entre los montículos coronados de estelas, te encuentras a ciertos turcos benevolentes volviendo a su cabaña, en lo alto. Ante ellos, el santuario ha quedado en la sombra. Se ve la cúpula casi desde encima y, en el patio unos terrazos de gran belleza hacen un vestíbulo real a ese otro campo de reposo donde hay tantas turbés y tumbas sagradas, que unas mujeres vienen durante todo el día en peregrinaje a ofrecer a los muertos pregarías como cuchicheos e interminables contemplaciones. Después, piadosamente, hacen que algunos ciegos lancen unas medidas de granos de maíz a las innumerables palomas que rodean la cúpula con la nube de sus alas.

ELLAS Y ELLOS

CON los mismos ojos húmedos adoro a un gato, una miniatura persa y cualquier pequeño bronce de Camboya, y también las mujeres pequeñas y los pequeños borricos de Estambul. Ahí veo puntos de relación y afinidades. Me siento en un medio aristocrático: un gato, una mujer pequeña y los pequeños borricos de Estambul hacen belleza cada segundo de su vida (¡perdón! Me comprometo demasiado englobando a los segundos); una miniatura persa nos muestra Rafael ("el amigo de cada uno") grosero como pan de centeno; y, en el Museo Guimet, hay una Siva de bronce que, a escondidas, acariciaba con los dedos —sí, cuestión de sentir este pequeño escalofrío, que dan un gesto o una palabra atrevida hacia alguien que se adora, que nos turba y a quien se lo queremos decir—. A esa hora circulo de Brindisi a Nápoles por la llanura de Tarento y, en el coupé, hay unas bellas, poderosas, enormes italianas. Esta noche he dormido, entre Corfú y Brindisi a través del Adriático sobre la madera del puente con una gata en mi estómago, a manera de estufita; y, por una de esas fantasías del pensamiento, me entregué por entero, a recordar una miniatura persa arrancada semanas atrás, a uno de los bandidos del Bazar de Estambul: un hombre ha raptado a su amante; ha levantado el corcel negro que la llevaba, lo ha puesto en sus espaldas, apretán-

dolo fuertemente por las patas; detrás suyo hay unas rocas rojas, que de una zancada salta como un loco; ella, ahí muy soñadora, con una mano cerca de la boca y con la otra manteniéndose sobre la silla.

¡Asociación de ideas heteróclitas, aviso del contraste y de las analogías, y luego deducción! ¡No digas entonces que es incoherencia! Pues yo pretendo que los pequeños asnos de Estambul tienen la espalda, el vientre y la carita pintada por un persa y que las pequeñas señoras de ahí, muñeco de seda cereza, muñeco color poso-de-vino, muñeco azul y muñeco de ébano, furtivos en esas callejuelas que conocéis, o puestos con propiedad sobre sus asientos al borde de las Aguas Dulces o bajo los plátanos de Beicos —yo pretendo que son exquisitos como persas, hermosos como gatas, y, si os hablara de su cara —que uno puede descubrir— so citaría aún el Extremo Oriente, una Camboya menos sana y un poco desfavorecida, con esculturas de alabastro pintadas de bermellón y negro, que hacen raro. Las arrebatadoras formas de Siva las guardo para los pequeños borricos, mis amigos.

Me conquistaron desde el primer momento —se empieza por las cosas sencillas. Ellas, ilas odié durante tres semanas sin querer concederles nada de nada! ¿Hay algo sobre lo que no haya lanzado el anatema entonces? Después, un día, vi la alegría triunfal de las mezquitas blancas, y regresando, dije a Klip (Klip es Auguste): “¡Hay sol por allí! Y las pequeñas, amigo Klip, son arrebatadoras en el misterio de su velo negro, en su anonimato conmovedor de sedas idénticas, en su aspecto de muñecos que se parecen todos. Encantadoras, a pesar y también, ahora, debido a esa segunda falda lanzada sobre su cabeza y formando una impenetrable visera. Aquí abajo está lleno de coquetas; te lo juro, viejo *fakir* huesudo, ellas son casi todas jóvenes, adorables, algo rellenas de mejillas, pero de marfil con ojos de gacela tonta, ¡para comérselas! Además esos velos guardan un misterio penetrable. Siento que las hay a millares

que quieren ser bonitas; y cuando se tiene ese demonio, se rodean todos los códigos. Tienen una brizna de genio: esclavas de una costumbre despótica –y quizás sabia– que nosotros hemos declarado fea y humillante, ellas cumplen con el milagro de hacerse personal en un vestido donde no varía ni una sola costura, donde ni un bordado, ni una combinación distinta, ni una fantasía no les deja desplegar su sin duda delicioso espíritu de trapos viejos. ¿Cómo lo consiguen? Sencillamente porque tienen la voluntad de ser bonitas y así, cumplen su primer deber de mujer, ¡al contrario de las de tu provincia, Klip, flamenco Auguste! Él me arguyó: "Y las de la tuya?" Por lo que respecta a deciros algo más sobre esos pequeños muñecos, eso sería obligarme a bordar. Ya que es el reino de lo impenetrable, incluso para el bello "giaour" que representaba Theophile Gâutier pero es cierto para el señor Loti: cuando se llevan galones en alguna parte, y se es francés, se permanezca en Therapia, y se dirija una fragata, es muy posible que alguna se sienta impresionada!

Mi única aventura fue esta: durante una feria en el atrio de Chah-Zadé, me peleaba enérgicamente con una vieja turca (que no pertenece a este capítulo) con motivo de pequeñas telas impresas que las mujeres del pueblo llevan en la cabeza. Yo me enojaba por los precios exorbitantes. A mi lado una voz dijo: "Sprechen Sie deutsch?"

Era una de esas pequeñas mujeres, muñeco cereza bajo un lobo negro, ella me salvó de las garras de la vieja; conseguí mis pequeñas telas. Entonces, muy decentemente ella dijo: "Guten Tag, mein Herr", y desapareció con su dama de compañía, una negra. Una masa de turcos sobre la gran escalera que nos dominaba, mirando mientras abría unos ojos redondos: era, parece, mal aceptado que un "giaour" hablase con una dama envelada en el mismo corazón de Estambul. Un poco más y se os linchará como a un negro de los Estados Unidos; el turco no bromea en esos

asuntos y ya sabéis que en el fondo de él dormita una hidra. Para mi, yo estaba como es normal conmovido y encantado. Sería ridículo que os dijese que era joven y exquisita y que durante todo el tiempo en que estuvimos charlando, la admiraba a través de su velo. ¡Pero a quienes escribí esa tarde alguna carta banal, supieron que había hablado con una divina cosita y que restaría atontado por ello por mucho tiempo!

En cuanto a "ellos"... dejémosles por hoy, a fin de que podáis ver todavía algunos segundos entre las altas paredes carne de salmón inundados de verduras blandas que algunos cipreses jalonan, correr furtivos, desde una puerta de madera que se cierra a otra que se entreabre, unos pequeños muñecos de seda, azulada a veces, a menudo cereza, poso-de-vino y ébano.

En cuanto a "ellos", son innumerables y de todas profesiones: nada fulgurantes, para algunos turcos de ideas trotadoras, portadores de escombros, atados unos a otros a lo largo de los repechos de Pera como una cadena de turistas sobre un glaciar; dos cestos se equilibran a cada lado de su espina dorsal. Dentro de unas 28 cestas, se mete un metro cúbico de deshechos, lo que eleva considerablemente los gastos de excavación de las casas. Llevan además unos ladrillos mantenidos por una cuerda, y sus campanillas hacen todas juntas un campanilleo. Dóciles, transpiran bajo la dirección de un borriquero moreno como el tabaco que les administra toda clase de discursos. Llevan trotando todavía, los tomates reventados en medio de los follajes de las viñas, o los "carpous"¹ pesados de delicioso perfume. En resumen, se les ve por todas partes; son una población entre la de Pera y la de Estambul.

Su patrón, san Modesto: la Iglesia les ha dado uno, como para arrancar su alma al turco, por afán de proselitismo. Sobre el monte

¹ Tipo de melón que constituye la base de la alimentación turca en verano.

Atos, se celebra su fiesta. Ese día, mulas y asnos no dan golpe. Están con las patas arriba en las praderas y braman de bienestar; me imagino el poco corriente concierto. Después, reciben doble ración, de manera que su gracioso vientre cuelga, con su terciopelo tan finamente degradado de blanco, de gris y de moreno, y está tenso como un tambor. San Modesto es un nombre venido del cielo o de la Academia —debido a su fortuna— y de su perfecta conveniencia. Pero estoy seguro que nunca imagináis, ya que nunca los habéis visto, los adorables pequeños servidores de este simpático elegido. Ellos saben trotar con tacto y delicadeza, sin levantar nunca la cabeza, aunque grandes perlas de cristal turquesa, cornalinas y blancas, suspendidas de la frente, pudieran enorgullecíles. Su labio inferior cuelga lleno de mansedumbre, bien pulido y lustrado, con algunos escasos pelos sembrados como sobre la piel de un guante; y para cumplir esas rudas tareas, utilizan gestos de salón. Añadid un vestido a la persa, y unos bellos ojazos negros —como "ellas".

UN CAFÉ

UN azar me condujo allí: me perdía en cualquier parte con tal de escapar al Bazar. Todo es frescor y calma, pues unos árboles seculares enmascaran el cielo. Grandes telas grises o encarnadas, o rayadas de blanco, colgadas de los cuatro extremos con troncos de árbol, penden sus vientres a pocos metros del suelo. Sobre los círculos grises bordados de luto del irregular pavimento, danzan los ruidos de luz blanca difusa a través del follaje. Las pequeñas jaulas ricas donde se dan frente dos divanes y donde se prepara el café, marcan a un lado un límite ininterrumpido; allí, unas casas turcas impiden la mirada tratando de deslizarse en la estrechez de una calle serpenteante. Había subido para llegar hasta allí una extraña escalera de piedra y había pasado bajo una bonita puerta en una alta pared. Numerosos bancos están dispersos por todas partes, formando apartados; unos tapices rayados en rojo, en negro y amarillo los recubren; son profundos y tienen un respaldo y reclinatorios, pues no son para sentarse: después de descalzarse, te acurrucas; eso da un aspecto muy gracioso, un aire muy formal, muy limpio, y nos dispensa de nuestras maneras recodadas de carpinteros abrumados o de jóvenes juerguistas quemados. El café se sirve, como sabéis, en tazas minúsculas y el té en vasos en forma

de pera. Uno y otro cuestan un céntimo, lo que permite nuevas series.

Un centenar de turcos charlan, sin un grito. El agua **ronronea** en los narguiles y el aire se **azulea** con el humo. Estamos en el país de los tabacos exquisitos, se hace un uso desmesurado de ellos. Cuando eso desquicia uno se modera, pero Auguste se suicida hasta el final. Los fez se suman a los turbantes; los grandes vestidos negros a los azules y grises. Vemos pasar a un viejo todo vestido de rosa, que le da un aspecto de niño. Los viejos son siempre amables, alegres, con la mirada viva, y nunca impotentes; la oración les vale esa salud, gracias a la gimnasia que exige; así pues se rien siempre esos viejos gentiles y se largan como hurones con algún inseparable *carpus* bajo el brazo.

Encima de mi mesa se arquean hortensias azules; en otra parte se trata de rosas y claveles; a dos pasos canta una pequeña fuente de mármol en rococó turco. Unos gatos se pavonean, buscando ovillos; y para dar un alma a este café, he de decir que una inmensa arcada de mezquita reposa sus seis pilares poligonales justo en medio de los bancos; los capiteles son de un gunto extraño de barroco español. Cinco pequeñas cúpulas conducen a la gran pared uniforme que abre una estrecha y alta puerta de madera negra donde lucen en complicado alineamiento, incrustaciones de nácar y marfil. Los abigarrados tapices alcanzan las esteras de caña **estendi-**das bajo las cúpulas. El *muezzin* acaba de subir al minarete que divisamos a través del follaje y se expande la estridente llamada a la oración, las esteras se cubren de fieles que se arrodillan, se levantan y adoran a Alá.

Pero he aquí la nota conmovedora, determinante de la elevada poética del turco: en medio de las mesas hay tres **tùmulos** de algunos metros, bordeados de piedra y guarnecidos con una fina barrera de hierro; una linterna colgada de un árbol que ha crecido allí, arde todas las noches para alumbrar las tumbas que se

levantan, estelas con escrituras castigadas con el látigo, diciendo sin duda, las virtudes de los valientes dormidos entre las raíces de la gran higuera-que como su alma conduce al cielo. Es preciso que estén entre los vivos para mantenerlos en Dulce Muerte. Esos viejos bondadosos tan gentiles en sus vestidos infantiles, rosas, azules y blancos, deben venir a saludarlos cada mañana y decirles con su barba, en un ceceo precipitado: "¡Sí, sí, pronto venimos nosotros, ya venimos, yo me alegro!"

No lejos del Bazar febril, el café de Mahmoud Pacha, una pequeña mezquita con un minarete y una única gran cúpula que sostienen cuatro muros completamente desnudos. Con Auguste pasamos buen número de tardes.

S É S A M O

¡EL Bazar! Se encuentran los peores horrores, el “souvenir” para turistas, bajo todas sus detestables formas, puesto que está hecho para aparentar mucho y no costarle nada al comerciante. ¡Se vende a precios fabulosos embaucando perfectamente con un cacareo que te ametralla a agentes que ya de por sí no conocen nada y que desaparecen felices de no haber dejado nada más que el portamonedas! Se encuentran las más desconcertantes ingenuidades. Todo, naturalmente, es como antigua, como lo más viejo, como prehistórico. Las porcelanas se despachan bajo rúbricas diversas, viejo Viena, viejo Meissen, vieja porcelana de Sajonia, vieja Venecia. lámpara de petróleo se llamaría candelabro de Kuttaya: “¡anticas!”: un cuenco de Porrentruy haría las veces de un muy auténtico fondo de ánfora micénica —siempre a condición que las ansas y los golletes se hayan estropeado y las panzas reventado durante el viaje. Además, el apasionamiento es a la persa. Se podría creer que esos señores del Bazar tienen conmigo las mismas debilidades. Por eso me ofrecen como si viniera de Ispahan uno de esos platillos fabricados a millares desde hace dos o tres años, en la casa Villeroy y Boch, en Alemania —burdas lozas pintarrajeadas a mano, nada feas por otro lado, y vendidas por veinticinco *pfennigs* taza y platillo. ¡Mi ingenuo pretendía veinte francos! Otra ingenuidad: en

la vitrina de un tendero turco, hay pequeños lacados persas, no demasiado buenos, además de una caja de cigarrillos Murattis; ya sabéis, rojo y azul con hilos de oro. Era suficiente para que dijera: "¡sí, Moussu, Persa, 'antica', Moussu, Moussu!"

De esas ingenuidades, innumerables. No insisto.

Es Sésamo, porque uno encuentra y descubre bajo el amontonamiento de cosas de barro groseras, las más fastuosas pepitas de Oriente, desde el Islam europeo hasta el de las junglas que traen aquí, trocito a trocito las solemnes caravanas, a través de la arena, los montes y los matorrales. Es un laberinto; Baedeker quiere que nos hagamos con una brújula; un dédalo de galerías y nunca, en quilómetros de recorrido, un pedazo de cielo. Todo ,cerrado, constreñido, quieto; diminutas ventanas perforan la baja bóveda de cañón, y sin embargo una hermosa claridad reina. Por la noche está desierto, durante el día, furibundo. Caído el sol, caen pesadas puertas, encerrando las fabulosas riquezas y se apaga el gran rumoreo.

Al llegar siempre veía, advertido por los gritos de ese pueblo extraño, un dios de metal sentado en el dintel del porche frotándose con las dos manos un grueso vientre dorado. Su boca tenía unos labios ávidos, su frente huía como la de un orangután. Sus narices rezongaban y su mirada era inquieta. Tenía largas orejas de burro. El hierofante estaba allí y recibía con gestos viscosos un verbo voluble y ensordecedor; tenía las mismas facciones que su maestro y sus patas se las había robado al más viejo de los hombres de peaje del puente, que había muerto de pena. Hablaba muy mal todas las lenguas, vestía como nosotros, tenía los cabellos rizados. Se llamaba "La Grosería". Sobre los dos pilares del portal donde estaba entronado ese dios había escritos los tres mandamientos: "¡Robarás y mentirás!" "¡Mentirás para robar!" "¡Roba, roba. roba!"

Me encontraba metido en la avenida central en pleno griterío. Las tiendas a izquierda y derecha chorreaban como capillas de

quincallas infames y de tapices horrendos. Sin embargo, por dentro había muchas cosas hermosas fascinantes. Sabéis que se admira con ojos distintos cuando se puede comprar para apropiarse, y que en los museos nace siempre un sentimiento de melancolía, por todas esas cosas que se aburren, fríos testigos, pero nunca compañeros de todas las horas.

En una tienda no se entra: se es absorbido, empujado; se está de lleno en la máquina y el "hacer" comienza. La verborrea es insensata, eyaculada por cinco o seis que casi te han descuartizado; en la tienda, de nuevo son varios los que chillan espantosamente. Desde luego ellos saben antes que tú lo que deseas: las paredes se derrumban. El suelo se eleva, las telas desplegadas os dañan los ojos en su vertiginoso renovarse, te las meten en las manos, para palpar -en las narices, para ver el trabajo. Hay bordados de Boccharah, grandes como manteles, grandes alfombras de Esmirna, de Angora, de Persia, de lanas densas y profundas, gasas bordadas de plata y tejidas en seda de Janina, las duras macedonias, los fastuosos brocados, los terciopelos de Escutari, los cartuchos impresos de Persia y la India. Todo se desploma, se despliega, vuela, te golpea la cara y se amontona, en mescolanza, lo extraordinario con la basura.

Ante una señal de negación, los muy vampiros ya han comprendido: "¡sí, no son telas lo que necesita, comprendo sus gustos, mire, mire esto, vea esto todavía!" Desfilan cerámicas, empachan la parte superior de las vitrinas horizontales bajo cuyo cristal hay joyas de latón dorado y marfiles en hueso: antiguas porcelanas de Kuttaya, baldosas persas de precios fabulosos arrancados de alguna mezquita derrumbada allí, vasijas de anchas panzas azules estriadas de grietas donde se conservaban los alimentos en aceite: todavía huelen mal y tienen la grasa de su olvidada función. Entretanto tendréis ocasión de recibir en plena cara un fusil albanés estropeado o un *kandjar* de Damasco; ¡el comerciante ha chascado de tan

bello! Os habrán obligado a dar un vistazo a unas hojalaterías de cobre cincelado que no querías ver, y puesto que habéis hablado, quizás, de lacados, he aquí, si, a manos llenas y dentro de algún armario que buscan Coranes que van a hojearos a bocajarro, febrilmente; le gritarán, cuando una figura será de un arcaísmo sorprendente, de estilo gígido pero grandioso: "Señor, vea si es natural (puesto que el público de hoy, y ellos lo saben, le gusta que sea fotográfico, con todos los botones y todas las hojas, vivo como en el cine). ¡Señor, parece como si fuera a hablar! ¡Señor! ¡Señor! (siempre tienen miedo a que se les escuche sólo con una oreja). ¡Señor, es antiguo!" Luego, el colmo del pleonismo. "¡Señor, este manuscrito, es totalmente a mano, palabra de honor!"

Mientras tanto las alfombras no han sido recogidas después de su caída, los bordados de sus pasmos, las cerámicas hacen peligroso, ahora, cada movimiento. Estás completamente atraído por una pequeña persa vestida de escarlata bajo un baldaquín de oro, en un jardín de Ispahan con tulipanes por todas partes, y jacintos —y ahí están todavía, sin aliento, los horribles discípulos de "La Grosería" escrutando con ojos fuera de órbita la oscuridad de las paredes rebosantes para encontrar la pieza que ha de perderos. Verdaderamente no se puede aguantar; hay demasiadas cosas locas en los ojos, demasiadas evocaciones exquisitas que te lanzan a una distracción estúpida. Es una borrachera, sin reacción posible. Este torrente, este flujo, esta avalancha, esta charlatanería te aniquilan, te embrutece.

¡Estás a punto! No quieres comprar nada; has entrado ahí, sonriendo. Pero te has atrevido a mirar demasiado ese Boccharah; has fallado, ¡estás perdido!

Tú has dicho: "¿Cuánto?" "¡Hum, hum, euh, euheuh... euh! ¡Hum! ¡Cuatrocientos francos, señor!"

Y tú también has hecho "¡hum!" Pero tu "hum" dubitativo era todavía una farsa. Ellos jugarán la deliciosa comedia. De ahora en

adelante uno sólo sabrá francés; los demás harán cabeza de turco con ojos desencajados. Pero las esclusas del señor que habla francés, han sido forzadas: ise desborda! “¡Sí, señor, cuatrocientos francos, os lo doy, palabra de honor! Y solamente a usted porque es mi amigo (cuatro horas antes... buscaba una habitación en Pera). Porque usted es mi amigo y veo que es un conocedor; ¡aquí vienen tantos imbéciles! (aquí me tienes, muy suavemente, muy orgulloso de mi mismo) ¡y quiero tener el honor de venderle a un conocedor! ¡Quiero hacer un negocio con usted para comenzar, para que vuelva a venir, ya que quedará contento! ¡Quiero hacer un negocio con usted... porque es sábado —para terminar la semana—!, porque es domingo —es una fantasía que tengo, el domingo hay que hacer un negocio, para que me traiga suerte; así hago una rebaja enorme, vendo perdiendo—; porque es lunes —para comenzar la semana—; porque es miércoles y —entre nosotros—, es la mala temporada, no se vende nada, vea mis libros (te enseña un registro con las páginas en blanco), ¡ah, señor, el cólera!, ¡estamos a miércoles y todavía no he hecho nada! ¡Señor, señor!, vea esta tela (lo has visto completamente pegado al ojo), sienta esta seda (tienes las manos llenas), ¡ese peso! ¡Señor! (en medio de una nube de polvo levantado, os ponen el paquete entero bajo el brazo). Después: “¡Señor, por mi cabeza, por mi honor!, ¡por mi conciencia! ¡Vaya por todo el Bazar!; ¡y si encuentra una pieza como ésta, yo le doy ésta, y el dinero incluido! ¡Salgo perdiendo! ¡Tenga! (y ya se pone a susurrarte al oído), le he dicho cuatrocientos francos; mis hermanos —ahí están mis hermanos—, mis hermanos no lo saben —no entienden francés—, estarán furiosos; Dios sabe lo que me espera, ¡ah, será insultado!” Después, heroico: “¡Tanto peor, señor, hay días en que se pasa demasiada hambre!” Una hora más tarde, te has marchado, con el paquete bajo el brazo. Has pagado ciento cincuenta francos. Y estás lleno de remordimientos. Pues cuando los luses centelleantes han salido de tu bolsa, has visto cómo sus ojos brillaban; ¡no han podido

seguir la comedia hasta el fin, los groseros de "La Groserfa"! "En cuanto ven el oro te saltan encima como chacales. A este respecto, Auguste hizo esta frase grave: "¡Esos tipos, creo que sueñan de hambre dorada, como los chinches de mi cama durante nuestra ausencia de Brousse!"

Es un rincón del Bazar, un rincón griego. El turco ha sido rechazado. Y después se ha corrompido. A fin de cuentas era honesto y *sabía* lo que vendía.

DOS EMBRUJOS, UNA REALIDAD

FUE en medio de una multitud de Occidente, delirante de entusiasmo patriótico, en Nápoles, ese domingo anochecido en que se embarcaron treinta mil soldados para Tripoli, cuando se me aparecieron esos recuerdos, surgidos de un prematuro olvido... Nada esperamos de esta hora de crepúsculo completo, donde el aire, todavía lleno de moléculas atiborradas de luz, vuelve gris y opaca la oscuridad de la noche; las estrellas parpadean como topos y la luna se entretiene. Sin embargo, el barco continuaba la singladura hacia Estambul, azotado por el aire glacial del Bósforo. Veníamos de Escutari, la necrópolis, donde habíamos estropeado nuestros pies en los cardos de los campos tupidamente plantados de estelas. Habíamos asistido al ardiente oficio de los "derviches vocingleros"; de esa hora, nada diré puesto que no **terminaría** nunca.

El barco se encontraba a lo largo de los innobles palacios de Bechigtache, ioh, Joven Turquía, qué premisas! ¡Pero qué es! Sobre el monte de Estambul hay collares de brillantes suspendidos en el cielo. Encima, se adivina una punta de alabastro, y debajo, un largo fuste blanco acuareleado de las turbulencias de esa hora. Por otra parte, se entra en el Cuerno de Oro y el tiempo es tibio; escapamos

a la cruda bofetada que sobreviene, por el estrecho, de las estepas de los lobos y los Kimris de pelos rubios.

Hace un tiempo tibio y una calma turca. Es el último barco y, frente a la salvaje desgarradura de la negra Pera acribillada de luces, hay unos collares alrededor de gráciles cuellos de alabastro, sobre toda la colina de Estambul. Relucen como relucen las lamparillas de las mezquitas bajo las cúpulas, por la tarde, en teorías circulares. Son de oro y tiene cuatro líneas de fuego y, mientras andamos, la noche se torna más negra y pura. ¡Oro y negro, suprema elegancia, supremo poder! ¡Y qué serenidad! Por otra parte, no se ve nada en absoluto y no se oye ningún ruido. ¿Qué es pues? Son los turcos que están de fiesta. Se siente bien que las mezquitas rugen a esta hora, pregarias e historias que cuentan y que escuchan acurrucados viejos turcos con grandes trajes, rosas a veces, pero sobre todo negros; y turbantes verdes en medio de turbantes blancos.

Mis ojos han comprendido. Bien a la derecha hay seis series de tres collares superpuestos, porque se trata de la gran mezquita de Achmed. Ese majestuoso cuadrilátero, Pegaso descendido del cielo, esas cuatro unidades a una inmensa distancia, eso es Santa Soffa. Nouri-Osmanié complica Bajadiz. Después revelan que es una esfinge, aquellos sobre los cuatro minaretes de Suleimani. Entonces, es la confusión, por causa del alejamiento perspectivo; delecteo al azar Chahzadé, Sultán Mehmed, Sultán Selim. Y en pie delante, en cabeza del puente, los minaretes de Validé Djami también resplandecientes.

Las cuatro de la madrugada, sobre el Puente Nuevo, entre Pera y Estambul. Placas de niebla enmarañadas, oblicuas, desgarradas, blancas en lo alto, en gris muy opaco. Quizás hay agua en el Cuerno de Oro; no se ve. Se agitan espesas gasas, palidecen, se rasgan, se vuelven nieve. Luego caen borrrillas pesadas, oscuras, redondas, macizas. Se aplastan, lo ahogan todo, lo tapan todo; a las

cuatro de la madrugada, brumas espesas son más oscuras que la noche. El enmarañamiento recomienza, la oblicuidad se acusa, el desplegamiento se hace en las alturas en abanicos estirados claros y oscuros. Vapores poderosos se levantan y viven. Estoy a bordo en una punta y sin barandilla, pontones entreabiertos; es casi vertiginoso. Escucho gritos, abajo, después veo pasar unos aparejos, mástiles oblicuos, grandes telas agitadas y oscuras. En las desgarraduras de bruma, veo las dos flotillas de la derecha y de la izquierda tensar su tela y precipitarse hacia ese canal, entre los pontones separados. Hay encontronazos, maniobras abortadas, soberbios gritos y gestos sorprendentes. Y todo ese rato esos mástiles, esos cabos y esas telas pasan y se adentran en lo opaco que ahora ilumina el sol. Los alumbra, haciendo más opacas las brumas. Rasga todavía más esas nubes enmarañadas, abre boquetes profundos, alcanzando victorias; pero vuelven impetuosas como hordas, del fondo del Cuerno de Oro donde debe haber agarradas a los cipreses de los cementerios. He visto de repente, entera en la punta del puente, la mezquita Validé, completamente negra. Después ha desaparecido. Entonces he mirado a lo alto, y ahí estaba la esfinge oscura de Suleimanié¹ pasando. Después todo el bosque de mástiles de la izquierda fue enrojecida por el sol, y luego anegada en el polvo del agua. El sol ganaba; la batalla era más dura; las nubes enloquecían; los barcos querían salir todos, por un instante se sentía, del lado del nármara, la llanura húmeda del agua. Y se veía un claroscuro de velas vibrantes, formando adorables triángulos. En el canal, los barcos se apresuraban. A menudo hay un solo tripulante en esos grandes barquichuelos como los de la Iliada; los pies desnudos, tiene la barra horizontal del timón entre sus piernas

¹ Suleimainé es junto con Ahmed Djami la mayor mezquita de Estambul. Djami significa Mezquita, pero a menudo se las designa por "Sultán" o "Pacha", en recuerdo del que las construyó.

curvadas; con las manos tira de las cuerdas, después da un brinco, agarrando la vasta tela que cruje y que el viento toma con dificultad; luego toma una enorme percha y apoyándose en otros barcos, empuja con todas sus fuerzas. Todo eso nos valía gestos inauditos. Las nubes se apretaban; sin terminar nunca. Desde ese fondo que ellas tornaban siniestro, rodaban con los barcos. El sol se agotaba. Validé aparecía siempre negra y, de Pera no se veía nada. Sin embargo arriba iba haciéndose rosa: Centenares de barcos habían pasado, cuando vi esa cosa inolvidable, Suleimanié, rosa tibio, surgía rodeada de telas oscuras. En un instante era color ultramar sobre gasas rosas y enseguida de alabastro en un frío de granito. Y desaparecía y regresaba, y toda la atmósfera resplandecía de rosa. El mar se afirmaba. Aún así el color nacía siempre menor. Muy lejos se veían barcos que se lanzaban en esta alegría. El drama se precipitaba; los testigos se hacían más numerosos. Validé había tomado posición y se veía el adorable Roustem-Pacha monostilo y muy pequeño. Jamás he visto tan alta Suleimanié; podía creerse que estaba sobre una montaña y que en una noche se había tornado inmensamente grande. Me di la vuelta: en un remolino de espuma azul y espuma coralina, estaba la Torre de los Genoveses —fantástico espectáculo. Está asomada, se apoya sobre un recodo de grandes casas erizadas de chimeneas; es cilíndrica, sin una sola ventana, y lleva una corona que sobresale, cerrada, obtusa, y dura como una pieza mecánica. Todo ese gigantesco aparato oscuro formaba como un acorazado trágico. Creía escuchar un alarido de sirena y presentí algo nefasto pues estaba un poco fuera de mí.

Una gran nube rosa barrió la aparición. Volvió y desapareció otra vez. Después se afirmó un disco rojo; lanzaba terribles dardos, perforó las nubes, triunfó. Y las mezquitas se volvieron blancas y Estambul apareció, y la Torre de los Genoveses cabalgaba sobre Pera inexorable, roja al final de su espalda de sombra.

Cuando se agitaron las últimas bufandas vaporosas, creí haber soñado. Las velas desaparecían, un barco a vapor había llegado a Escutari. El puente se había cerrado; y, en torrente, los de Estambul, los hortelanos y los *hamals* se precipitaron; los asnos avanzaban galanamente con tomates entre el follaje de viña; los portadores chorreando ya de sudor caían aplastados bajo cargas inconcebibles; flagelando sus endebles piernas golpeadas por los mil pliegues de su estrafalario pantalón, se adentraron en el embudo de Galata, ahí donde sube en escalera esa calle que lleva cerca de la torre.

Fue una realidad, *ineluctable!* Nos marchamos. Dejamos la ciudad conquistada y adorada. Nos habían dado un descanso de veinticuatro horas, es decir que se nos hacía sufrir una cuarentena "joven-turca" en la desembocadura del Mar Negro. Fue sobre un gran paquebote ruso completamente lleno de peregrinos negros, judíos huyendo de las persecuciones, persas, gente venida del Cáucaso y vestidos como en el teatro (¡aunque mucho mejor!).

Debimos pasar de nuevo a lo ancho de Constantinopla. Fue en plena tarde relumbrante. La singladura llevaba rápidamente sobre ambas orillas verdeantes del Bósforo, nuestras miradas y nuestra melancolía hacia los *konaks* de madera flotando en el agua. Unas velas jugaban ante nosotros y fueron los anunciadores de la aparición; nos condujeron ahí donde Asia se aleja bruscamente de Europa, ante aquello inolvidable. La luz estaba detrás de Estambul que se convertía en su monolito. De la vibración de luz le hacía sobre el agua un zócalo de blancura por donde pasaban esas velas y se instalaban los mudos paquebotes ancorados. En proa se escalonaban los tejados del serrallo en medio de cipreses y sicomores, palacio de poesfa, creación tan refinada que no puede *soñarse* dos veces. De ahí *partía* la teoría que ya sabéis. El vapor de luz sobre el mar se fundía con ese contraluz, y ese gran contraluz, extendido hasta Marimah, se destacaba sobre un cielo aniquilado de claridad.

¡No creo que jamás vuelva a ver semejante *Unidad!* Pasamos de prisa. Sólo quise mirar el glauco del mar, donde la sombra del barco determina profundidades incommensurables. ¡Y para mí fue como si la vela de mi pequeño templo se hubiera rasgado también!

EL DESASTRE DE ESTAMBUL

DESPIERTO de esa pesadilla. ¡Trágica noche! Grandioso espectáculo, hecho de fuego, de multitudes impasibles y de multitudes desquiciadas, de gritos y de lágrimas; en otra parte, la fiesta y sus fanfarrias, sus farolillos agrios y sus petardos imbéciles. Miro por la ventana, esta mañana a las 9 bajo la luz blanca, Estambul tranquilo no ha cambiado con el alejamiento. Las mezquitas, de Suleimainé a Mehmed, cortan el azur como siempre.

No se ve nada extraño. Y no obstante 9.000 casas son ahora cenizas.

Ayer, estábamos en el lado opuesto de Estambul, entre Pera y las Aguas Dulces de Europa, sobre un altiplano donde ni una sola hierba encuentra refugio. Era la fiesta de la Constitución; la Joven Turquía en masa asistía al desfile. En el polvo rojo, opaco, levantado en remolinos, eran los sueños de Raffet expresados en ritmos "hodlerianos": así sobre la pared pintada de Iena, marchan las filas apretadas de estudiantes armados, hasta el infinito. El ejército había desfilado; después, inesperadamente, *habían* sido los bomberos, al completo, por centenares. Estábamos estupefactos: ¿qué hacia allí, esa gente, en un día como ese? ¡Era sin embargo, en ese país de ataques disimulados y de complots, la hora propicia a las venganzas reaccionarias! Precisamente la vigilia había recorrido

más allá del acueducto, el inmenso campo desierto que, dos años antes, había desencadenado en Estambul una venganza política.

... Así los bomberos de Constantinopla se pavonean hoy en la fiesta, a pocas horas de Estambul, y Estambul **ardía** socarronamente en tres puntos.

Cansados de la parada de la **mañana**, leíamos detrás de los postigos cerrados. Por casualidad pegamos las narices a la ventana: Estambul se coronaba de una gran humareda negra y las llamas brotaban del edificio del Estado Mayor. En la calle, grupos de "bomberos **voluntarios**", descalzos, pasaban corriendo y gritando como locos.

Vestidos, descendimos rápidamente los Pequeños Campos de Muertos, atravesamos Galata y llegamos al Cuerno de Oro sobre el puente de barcos. Estambul se escalona en el amontonamiento estrecho de sus infinitas casas de madera ahogadas en el verdor. Sólo las mezquitas y algunos edificios administrativos animan de manchas blancas esa alfombra violácea y verde oscuro. La muchedumbre se aplastaba sobre el puente, precipitándose hacia el incendio; se adivinaba ya el inmenso desastre. Subimos por las tortuosas calles próximas al bazar y bordeadas de tiendas. Un torrente de agua tiznada corre por allí; también un torrente de *baneal* (cargadores) de pequeños artesanos que sin una palabra de queja pero chillando para abrirse paso, mudan su mobiliario, sus utensilios. La multitud curiosa sube y la policía todavía no se ha organizado. Aquí, sin embargo, ya tenemos la calle cortada; el fuego prende las casas por los dos lados, consumiendo el barrio de los carpinteros. En todas las calles vecinas las tiendas ya han sido vaciadas, la mercancía está lejos, al abrigo en cualquier almacén o en alguna mezquita transformada en guardamuebles. Los propietarios acurrucados con sus amigos y fumando, echan una mirada a las llamas a punto de largarse. El fuego ha prendido simultáneamente en tres puntos, primero en los edificios gubernamentales

que rodean al Ministerio de la Guerra. Después el barrio adyacente a **Veni** Validé Djami. Completando el triángulo, esas calles tan turcas a lo lejos, cerca de la mezquita de Chah Zané, construidas en madera, moradas de miles de **pequeños** artesanos. El inmenso triángulo debía cerrarse y, como el viento extendía la llama, iba a propagarse por la noche hasta Sultán Mehmed por un lado y el mar, en **Veni** Capon, por otra parte formando un trapecio que abarcaba dos millones de metros cuadrados!... Por la noche estamos en la plaza del Sultán **Bajaret**. Los tres focos han confluido y el viento cambia de dirección haciendo temer por el Bazar. Sería una ruina espantosa. Los comerciantes, llegan uno a uno; se iluminan las tiendas, las mercancías se acumulan ante las puertas. Grupos de hamals conducidos por policías a caballo llegan y se lo llevan todo. Pasan coches, sobrecargados, tirados por bueyes impasibles o por caballos que se encabritan. A menudo se corre el riesgo de ser aplastado.

El fuego avanza mordiendo las calles a cada lado, y las casas se vacían una a una. Los pequeños artesanos continúan mudando, uno plegándose bajo un espejo enorme, otros tres bajo un armario lleno de ropa. Otro, un carpintero lleva su caballete y le siguen sus hijos con unas tablas. Mujeres cubiertas con velos desaparecen lentamente, llorando y arrastrando unos chiquillos que gritan. Se saca un muerto metido ya en su ataúd de una casa a la que van a alcanzar las llamas; seis hombres encorvados, corriendo, se lo llevan entre el gentío. ¿Dónde depositarán este extraño paquete?

La muchedumbre abarrota las calles, tranquila, curiosa. Molesta a esos pobres hostigados por el fuego y que quisieran salvar sus ropas; y ni un movimiento de compasión, de solidaridad lleva a esa multitud de ociosos a cualquier movimiento de ayuda generosa. Todos esos turcos de grandes vestidos de seda negra y turbante blanco contemplan con gravedad; los cafés rebosan hasta las plazas y los árboles a penas protegen a la gente de la lluvia ardiente de

carbones que vuelan frenéticamente en el cielo. Los vendedores callejeros sirven sus limonadas, sus jarabes, sus helados, venden frutas. Da la impresión de un entreacto en un teatro muy grande, con un espectáculo inaudito, pero cuyo público estuviera fatigado por resultarle conocido, y ya nada le interesase. Pues Estambul arde así desde hace siglos. El cielo del horizonte se ha vuelto negro y, de verde esmeralda de hace un momento, se ha tornado ultramar oscuro, ahogado en verde como la corriente más glauca. Los minaretes y las cúpulas de Bajaret se elevan, con una espléndida unidad; incomparablemente majestuosas, talladas en oro macizo. A través de las perspectivas en llamas, bajo la inmensa nube de humo de oro, se perciben por un instante otros minaretes blancos como un hierro al rojo vivo. Trombas de ascuas ardientes marchan diabólicas y danzando a llevar la devastación a centenares de metros. No se tiene el sentimiento del horror, porque no se ve ningún rostro convulso, no se escuchan gemidos, ni otros gritos que las injurias de los hamals sobrecargados, ni blasfemias; no se elevan puños al cielo. Se está subyugado por una belleza extraordinaria; es una obsesión de grandeza. Estamos absorbidos por esas columnas de oro como lo están las casas y sólo se busca calmar esta pasión de belleza diabólica que te trastorna. Se buscan los bellos espectáculos. Se discute sobre la fantasía que surge de las cúpulas y minaretes. Al fin se encuentra una porción de esa Constantinopla de grandeza y de magia que habíamos soñado. Un sople de locura imperialmente bizantina se mezcla con una cínica voluptuosidad fatalista. Y si se va de un punto a otro, es por el disco negro de una cúpula que se destaca sobre un brocado de fuego que se opone más armoniosamente a la afirmación grave de un obelisco. Se dan vueltas alrededor del colosal brasero como alrededor de una estatua; se campea delante de los ramos alegres de chispas, buscando el punto de vista favorable como frente a una pintura. Un astrónomo vería en esas tres fabulosas columnas de

humo chorreando carbón arrastrado, fantásticas y nuevas vías lácteas. ¡Es la exaltación de la alegría! ¡De qué alegría!

Lentamente, descendemos de nuevo hacia el Cuerno de Oro y después de haber admirado desde el puente el espectáculo admirable de las mezquitas inmensas grandiosas de púrpura y de oro, cien veces más grandes como jamás las vimos a la luz del día, algo fantásticas, algo locas. Remontamos los Pequeños Campos de Muertos donde, en la soledad de la arena tostada se descalzan las últimas tumbas. Desde la terraza de nuestra casa el espectáculo se sintetiza. Esta vez el Cuerno de Oro es de fuego (¡la infame, siempre tan átona!); chorrea como metal fundido y lleva la barra negra del Estambul preservado. Sobre la cresta de la montaña, ahí donde de día se ve por encima de las casas el despliegue infinito del mar de Mármara y los montes de Asia, es ahora la llama de ese colosal sacrificio. Las mezquitas Suleimainé y Chah Zadé pinchan con sus minaretes puntiagudos y negros esta carne de fuego. La mezquita Bajaret a la izquierda, la de Mehmed a la derecha, reciben la caricia cálida y se vuelven de alabastro. Sus minaretes se pierden blancos y místicos en lo alto del cielo. Marcan los dos límites del inolvidable altar... ¡Y más de dos mil metros los separan! El acueducto de Valens parece quererlos reunir y, por los innumerables agujeros de sus arcadas, son como fuegos que saliesen por los ojos de buey de un navío en llamas.

Es la una de la noche. El viento empuja las llamas más lejos. La grandiosa pelusa de fuego se redondea pesadamente y se pasma. Aquí estamos ante este espectáculo que sobrepasa nuestras fuerzas de comprensión y nos deja estúpidos, tocados por una gran melancolía. Con angustia contemplamos ese dragón frenético que se agita y sin cesar repetimos: ¡es horrible, es horrible!...

MEZCOLANZA, RETORNOS Y AÑORANZAS

¡SE acabó y apenas he hablado de nada! Ni siquiera una palabra de la vida turca: ¡una palabra!, eso sería un libro. Nuestras pobres siete semanas no bastaron para vislumbrarla. Me he callado pues, a este respecto. Creed que entre cada una de mis líneas faltan cien. Hablar de Estambul y no decir su vida, es elevar el espíritu hacia esas cosas que os he citado. Y si lo hubiera hecho, contándoos la armonía de *esta* vida con *ese* medio, también se me hubiera presentado la ocasión de hablaros del horrible desastre, de la catástrofe inevitable que reducirá Estambul a la nada: el advenimiento de los tiempos modernos. En este año he visto el crepúsculo de Constantinopla.

Aquí tenéis pues, unas notas dispersas para reparar olvidos, algunas vueltas atrás, y añoranzas.

Un santuario de fe católica, muerto para nuestra raza, todavía rozado de almas, para unos pocos soñadores vagabundos, se oscurece con el negro de sus vetustas pinturas, y presenta al visitante piadoso y escaso su iconostasia que se apaga en la sombra con Cristo en la Cruz, en transfiguración, en aparición; y, en medio, un ángel en un cielo de fuego, anuncia a una virgen temblorosa una redención para los siglos futuros. Es el "Paraíso" del Metropolit Primat, en Bucarest.

He citado a menudo algunas frases de mi augusto colega y, sin embargo, nunca lo he designado. He aquí esta efigie. De raza: flamenco, pero apasionado del parisinismo moderno. Su raza pesa por su lengua en las "b" que aplasta. En lo moral: un tipo rico. Además he aquí algunos pequeños hechos reveladores. Se atreve a amar a Jordaens, y Brouwer y Van Ostade; dice: "¡Vivan ellos! ¡Beben y rfen, comen!" En esos días en que pasamos una angustiosa miseria reducidos a pan negro (con todas las letras) desaparecía en las esquinas para comprarse cigarros, a escondidas. ¡Y creyó morirse cuando tuvimos que poner agua en las tazas de café y en las jarras de cerveza! ¡Otra traición de su "ego"! (una vez que habíamos pasado la noche sobre un banco) se despierta, se pone en pie, abre los ojos embrutecidos por el sueño que se detienen largamente en mí; al cabo de una eternidad, recuperando la conciencia, se acerca ingenuamente: "¡podríamos *peper una cerpeza*! ¡Como si allí, bajo el banco, hubiera un barrilito! Otro hecho revelador: (en Pera) Auguste esta vez tiene los chinches, todos en su cama. A las tres enciende la vela e inicia la chamuscada. Se irrita persiguiendo bichejos aplastados que se infiltran en sus largas *uñas* (¡pues va de elegante, este historiador de arte, este teórico!). Entonces los golpea sobre el mármol de la mesa y los bichejos se mudan; los atravesamos con una pluma de escribir, y los freímos; los cadáveres se ahogan en sebo caliente, constituyendo por la *mañana*, un turrón, eminentemente turco. Auguste transpira y, una vez consumada la matanza, sólo puede concluir: "¡oh la la!, ¡es absolutamente necesario que me haga un cigarrillo!"...

¡Vuelve a dormirse, el *biberón* en la boca, feliz por la carnicería y satisfecho de humo! ¡Otra cosa: es gascón adorablemente; tiene una imaginación traicionada por gestos notables y pensamientos de impacto. Hizo creer a uno de los sobrinos del padre Bonnal que no había viajado más allá del Cairo, que, entre nosotros, el invierno nos trae veinte metros de nieve. ¡Veinte! ¡El sobrino casi se

resfrió... de embobamiento! Y luego: "si, un día en Florencia —¡por cierto los florentinos no se bañan nunca!—, la prueba es que ese día en Florencia, me bañaba para divertirme, justo debajo del Ponte-Vecchio. Una multitud formidable estaba asomada en el pretil, mirándome. Entonces, para escandalizarles, completamente desnudo en mitad del río, encendí tranquilamente un cigarrillo!...

Auguste, en lo físico: la estatua de un *fakir*. Cuando buscó una habitación en Pera, durante un día entero, mira de *reajo* los últimos carteles "habitación amueblada" con la cara de un pescado en un cesto —come con la convicción de un gato que duerme y la expresión seria de una vaca que bebe. ¡Jordaëns, Brouwer! Auguste, le rogaré al editor de ese *pequeño* diario que omita, en el envío de estos artículos, este documento denunciador.

El ex Metropolitano Primat de Hongro-Valaquia, su santidad Ghenadié, de alguna manera el Papa de estas comarcas, no hizo el ruego antes de la comida, cuando nos recibió. Y habló de arte, de economía política y social, y no pretendió sino recibirnos lo más alegremente posible. Tenía la cabeza de un soberbio Pan "rubensiano" y la mesa estaba cubierta de *lys*. Habíamos paseado ese día, en Bucarest de monasterio en monasterio, en el auto del ministro del Interior. ¡Todos los días no se parecen!

Filosofía bucarestiana, una noche después de cenar. Auguste y yo estamos de acuerdo: el protestantismo como religión, carece de esta necesaria sensualidad que llena en lo más profundo del hombre, de los santuarios de los que apenas tiene conciencia y que forman parte ya de su animalidad o quizás de su subconsciente más elevado. Esta sensualidad, que embriaga y escapa al poder de la razón, es un fondo de alegría latente, y un collar de fuerza de vivir del todo vibrante. Ronsard que amaba el catolicismo, porque encontraba en él esta base indispensable, decía que si lo abandonaba, no sería nunca para hacerse pagano; entonces se iría entre los salvajes, "que siguen felizmente la ley de la naturaleza". Puesto que

nosotros somos de aquellos a quienes ha herido la espantosa austeridad de nuestra moral manca y desapropiada...

Cuando veo pasar los convoy fúnebres ortodoxos, en Pera, con el muerto al descubierto sobre el que vuelan las moscas y que el sol muestra pálido y asqueroso, me indigna y me repugna. ¿Por qué esta ostentación del horror? ¿Es con el fin de hacer pensar a cada uno de los que se encuentran con *eso*, que el fin llegará? ¿No deberían predicarnos mejor la Buena Vida? Vivir bien, en armonía, aprovechando los beneficios de la Tierra, es, me parece, nuestro programa. El resto no es cosa nuestra. Cuando Ella venga, tendremos que capitular, ya que Ella es la más fuerte. Pero al menos que antes de partir, tengamos algo, y que, para la partida, hagamos buena cara...

Voy a contradecirme o a completarme: el arte campesino procede del arte de la ciudad. Hay un caso particular. Es un mestizo, pero bello, siempre con trazos interesantes, y, en todos los casos, de una poderosa estatura. El arte salvaje es inicial. El campesino es, afortunadamente *cuando crea*, un gran salvaje. Pero tiene su mal gusto y su orgullo, y su pereza. ¡Por eso le roba a la ciudad sus expresiones, sus vocablos y los devuelve con ingenuidad e inconsciencia. Es una fuerza natural que surge a pesar suyo, y casi contra ella. Eso es muy extraño y nos vale unas obras llenas de torpezas y barbarismos. Y la torpeza se nos aparece bella, a los que nos hemos convertido en refinados. Mirad las casas de campesinos de la llanura rumana: tienen un brillo cegador y sorprendente; el rebozado es blanco, el zócalo azul intenso; los ángulos pintados o modelados, representan pilastras; las ventanas se rodean de columnas y de fronterones pintados en un azul extraordinario, realzado a veces por un amarillo glorioso. Esos son los elementos arquitectónicos clásicos, pero empleados completamente de través, puesto que no hay base bajo las columnas ni entablamiento encima. El capitel (la flor, *el ornamento*) es el objetivo y el término. Puesto que

si el *vocablo* ha sido ciudadano (por espíritu patológico de burguesismo), el alma, el deseo, la mano han sido salvajes. Ha sido pintado furiosamente en un día de primavera, para todo el año, sólo para ofrecer al campesino un decorado de fiesta, un lugar de reposo abigarrado y alegre. Tiene que sentirse *en limpio* y *en su palacio*. De este modo el salvaje se cubre de colores explosivos y busca la belleza a su alrededor.

Eso quiere decir que la ciudad no debe regresar al campo; eso sería dar al malestar, la enfermedad como remedio. La ciudad debe perseguirse y volverse a parir ella misma. Se lo debe y, por otra parte, no podría hacer otra cosa.

A propósito de los carruajes y otros equipajes con ballestas que se usan en los Balcanes: después de dos horas de traqueteo en el único carromato del pueblo de Schipka, llegamos a Kasanlik; nos dimos cuenta de que todos nuestros dientes se habían caído, teníamos la boca llena de ellos. Y como pensamos abrirle proceso al cochero figúrate que descubrió cuatro agujeros que habíamos hecho en la madera de su banco (nosotros o mejor la osamenta de nuestros traseros). Entonces, con deferencia, estrechamos la mano al buen hombre y le dimos cuatro céntimos para que se comprara resortes —¡por favor! Auguste pensaba con horror en su diente arrancada por el fígaro de Tirnovó, y, puesto que esta vez se había hecho sin dolor...

En la concepción de una multitud de personas, del pueblo... y de la mejor sociedad, un pintor que trabaja en la calle es algo como un edículo público, kiosko de periódicos, o columna meteorológica. Vienen a verlo. Y hay que sufrir la muy penosa e indiscreta presencia de un gentío de necios que ni siquiera regatean sus reflexiones. ¡Por otra parte uno puede darse por satisfecho si no se plantan entre el tema y uno mismo!

Los amigos del viajero. Hay que escribirles cartas postales, cartas; al partir os gritaron inperativamente: ¡y además, traerás

fotos y chucherías! Ya sudas mucho a la conquista del placer que hay que arrancar luchando mucho. Los amigos te abandonan, Incluso te tienen celos. Nunca se obtiene de ellos una respuesta. Ignoran —¿verdad?— tu dirección siempre cambiante. Si su prosa se fuera a perder, llegar demasiado tarde, demasiado pronto... ¡oh mis muy queridos, muy ocupados amigos! De las alegrías de Baedeker: 'En un museo de mosaicos: "en la pared de la derecha, loros, gato salvaje con una perdiz, sobre el pilar de en medio bajo el mosaico unos peces. Asamblea de siete filósofos..."

A propósito del Pentélico, el monte de donde provienen los mármoles radiantes de la Acrópolis: "la cima dotada de una señal trigonométrica estaba adornada en la antigüedad con una estatua de Atenea".

Finalmente, en Constantinopla, algo así: "Allí, donde se encuentran actualmente los almacenes de estación de mercancías, se levantaba el templo de Venus..."

Hubo la edad de piedra, la edad de bronce, la edad del hierro y después el siglo de Pericles. Dos mil trescientos años más tarde, la edad de las latas de petróleo, abrazando toda la Europa oriental, marca una nueva etapa de la civilización y de las artes aplicadas. Hasta aquí se servían, en Oriente, de las ánforas de tierra roja de perfil puramente clásico. Algunas mujeres regresan aún de las fuentes con las actitudes de la Esther bíblica; pero son raras y las grandes cajas de lata de diez litros provistas de un asa de madera horizontal marcan en esta hora la agonía de las artes cerámicas. La lata, es menos quebradiza. ¡Los pueblos no se detienen en sueños poéticos en el crepúsculo de un oasis!

Así, dentro de dos mil años, bajo tres metros de *detritus* y de *humus*, los hallazgos serán innumerables; y, en lugar de las tierras

El Baedeker es la "guía del viajero" impresa en diversas lenguas, parecida a la "Joanne".

cocidas arcaicas, será la marca apreciada de petróleos de Batoum. También saldrán a la luz bajo el Hipódromo, cristalerías con conchas doradas venidas de Alemania, y discos de gramófono. Por otro lado quién dice que cualquier émulo de los que, en Pompeya, exhumaron la "Casa de los Amores Dorados" no descubra entre las paredes de nuestras casas del Norte, escalones turcos fabricados en Venecia y que en una caja de escalera de piedra artificiales que las lavas de Pouillerel le entregarán intactas un negrito bien encerado portando, encabezando la barandilla, la lámpara del Gusto.²

Aforismos turcos: Donde no hay casas, hay tumbas. Así la tierra está siempre habitada. En su tierra, el país es un desierto; donde se construye, se plantan árboles. En casa, el país es un paraíso en relación a Oriente; cuando edificamos, desplantamos. Estambul es un vergel, La Chaux-de-Fonds, un pedregal.

La Joven-Turquia. A las Aguas Dulces de Europa. Unos turcos en un caique, se han llevado el fonógrafo y se dejan mecer al murmullo de las ondas y a los gritos estridentes del horrible trompetista. Los burgueses de París, en sus casitas de suburbio ignoran un refinamiento semejante. En un café bajo los plátanos, un viejo toca la gaita indefinidamente; siempre la misma melopea durante horas. Encarna, en ese instante, las persistencias profundas de la raza. Morirá pronto y no le sustituirá nadie: Pathé ya franquea los umbrales, conquistador.

Estambul morirá. Porque arde siempre y vuelve a construirse. El inmenso barrio del acueducto de Valens, devastado hace algunos años, lo he visto reconstruido por una *Compañía* (isopesad para Estambul el valor de las palabras!), por una *compañía alemana*

² La piedra artificial, era el hormigón que aparecía en la obras. "Pouellerel" es una montaña redonda (eminentemente jurásica) y el jurásico es, por "esencia" sin volcán. El "negrito" bien encerado estaba esculpido al inicio de las escaleras, llevando una lámpara de origen veneciano y fabricada en serie, traído de un viaje de bodas del país de los Doges.

(idespués de lo que he tratado de deciros sobre las calles de Estambul, oscurecidas de follaje entre paredes color salmón, temblad con la asociación de esas dos palabras!).

¡Y lo que se ha escrito en los periódicos de allá, después del desastre del que he tenido ocasión de hablaros, no lo habéis leído!... ¡El "progreso"! Me repito: illos pueblos no se paran a soñar *bajo* el crepúsculo de los oasis! ¡Van!... La casa de madera turca, el *konak*, era una obra maestra arquitectónica... (Theophile Gautier escribió en cada página de su libro que era una jaula para gallinas.) ¡Afirmad pues que los dogmas del arte son inmutables como los del Santo Padre!

"Del cólera y de la crisis de los *carpous* y *peponis*". ¡Tesis para economista social anémico! El *carpous* es un melón bien redondo, liso verde oscuro por fuera, rojo granza con coágulos negros en el interior. El *peponi* es un melón oblongo, completamente liso, dorado-amarillo por fuera, dorado encarnado en el interior, y más perfumado aún que el anterior. Ambos producen magistrales diarreas. El turco por su parte lo digiere gallardamente: vive con su harem y sus melones. Pero yo sé que abusa de los segundos. Cada mañana he visto llegar al Cuerno de Oro decenas de barcos amarillos de *peponis* y verdes de *carpous*. Un día en que cien turcos, griegos, armenios o malteses estaban afectados por el contagio de morir, una vez cada veinticuatro horas, porque el cólera hacía temblar hasta en Groenlandia, un *firman* prohibió el consumo de *carpous* y de *peponi*. ¡Lo que ocurrió después, no lo sé! ¡Ya que escapamos hacia Atenas!

El 17 de agosto de este año, el tipógrafo de la *Feuille d'Avis* hacia la colada en su casa, la prueba es que el 18, perseguido por las preocupaciones domésticas escribió para la fiesta de las flores en Viena: "el desbordamiento de colores y desplegamiento de ropa". Era "desplegamiento de lujo" lo que tenía que ir. "De ropa", eso no cuadraba verdaderamente con el espíritu Maria-Teresa,

María Antonieta, con esas grandes damas jugando por las avenidas del Prater un alegre día de mayo.

Vuelvo a la gravedad.

"¡Doloroso, el encuentro de los turistas!", he escrito un día en mi carnet de ruta. Son filisteos en éxodo, marcados más que nunca porque están fuera de su medio y forman mancha. Se les ve, pero sobre todo se les oye, porque tienen la seguridad de gusto a ras de suelo y recorren a largo paso los peregrinajes del arte pregonando oráculos...

La admiración nunca se dirige al pensamiento del artista. La fibra del "Strass y del Oro doblado" vibra siempre intensamente. Se extasían ante el *trabajo*: "¡Qué trabajo!" "¡Es un trabajo de romanos!" "¡Está hecho completamente a mano!", sobre los materiales: "¡Nada de pintura, mosaico!" Concluyen: "¡Dios mío lo caro que debe haber costado!" Se van: "¡Sí, era muy hermoso!" Y no están verdaderamente fuera de sí más que cuando se mezclan el dorado, el nuevo rico, la inconveniencia, el horror desparramado. Pues el público ya no comprende nada, ha perdido toda medida. Lo agobian con teorías; no sabe ya lo que tomar para su purga o educación. Lleva en sí, también, el espantoso germen que va arruinando, en los países castos, los corazones hasta entonces sencillos y creyentes, las artes hasta aquí normales, sanas y naturales. Lo que yo he visto durante el camino me quita para siempre toda esperanza en el candor de las razas nuevas y deposito todas mis esperanzas sobre los que, habiendo comenzado en la alfa, está ya muy lejos, y conocen mucho. Por eso pienso que no hay que reaccionar. Porque la depuración es una necesidad vital e, igual que huimos de la muerte, por simple deseo de vivir, volveremos, sí, a la salud de esta época, salud adecuada a nuestras contingencias, y, de allí, a la belleza. En el mundo entero, *se vuelve*; se nos han caído las vendas de los ojos. Al germen achacoso se

opone el germen juvenil, vigoroso, radiante, nacido del "vencer o morir".³

—No queremos morir.

Pero la confusión es completa y la desviación de los entusiasmos, irreparable. Un francés y su mujer, a quienes encontré en Bulgaria, me dijeron en un tono lleno de alborozo cuando volvían de Constantinopla: "Ah, sí, es divertido, pero es una lástima que las calles estén tan sucias". La señora, rápidamente corrigió: "No, yo precisamente lo encuentro *Chic*". Los dos concluyeron que estaban encantados de esos quince días pasados allí. Nada informados, preguntamos a un búlgaro lo que había que ver, de Filópolis o de Andrinopla. "¡Filópolis, señores, es moderno, hay grandes calles rectas, está limpio! ¡Andrinopla es una sucia ciudad turca!" Fuimos a Andrinopla, pero pensamos que había con todo algo a retener de esa consideración para el arte de mañana. Un dentista griego que encontramos en Constantinopla y que practica desde hace muchos años en el Cairo: "¿Ah, pero el Cairo?" ¡Es cien veces más bonito que esto!, ciertamente, pues *allí* tienen a *los ingleses*. ¡Por todos los diablos, es una ciudad como las de Europa! Les complacerá, verán algunas calles asfaltadas. Y además hay tranvías, y hoteles, cincuenta, cien veces más grandes que éste. No dejarán de ir a Heliópolis; allí todas las casas son nuevas"; Aturdido, pido noticias de la ciudad árabe, de la ciudad blanca, con "moncharabies" y minaretes policromados, y del museo donde pronto estará todo Egipto. "¡Sí, si, lo conozco, pero en fin, eso no es el Cairo!" En cambio conocía las Pirámides.

³ He esperado sesenta años antes de haber podido designar el punto de inflexión desde donde se ha extendido el conocimiento y el gusto por el arte de hoy. ¡Fue el inventor del cliché "simili" con tramado quien provocó el empleo directo e integral de la fotografía, es decir la utilización automática, fuera del concurso de la mano, verdadera revolución!

EL ATHOS

UN eclecticismo inquietante nos inclina cada día a tolerancias seniles, y menospreciamos lo presente. Qué fárrago de vegetorios ocupa la mayor parte de nuestra acción intelectual. Y la acción práctica, efectiva, se **enerva**, se tambalea, casi llevando la cara en la espalda, petrificada como la mujer de Lot, por haber mirado atrás demasiado. Sin embargo **a** veces siente una vergüenza mortal, un desprecio de mi **mismo**—, aviadores se matan para volar como pájaros, buques insensatos, mundos nuevos salidos de la nada de un siglo de trabajo de los ingenieros, se pierden en el mar por haber querido ganar unas pocas horas en atravesar el océano; los montes perforados ya no son un obstáculo, etc.

Al final de un concierto enredado de Bach y **Haendel**, ¡he aquí que surge el "final para órgano" de Franck! ¡Gritos, jadeos, golpes, marcha gigantesca, obstáculo derribado y luz explosiva, en medio de clamores y de los *hans* de héroes que choca! Todo el ser está conquistado, renace y se levanta y el orgullo tiene derecho a estar en nuestras frentes.

¡Oh, este Athos demasiado consagrado a la muerte, por voto de aniquilamiento! Y tan mareado por una poesía lancinante. ¡Sí, ir, la fuerza en los puños y no para adormecerse en la lenta narcosis de la "soi-disante" pregaria, sino iniciar la inmensa vocación del

trapense -el silencio, el combate dentro de si mismo, casi sobrehumano, para llegar a echar sobre si, con una sonrisa antigua, la losa de la tumba!

.....

La primera tarde aquella en que desembarcamos en el puertecito de Dafni, me pareció descender a alguna isla de antaño donde cada vestigio se erige en evocación con una poesía hecha con el culto a las cosas terminadas. La hora no era sólo bucólica. Sino más bien llena de silencio y de calma y ante todo sagrada. Tres días en el mar establecen en el alma una quietud móvil donde la ensoñación toma vuelo, mezclada a las más violentas acciones concebidas por el espíritu para los años que vendrán —sueños aún, no, esperanzas—. Sensaciones múltiples y extremas, viriles o lánguidas. Acciones, y reacciones continuas sobre este terreno llano del bien estar de una travesía bajo el cielo del Islam, ni siquiera inquietado para nosotros, durante las comidas en mesa de invitado a las cuales escapamos. Plantados en la proa, vivimos como gitanos, abriendo los ojos a los vientos mordientes del alba, aplastados por el calor del zénit. Y en las horas de la tarde, sentados sobre grandes rollos de correajes o sobre el ancla, vemos venir la inconmensurable riqueza del crepúsculo y una misma acción del cielo que se anima, encendiendo los trofeos fulgurantes del sol y de nuestros músculos golpeados por la sangre que renace. Después, esas horas de la noche durante las cuales, inmóvil, simulaba dormir para, con los ojos abiertos, ver sin cesar las estrellas y, las orejas atentas, sentir cómo se adormece todo vestigio de vida y toma gloria el *silencio*. Así he vivido intensamente esas horas más felices y ellas han dejado en mi, después de tres años, su despótico recuerdo.

Creo que la horizontalidad del mismo horizonte todos los días y sobre todo, a mediodía, la uniformidad imponente de los materiales percibidos, instalan en cada uno la medida más humanamente perceptible del absoluto. ¡En la irradiación de la tarde, aparece la pirámide de Athos! Como una efigie solemne, en varias horas se levanta para, en un engrandecimiento precipitado súbitamente, nos domine con sus dos mil metros surgidos del llano. Unos peregrinos, pobres diablos, más apuntalados que nosotros bajo la progresiva presión de la imagen, guardan en su grupo un silencio radiante o ansioso que, en el momento en que las hélices suspenden su acción, confiere a las breves órdenes venidas de la pasarela alta, la solemnidad de una parada. El chirriar de las cadenas, las áncoras sumergidas, la inmovilidad...

La obsesión del símbolo es en el fondo de mí de una expresión –tipo del lenguaje, circunstancia al valor de algunas palabras. Su causa es la vocación: el régimen de las piedras y las armaduras, de los volúmenes, de los llenos y los vacíos, me ha valido una comprensión quizás demasiado general de la vertical y de la horizontal, del sentido de la longitud, de la profundidad, de la altura. Y el considerar esos elementos, esas mismas palabras, como detentores de significaciones infinitas, inútiles a diluir ya que la palabra en sí, en su absoluta y fuerte unidad, las expresa a todas. Llevado más lejos, he concebido el dolor estratificado en percepciones amarillas, rojas o azules, violetas o verdes e insignificante el detalle de las combinaciones, como el de los cambios tranquilos de líneas de la vertical a la horizontal –excluida la inclinación bisectriz. ¡Que el ritmo ya organiza esos grandes términos de expresión! Dejaré marchitar mi cultura, escrupulosa del detalle, que me inculcó un maestro. La consideración del Partenón, bloque, columnas y arquitrabes, bastará a mis deseos como la mar en sí misma y nada más que por esa palabra; como la Alfa en sí, símbolo de altura, de abismos y de caos, o la catedral, serán espectáculos

suficientes para acaparar mis fuerzas. Así, tal casa, por sus múltiples paredes divisorias, evocará el desagrado de topar con un guijarro caído de la máquina quebrantapiedras y, aún admirando a Claude Monet, me saldré de mis casillas, y saludaré a Matisse. Todo Oriente me ha parecido forjado a golpes de símbolos. Guardo la visión de un cielo amarillo a pesar de que muy a menudo será azul; la visión morena de las tierras y el recuerdo único de los templos de piedras y de las casas de hombres, de tapia o de madera. Esta forma de pensar me hará juzgar como loca la búsqueda de una forma de vasija distinta a la forma milenaria nacida en todas las latitudes. Y me gustarían las proporciones geométricas, el cuadrado, el círculo, y las proporciones de una relación sencilla y caracterizada.

Para manejar esas sencillas y eternas fuerzas, ¿no se me presenta el trabajo de toda una vida y la certeza misma de no llegar nunca a una proporción, una unidad, una claridad dignas incluso de una insignificante casucha de provincias construida según las leyes inestimables de una tradición secular?

Así, durante el sol radiante que siguió a nuestro desembarco de Dafni, he apreciado intensamente la ascensión oblicua de nuestras mulas enlazando en su paciente marcha en la falda del enorme monte, el mar y la cresta más allá de la cual, aún más infinita, se nos aparecía de nuevo el mar. Era la conjura de esos elementos primarios -el mar, la montaña y su símbolo atado por la Virgen- y el embriagador abrazo de una velada húmeda, emanando voluptuosamente de esta pendiente en olores cálidos colgados de tantos árboles nuevos, a tantas especies simbólicas desde siempre -morenas, olivares, higueras, viñas, y las zarzas inmensas, y los inalterables acebos-, y además cipreses que nos sorprendieron muy arriba en un rellano, cuando el sol había enmudecido, como si fuesen veinte centinelas melancólicos velando ese claustro tan extenso de Chiroptam, y dominándolo. Mi mula iba más lentamente, iba muy

retrasado; **caía** la noche. ¡Y habíamos escalado tantas pendientes abruptas y movidas en un impulso uniforme de ascenso! Un muro de piedra seca comenzaba a morder la pendiente, que de pronto se elevó hasta parecer una gran muralla. A su pie se alzaban los cipreses, dominando desde lo alto su masa gris. ¡**Mirad** ese cielo inefable!, después, en la cima del muro, primera aparición **monástica**, un joven pope de tez cetrina noblemente enmarcada por una barba negra, me saludó desde tan alto y con una inflexión del torso enternecedora, con las manos en el pecho. La mula correteó, luego, en una fuente que surgía a ras de la muralla, bebió cumplidamente. Retomando un impulso con esa fuga juvenil y la fuerza que las caracteriza, me condujo a la rampa, esta vez ampliamente embaldosada hasta el patio donde vi muy de cerca el primer convento.

¡**Cuántos** vimos en esos dieciocho **días** que siguieron! Pero esta visión queda como la más emocionante, la más noblemente bienhechora. Había un porche de antigua fortaleza y el testero liso de las murallas dominaba las habitaciones celulares con sus galerías abiertas al mar, muy arriba sobre el cielo.

Desde más lejos, habiendo hecho girar y detener a la mula, vi el convento de encima y constaté la deliciosa presencia de cúpulas de plomo, reminiscencias de Estambul. Un vasto plano horizontal coronaba el cuadrilátero de los edificios y conducía mi mirada hacia muy lejos sobre la mar apagada. Los cipreses eran negros, el convento del gris más delicado, los **olivares** de plata verdosa y el cielo de un verde crudo invadido por un violeta venido del mar y de las blancas estrellas del zénit, que entraron en escena en ese decorado móvil cuya rampa luminosa se iba apagando y cuyo cumplimiento se desplegaría en los negros y el oro, y el castañeteo de los cascos de las mulas sobre el pavimento de gres de Karies adormecida... Habíamos vuelto a bajar tantas cuestas ya trepadas y las casas habían aparecido situadas en medio de las **viñas**. Algunas

lámparas de petróleo ardian de las farolas fijadas aquí o allí. Un silencio radiante nos dio la impresión de llegar realmente a una tierra "prometida". Al final de la calle, una puerta abierta proyectaba una gran luz sobre la calzada, alumbrando una pared de viña donde vimos colgar unos racimos. Era el albergue y la gran sala áridamente adornada con ineptos armarios de pared, que hoy en día internacionalizan los cafés. Rápidamente atravesada, se abría sobre una extensa galería de madera, verdadera construcción sobre puntales, cuya altura nos pareció muy grande esa tarde. Unos sarmientos, de la viña a la antigua pérgola, como la de la prensa de Benozzo Gozzoli en Pisa y como el emparrado pintado de la "casa" iluminada de abajo por las lámparas colgadas, ondeaban en el espacio nocturno, desplazando todo sentimiento de valores y ofreciendo a nuestro goce una impresión nueva, imperial, ligada completamente a invenciones suntuosamente situadas... la colina descendía hacia el mar y, desde una terraza suspendida bien en lo alto, a la cual se accedía atravesando una amplia sala, se percibía el mar, encuadrado en la arquitectura nerviosa de una parra de madera, toda cubierta de viña cuyos racimos azules y de oro pendían pesadamente, el mar...

Dentro de nichos naturales, de hojas y tijeretas, se erguían unas mesas; otras apoyadas al borde mismo de la barandilla, si privaban a sus huéspedes de los bosquecillos báquicos que hubieran colmado a Silene, abrían al menos a los ojos de Baco y de los jóvenes del séquito, el espacio más noble y lleno de cielo, de mar donde pasaban muy raramente chalupas de pesca, grandes movimientos de suelo, vastos como la tempestad, donde crecían en prometedora cosecha vidas, moras, aceitunas e higos. La noche era propicia a toda contemplación muy emocionada y debilitada por una tibieza, una humedad del aire lleno de sal marina, de miel de frutas; propicia también, bajo los emparrados caedizos y protectores, a las promesas de los labios, a las embriagueces vinosas y amorosas...

Es extraño que no hubiera aquí una arquitectura más firme, y algunas balaustradas de mármol y que detrás nuestro el muro del palacio no sea de estucado modelado en fantasías arquitectónicas mostrando profundidades simuladas de atrios y que esta escalera no suba a algún gineceo. Aunque mi corazón esta tarde se complace igualmente dentro de alguna Hespéride o Cítereas que Watteau imaginaria para nosotros.

El calor demasiado fuerte de esta noche y nuestro trasplante tan súbito a la noche evocadora de un lugar como ese, más que una sensación incluso pompeiana, vibra con una languidez más próxima, y la soledad de mi corazón esboza en esta sensación dorada el negro vestido y la silueta aislada del apagado marqués y lejos del grupo, lejos de las mesas bajo las tijeretas y las hojas apoyadas en la barandilla, de espaldas, y perdido en la contemplación del mar...

No, ésta es la única y muy sencilla fonda de Kariés que, desde hace mil años, nunca albergó ni a una marquesa, ni una hetera, ni siquiera una simple huésped de paso. ¡Pues esta tierra con horas de los más dionisíacos soles, de la noche más elegiaca, no está abierta sino a oscuros y pobres, o desamparados personajes, a nobles almas de trapenses, a criminales que huyen de la justicia humana, perezosos huyendo del trabajo, soñadores, extáticos, o solitarios!

Abundancia, viñas, higos y moras, aceitunas y álamos, encuadrados oratorios de un bizantinismo tímido, piedras secas, cúpulas de plomo, muy reducidas, muy pequeñas, muros de fortaleza, puentes levadizos, que al día siguiente, desde lo alto de la galería superior a donde conduce la escalera, vimos extenderse innumerables sobre los montes, sobre las rocas, sobre las playas, minúsculos, inmensos, alegres, trágicos, acogedores, severos y esquivos, abiertos, hipócritas, bajo un sol blanco, con el cielo y el espacio lleno de la claridad radiante dando aspecto de muaré a los campos lisos e ilimitados del mar.

.....

Popes sórdidos, lisiados, costrosos, quizás contaminados de lepra, tendidos al borde de las carreteras de Kariés, la ciudad, suplican que alguien les eche una limosna. Indignan, por cuanto la pereza, el vicio —¿quién sabe?—, testimonian que han llegado a esta situación. Si, no obstante, fuera una lamentable desgracia, que les persigue sin descanso, que los echó a la Montaña Santa, como en un puerto de salud... y que allí hayan encontrado cruel egoísmo e indiferencia ante sus males. ¿Que los sarmiento de viña, las higueras y las moreras, incluso el centeno de los corrales, se les hubiese negado porque no lo habían adquirido? ¡Las grandes losas de las calles de Kariés —no más de cuatro o cinco calles— son duras para sus llagas y qué lecho para su lasitud! La Virgen tiene su altar en su gran montaña totalmente dedicada a su culto. Su altar tiene el convento al pie de la montaña, sobre un parterre de arena, a la orilla del mar; el convento es un gran cuadrilátero perforado por una puerta al final de un antiguo puente levadizo; las paredes exteriores se bañan en los fosos, desnudos excepto en su parte alta, donde se adosan las galerías, y se abren las logias en el tercer o cuarto piso. En mitad del gran patio se encuentra la iglesia metropolitana, bizantina de nacimiento, de forma, de principios perpetuados. Hoy es bizantino todo el espíritu de este convento y la menor de sus piedras. Pero otros conventos, numerosos, dieciocho creo, están en la punta de las rocas inaccesibles como un nido de águilas. Otras parecidas cerca del mar. Y por todas partes el aspecto de otra época y por la multitud de los monjes presentes, la sensación de un anacronismo desquiciante.

Descendemos a Kariés, la ciudad, para asistir en el convento dedicado especialmente a la Virgen María, a sus fiesta patronal, en la orilla del mar, al pie de la formidable pirámide coronada de mármol blanco, el Athos, la montaña de dos mil metros. Cuando el sol dará sobre la falda del monte, las puertas del Convento de los fberos se cerrarán esa tarde, detrás de los peregrinos venidos de

toda esa península, desde tan lejos para embriagarse de cantos litúrgicos o para comer, comer, los pobres, los crapulosos, los miserables que se mueren de hambre, porque en esta fiesta anual el refectorio, inmensa cuna de piedra animado por un antiguo ídolo (alma de un imperativo ábside blanco) está abierto durante toda la noche. Pero en la iglesia metropolitana de oscuras paredes impregnadas por innumerables y contiguos frescos hieráticos, se cantará en la negra noche hasta la mañana, las letanías punzantes, alucinantes...

Alegría, fiesta, sol y naturaleza enteramente cubierta de viñas, de higueras y de álamos; el mar enfrente marca el auge de la tarde por su refracción pálida sobre el verde de esas tierras infinitamente excavadas de valles. Bajamos hacia el mar. Una cerca; jóvenes ermitaños vestidos con la hopalanda azul de los frailes trabajadores están sentados en la puerta de la viña. Su *skite* está cerca, túmulos de piedras secas, abrigo de sus dos vidas. "Salut", les gritamos con la alegría del momento. Uno de ellos rápidamente puesto en pie ha corrido a la viña y vuelve cargado de uvas, ofrenda espontánea. Los dos ermitaños sonrén, se inclinan, las dos manos cruzadas sobre el pecho. "¡Salud, amigos, gracias, gracias!" Pasarán dos meses sin que vuelvan a ver pasar extranjeros. Felices partimos hacia el mar.

.....

El mar está a lo lejos de este convento encaramado. Desde nuestras habitaciones blancas, la vista horizontal no tiene límites, ya que nunca hemos visto el horizonte en esta latitud y en esta estación; vapores calientes se interponen, ligando el mar al cielo y sólo unos reflejos indican al ojo inquietado la presencia tangible de una superficie de agua. Desde nuestras ventanas, la vista de pájaro es vertiginosa; estamos en el piso más alto del convento, a ras del

precipicio del rocoso pedestal. La Iglesia con su plaza pavimentada de piedra gris es uniformemente de color sangre de buey; desde abajo hasta las cúpulas de plomo que son de un gris admirable.

Hemos penetrado en el refectorio, conducidos por el jefe temporal de esos monjes trabajadores: esa multitud negra y melancólica se alza a cada lado de las dos largas mesas juntas por un ábside santificado por un icono de oro, con la de los superiores formando una herradura. Nosotros ocupamos el lugar vacío dejado para el huésped siempre esperado. El peregrino de Jerusalén no vuelve a encontrarnos hoy, ese hombre que habla algo de francés, ese hombre cuya belleza extraña, su actitud reservada, su ardiente fervor nos intrigan. Cuando el jefe ha bendecido, según creo, esos alimentos, nos sentamos. Sobre las tablas de madera blanca las manos de los frailes son rudas y callosas, hinchadas por el trabajo de la tierra y hermanadas por la robustez, con los platillos y las cazuelas de esmalte comunes a todos los campos y que implican *la tierra*. Tres cazuelas frente a cada huésped, contienen tomates crudos, judías hervidas, pescados, nada más. Y ante él un vaso de vino y un cubilete de estaño y un plato de centeno negro, pesado y redondo, el tesoro cotidiano, el símbolo meritario. Delante del ábside, los superiores parten el pan, comen y beben, la comida y el vino en las cazuelas y los vasos verdes, sobre las tablas de madera blanca, y nada más. Una radiante animación, colores tostados, sonrisas para con nosotros y como si a menudo... iintentos de conversación, siempre fallidos! Rápidamente consumada la frugal comida, asistimos de pie al desfile de hermanos y todos nos dicen algo,, y muchos toman nuestras manos y las besan.

¡Este es el convento de frailes trabajadores de Karacallou! Su hospitalidad frugal ha quedado para nosotros como una bendición. ¡Buena gente de Karacallou! Añado a este recuerdo el de mi habitación completamente blanca de cal donde dormía encima de una ancha banqueta enrollado en el más maravilloso tapiz bosniano

o valaquio, fanfarria de colores. Desde la ventana encaramada en el fondo de un ensanchamiento profundo, vi tres veces al alba abrirse el día en un espacio sin limite, mientras que a los pies de las paredes, los olivos parecia que fuesen sobre la tierra minúsculos líquenes.

¡Mordiente incapacidad de fijar a través de la pluma impresiones que en el fondo, pedazos de tierras, el aplomo de una rocas rojas, los manteles de mar, han hecho gemir en lo profundo del ser sin abríles la puerta del día! Mulas bromistas con aspecto de ramera y malas a veces te mandan a rodar de una patada sobre la falda de la arena inclinada asaltada por el agua. La conquista esplendorosa de un sol blanco trastorna el sentido de los colores. Uno o dos monjes, haciendo de ermitaño en su *skite*, se inclinan, negros, peludos e hirsutos con una sonrisa bondadosa o boba, con las manos en cruz, en el umbral de una cabaña de piedras secas que por otro lado raramente se encuentran. El convento de Prodomos, del "Precursor", desaparece mientras proseguimos, traqueteados sobre sillas de salvajes, en medio de árboles áridos, torcidos y agrios, muy alto sobre la cuesta: en su despliegue rígido tiene el aspecto del nivel de agua del albañil, y seguimos con su horizontal horizontes que no existen: hoy el mar no tiene todavia consistencia ni limite... el barquichuelo de vela, cáscara de nuez robusta, sortea la ola corta y desaparece riendo, no lejos de la costa, paralelamente; unas cuerdas, una vela, tres muchachos, y el apoyo, a la derecha, de la tierra de Athos, infinitamente erguida y piramidal, de mármol en la cima. ¡Almenas e inmensos muros, ciudadela salvaje, convento para siervos de la Virgen! Vamos pues, gentes que escondian celosamente su pereza piadosa, tesoros enviados hasta aquí en ofrenda pia por trabajadores de un metropolitano de una Grecia ortodoxa y decadente o de una salvaje Serbia entregada al culto de la cruz de brazos iguales. Guijarros, una cala; una morera ceñida de piedras en tiara y montada en lo alto, ensangrenta la arena de

alrededor con unos frutos tan maduros que caen derramándose, Un porche muy difícilmente alcanzado, una vez guardados los aparejos, un patio con una iglesia de una ortodoxia restaurada y un tejado de chapa, glaciales corredores, inmensas salas desnudas para los huéspedes, la visita del jefe de los sacerdotes, su mesa, sus comidas —la enfermedad, el vientre atenazado, los dolores, la postración, la inercia; la biblioteca vista entre dos crispaciones de los intestinos... mulas bromistas que vuelven a galopar y levantan la oreja curiosa y demasiado hartas de avena.

"La flota de Jerjes se aniquiló al pie de esta inmensa roca", estremecidos por lo cual mesuramos desde lo alto la terrible profundidad y la negrura espantosa de un mar sin fondo. ¡Adelante los recuperadores de tesoros, adelante! Toda la flota de Jerjes, ese conquistador, se consume en la espera bajo quizás dos mil metros de agua. Rocas rojas y rectas. El césped pisoteado por nuestras mulas se corta bruscamente a su caída vertical e inmensa como una flauta gigantesca de un mundo délfico. Se huele la catástrofe, la implica; no imagino, incluso bajo un cielo como el de hoy tan locamente esplendoroso, una chalupa aventurada sobre el aceite azul en el pie profundo de este espolón: tendría miedo.

!Por Dios! ¡Veis la tempestad y su ataque insensato, su salida maravillosa, su titánico hau, hau! Y ahí la tenéis, la flota de Jerjes, todas las áncoras escrutando perdidamente unos fondos que se burlan de ellos, llevada sobre la falda de esta furia y con la frente golpeando la roca; la rotura de los *maderps*, el dique seco, el aplastamiento de los hombres, el descenso oblicuo de los guerreros persas hacia las profundidades glaucas, los ojos cerrados, la boca muy abierta —su llegada, la arena jamás removida de las grandes profundidades, visitantes inesperados de esas regiones con forma de serenas. En lo alto, el cielo escupiendo, expulsando el agua, el estrépito indescriptible de una mar en delirio, su choque inimaginable sobre el enorme espolón rojo —en lo alto del cual nuestras

mulas nos acarrean, trotando y complotando sin duda una jugarreta.

Unas salamandras nos esperan al desembarcar en el patio del gran skite: los monjes han acudido: "Franzuski", hemos dicho. "¡Ah, Franzuski!" Manos cruzadas sobre el pecho, solicitud, alegría en los rostros. Esa gente son activos ermitaños acabados de llegar de la estepa rusa; y Francia es el país de la Alianza. "Franzuski, ah, Franzuski!" La mesa está dispuesta con tantos tomates rojos y vinos superabundantes; se han bebido las mezclas de costumbre; cabalgamos sobre el asno de Baco. Cae la tarde, el cielo cubierto de estrellas, la mar ocupando todas las ventanas, lisa, acariciante. Todavía una ampolleta de vino. Como tantas tardes, como todas las tardes del Athos, el hospitalario y cálido vino nos perturba la cabeza y todo sonrío; ¡la enfermedad se echa atrás... por esta noche! La conocemos, y también las angustiosas galopadas en los oscuros colores hasta... ¡Ah! el Athos abre las puertas de sus conventos; ¡ah! El Athos vibra en sus skites con monjes trabajadores, y, radiante, la hospitalidad beneficia al corazón! ¡El vino de Athos alegra esta tarde mi recuerdo!

El sol doliente de un día dedicado a amargos, a irremisibles pequeños descubrimientos, haciendo tristes los efectos de vivir en medio de una pequeña ciudad me inclina a un recuerdo vago y dulce, de melancólica incertidumbre, de radiante malestar. Hace una hora, que en los grandes pliegues abiertos de una boca llena de alegría he creído reconocer sin embargo como el lloro lejano de una soledad inconfesada, y entre nosotros dos que nos despedíamos el uno del otro, expresarse el deseo de un impulso venido quizás sólo de mí —hacia una sencilla pero ardiente caricia—, goce que mi edad y mi soledad reclaman —a veces— cuando un resplandor, una sonrisa o un sol, o alguna música inefable o dulzura del aire y de las estaciones, dispone el cuerpo, con el corazón a él atado, a un testimonio amical de más efectiva simpatía... Las horas de Oriente

en su claridad solar de cuatro horas después de comer, en el cálido vientre del cielo blanco, extenuaban mis alegrías, ahogándolas de añoranzas. La llamada resuena en lo más profundo del cuerpo solicitado y los signos inquietantes de ese paisaje que como recuerdo yo evoco esta tarde, contraían mi pecho y trastornaban mi espfritu. Felizmente una luz cegadora alejaba todo espanto de pesadilla. En la cima verdaderamente aguda de la pirámide de Athos, se sufría a su alrededor el imperceptible alejamiento. Y si, para enderezarse, se sumergían los ojos en el fondo de las valvas acolchadas de luz, que forman los contrafuertes nacidos del mar, la imagen se ofrecía completamente desconocida, como de un contorno de tierra separado del éter. Pues el mar, trepidante de brillo blanco, escapa a la búsqueda de la mirada y su huida abre ese extraño vacío que se percibe en una especie de pesadilla consciente, cuando imponiéndose una medida nos aventuramos a concebir nuestro mundo rodando en el éter y trazar su ruta en medio de los espacios infinitos. Así, desde la cima de la pirámide de Athos, su rastro sobre el mar a su alrededor, salvo en un istmo al oeste, se anunciaba como el de un cuerpo caído en una inmensidad luminosa. Estamos en realidad en el umbral de una pequeña capilla votiva, pero no siento por ello ninguna emoción. Y sin embargo, situada en el punto culminante de la tierra de la Virgen, debe ser, para ciertos peregrinos venidos hasta aquí, como el pan sin levadura de una comunión inefable. Comprendo que, al cabo de semanas de mar, de días pasados de convento en skite y de skite en convento, para llegar al más próximo de la cumbre como ese de Saint-Georges -después de haber, acompañado por un gufa, trepado encima de una mula durante horas en una naturaleza salvaje e inhabitada hasta un refugio en la parte baja de un pedrero de mármol; después de haber atado su mula cerca de un pozo, guardada por el gufa discretamente y, haber, en solitario, emprendido la última escalada del monte, el último pedazo de mármol, y

haber llegado, con una brusca zancada, a la plataforma cimal desde donde el infinito se hace con él, ese que viene a encontrar a su Virgen, debe deshacerse en llantos, desplomarse en la contemplación. Yo mido entonces la significación de este aparato sin apaños de un altar en duba blanca, de un icono en color sencillo, de una pequeña lámpara de aceite que el mismo peregrino reaviva con la bombona colocada muy cerca, si por ejemplo la capilla ha permanecido mucho tiempo sin culto.

Realmente, tan adentro en el mar, tan alto en el cielo y en el camino de Jerusalén, se ha alcanzado un santuario —último como lo son las notas extremas de una sinfonía moderna. Y la Fe católica, portento de misticismo, transporta a ese creyente hacia las beatitudes.

Para mi, empujado a la acción por la vía imperativa del constructor que sueña amalgamar en fuertes cadencias el hierro y el hormigón, me gusta saber que sobre este monte, en otros tiempos, se había alzado un Zeus de bronce. Los trirremos juguetones saltaban sobre las olas bajo la mordida de los remos, y el piloto y los comerciantes, los guerreros y los conquistadores, miraban asomar a lo lejos, con un sentimiento de robusto orgullo, la gran pirámide de Athos con su dios macho sentado, mientras que, de los esclavos plegados sobre el remo, el torrente de imprecaciones daba una grandeza más impasible a los mares alegres donde las locas carreras de los relucientes delfines parecían tejer la red que ata los fondos, desde la superficie del agua hasta las profundidades glaucas.

Entre esta visión robusta de los tiempos de la epopeya y la imperturbable latencia de las razas del Islam, extendida sobre todas las tierras tostadas de los alrededores, esta ortodoxa presencia de una vida monacal, de este bizantinismo vaciado hasta la nada sin resonancia, me afecta. Descendidos de nuevo, primero los dos mil metros de mármol, después de tierra calcárea morena nos lleva al

agua, por la skite Saint-Georges y la de Santa Ana, hasta el glacial convento de San Pablo, no lejos de esa caleta pedregosa donde una morera deja caer sus frutos demasiado maduros. ¡Bien quisiera dejar la isla! Pero es preciso esperar ocho días para que un barco recale de nuevo en esas inactivas aguas. Después de haber superado toda la grupa de la esfíngica montaña, una mañana radiante, bajando sobre Russikon, nuestras mulas nos han llevado por adustos caminos de viña. Un plátano se eleva a la izquierda del camino, solitario en esas viñas y como una interpelación. Solo, ha hablado de Persia. Su estructura —su liso tronco— es tan gris como un mármol negro lavado por las lluvias, sus más gruesas ramas sobresalen como rayos y las más pequeñas caedizas como las gotitas de un surtidor; y sus hojas nada frondosas, pero esparcidas como sobre miniaturas: una hoja, otra detrás, hasta que la gran mano abierta que es ese árbol, se haya llenado los dedos, de una graciosa orfebrería de esmeraldas; mientras este ser erigido solo en este lugar, elevándose desde las raíces sobre un fondo de mar, vibre con un sonido lejano, poético y difuso, expresado con una gracia de cuento de un Oriente distinto a éste, en el aire de oro como esas ondas de polvo de laca, en esta tierra rosa como en corales delicadamente iluminados, en medio de viñas azules y de un cielo a través de estas hojas gráciles, mucho más dulce y mucho más tierno, como dentro de un sueño...

.....

Desde fuera, solo los atrios parecían a escala humana; obstruyendo el cielo, el escalonamiento de los antecuerpos, contrafuertes añadidos, la parte posterior de los arcos triunfales, la cúpula, formaban, vistos de cerca, un aglomerado espantoso. Pero el nártex oscuro, una vez franqueado el porche, engrandecía los recuerdos de la época de los grandes constructores, no sólo por sus mármoles y el destello de sus mosaicos, sino por el sencillo y fuerte alcance de su bóveda como un hueco de sarcófago. Y la puerta de

eje en esa penumbra, nos abría de un golpe, los esplendores luminosas de la inmensa nave. Loca zancada de espacio, colosal hinchamiento de vacío habitable empujando hacia arriba los arcos apuntados injertados de cuatro colgajos que llevaban más allá de la irradiación horizontal de las infinitas ventanas en corona, de la bóveda, ese solemne escalón. Dos cosas: el llano de la nave, inmenso foro —el bulbo hueco en loca extensión, gritando al milagro, gritando a la obra maestra: el de los hombres. Isidoro de Millet y Antemios de Tralles quien, en el año 500, casi sin precedentes, inventaron para hacer realidad su sueño, esos procedimientos constructivos y esos órganos de soporte.

Después de este cántico imperial, el mundo de Oriente se calló durante siglos; y el alma bizantina perpetuada hasta nuestros días por un extraño fenómeno de vitalidad madreporica, se osificó bajo las formas de santuario de "paracles", de "metropolitans" —de diminutivos de iglesias—, aquellas sin nada más que cada convento de Athos encerrado en su cuadrilátero de edificios. Santa Sofía de Constantinopla es la punta del Serrallo, entre Mármara y el Cuerno de Oro, lo que es en la Chalcidica, la pirámide de Athos: un monte.

El alma monástica de Athos, los ermitaños, los frailes **prieors**, imaginaron la visión de una cripta, encerraron el oro mórbido de sus contemplaciones en la válvula estricta y en penumbra, oscurecida de imaginarias, de un santuario. Pero tan disminuida de volumen, esta arquitectura me arranca la admiración y pasaron horas hasta que pude deletrear el firme y dogmático lenguaje. La gran ruta de Asia dirigida entonces sobre Siracusa, el Perigord y España, sobre Venecia y Aquisgrán, ha pasado por aquí, aportando sus combinaciones geométricas, su aparato interior y su vestido de sayal tirada en el exterior. **Resentía** muy fuerte esta única y noble tarea del arquitecto, que es la de abrir al alma campos de poesía poniendo en juego con probidad, materiales con vistas a hacerlos útiles. De dar aquí, a la Madre de Dios, una casa de piedra al

abrigo de los daños seculares y de situar los volúmenes de esta cámara fuerte de tal manera que un espíritu se desprenda de ello, imponiendo por una misteriosa relación de formas y colores, el respeto a cada uno, el silencio a las bocas y sin abrir en el ritmo luces reservadas sino el arranque a las piedras y los labios a los cánticos. ¡Santa vocación de los antiguos constructores!, pureza perdida de sus intenciones, de sus esfuerzos. Disciplina desconocida desde entonces para nosotros, chapuceros de hoy. ¡Por Dios! ¡Cuán doloroso era en esos templos de Oriente el entusiasmo que se apoderaba de nosotros! Y como, replegado, me sentía lleno de vergüenza. Pero las horas pasadas en los silenciosos santuarios me inspiraron un juvenil valor y leales deseos de ser un honesto constructor. Visitante que pasa bajo las bóvedas de los templos, si no eres constructor, no puedes concebir esas angustias ante los imperiosos veredictos de las piedras. Estamos en una pobre época de escrupulosos artesanos y el cielo es piadoso por evitarnos el encuentro con nuestros predecesores: nos mirarían con una inquieta sorpresa, después su cólera caería sobre nosotros, y tendríamos que huir. El recuerdo siempre presente de su labor, me llena de una inquietud consumidora y me hace temer cada orden por la cual hoy en día, en nuestros dibujos, la obra se levanta.

La iglesia de Athos es una fórmula lapidaria comparable al brote del árbol que, muy pequeño, antes de las cálidas lluvias de la primavera, contiene bajo su broquel reluciente y firme, todos los tesoros del verano, la flor —del otoño, el fruto—, y del invierno, la lenta y oscura germinación. Hay una cúpula tan pequeña —cuatro metros en general—, y colocada de tal manera que, desde el vasto exterior siempre acosado por las brisas del mar, por la vista de éste, por la presencia del monte —cuando se ha atravesado el nártex y luego como un pronaos, aparece grande y suficiente, fuerte, alta, colgada como un bulbo vacío visto en el tubo de un anteojo cuyo tambor sorprendentemente elevado evoca enseguida la idea, lleva-

da sobre cuatro colgajos, por cuatro arcos anchos y lisos, alcanza el suelo sobre cuatro simples fustes, casi siempre monolitos, redondos y abultados, coronados por un capitel en forma de trapecio. El ojo ha pasado precursor del espíritu, desde el muy oscuro pronaos donde las bóvedas de cañón que se penetran, son a veces de repente, a izquierda y derecha alzadas profundamente por un tambor portador de cúpula, en esta habitación de superficie rígida lujosamente pavimentada con un mosaico de mármoles, de paredes lisas en el cuadrilátero terminal y con los cuatro fustes que soportan la bóveda, en una atmósfera de plata oscurecida por la presencia innumerable de frescos alfombrados, nimbados de oros apagados, tejidos de ocre rojos, de ultramar, de verdes, de cobalto, y narradores de fuertes leyendas. En planta como en sección, el edificio se lee de una sola vez, la masa que aguanta y la masa aguantada, paredes tensas como músculos y bulbos abocados a la curva. Y la poderosa unidad de un lenguaje tan sobrio, confiere a la impresión el valor del diamante. Es firme y duro, y sin duda la cristalización de una claridad helenica combinada extrañamente a las indescifrables evocaciones asiáticas.

He aquí recuerdos de pinturas descifradas en la noche de las paredes y apreciados la mayoría a posteriori, después que el decepcionante reconocimiento de los infames retoques se haya diluido en el tiempo y que el alma de estas cosas, desprendida del hábito maculado, haya retomado la claridad de una majestuosa religiosidad.

En una aparición rosa, en el ángulo del entrepaño, se levanta juvenil y cándido, el príncipe de un país –visión serbia o búlgara. Su actitud es retenida; las dos puntas de sus pies unidos, vacilantes y deseosas de no avanzar. En el fondo negro del fresco, sus dos brazos hacia delante ofrecen la maqueta de un santuario –la imagen misma de esta iglesia, pintada completamente de rojo con cúpulas azules. Su ofrenda real se dirige a ese viejo, cinco veces mayor que

él, melenudo y barbudo, pope jefe del convento, vestido de sayal negro y tan oscuro que sólo la cabeza dolorosamente arrugada e inclinada, y sólo las manos tendidas hacia la ofrenda, dan un ritmo de balanceo a los adornos vivarachos del príncipe. Dos santos pasan por una nube rozándola ligeramente y diminutos, aureolados de bermellón y de oro. Un príncipe croata, el día de su advenimiento, para ponerse a bien con el Cielo, habrá mandado construir allí sobre la tierra de Athos, ese santuario donde, a la derecha del porche, debía ser pintada esta imagen dedicatoria. En Lavra tengo un recuerdo, de un infierno espantoso, cubriendo con su erupción de fuego, la pared de la izquierda. Oleadas fulgurantes salidas de una atroz y formidable boca erizada de dientes que resoplan por las narices, suben como un mar de ocre encarnado, hundiendo y deslizándose, materia infernal en torrente vengador, describiendo una espiral de pesadilla en una atmósfera ennegrecida. Y mucha gente de nuestra especie, desnudos y bramando su angustia testimonian las calamidades futuras del infierno donde "los condenados serán asados".

Pero en Filoteón, ya no es esta visión medieval: es una Peri¹ del todo india sentada sobre un ser de sueño, dragón, hipogrifo. Un gesto del dedo mantenido en vertical, impone silencio a la bestia furiosa, en una ascensión vertical. ¡Ah, no! A su lado, creo acordarme de cierto desastre infernal; la bestia horrible de varias cabezas babosas, cae en medio de los espacios, todas sus garras desesperadamente abiertas para agarrarse, y la Peri cae, extendidos sus brazos. ¿Es acaso alguna sugestión apocalíptica pintada al fresco por un hombre de sangre sasánida que ha llevado hasta el santuario cristiano las nostalgias dolorosas de los mitos asiáticos?

Como un brocado, todos los muros están cubiertos desde el peristilo, el pronaos, hasta el santuario. La imaginería sube a los

¹ Genio bienhechor pero extravagante entre los orientales.

arquitrabes y a las arquerías, a los tambores hasta en las cúpulas. Y todos los dogmas están inscritos y las leyendas y las acciones útiles del hombre; y unos ex-votos o actos de fe; todo eso probablemente es un orden deliberado y simbólico, ocupando cada escena su lugar jerárquico y, además, cada sujeto y cada figura están pintados con una grandeza y en una escala dictadas por alguna fuerte o sutil significación. La estatuaría expirada bajo las proscripciones iconoclastas ha abandonado totalmente los lugares. Y este suntuoso y no poco caótico abigarramiento se ha apropiado tanto de la pared, que sólo el lenguaje autoritario de las grandes formas arquitectónicas y el abandono de toda proporción en las molduras permiten a las iglesias de Athos permanecer fuertes y hermosas.

Añádase que un iconostasio centellea en sus oros entre el pavimento de mármol y el arco triunfal, escondiendo bajo la pared todas sus leyendas de la pasión, el secreto del ábside y la mantiene en la solitud. Fatigados no obstante, y visitantes demasiado apresurados, demasiado distraídos, demasiado poco científicos, no hemos sabido estudiar en esos inestimables museos de la pintura bizantina. Todavía más. Hemos incluso a menudo echado pestes contra las restauraciones mancilladas y hemos vuelto la espalda al libro pintado que se nos abría, cada página del cual merecía comprensión y amor. Las bibliotecas en pleno desorden, bibliotecarios que ignoran incluso de lo que disponen (maravillosos documentos) la imposibilidad en que nos encontrábamos para hacernos comprender, la enfermedad que nos quitaba energía —tantas cosas nos han empujado a dejar Athos con demasiada precipitación. Y sé muy bien que nunca voy a volver... ¡Es preciso encontrarse solo sentado en tu triste habitación provinciana un domingo desesperante de lluvia, para sentir con desgarramiento, toda la felicidad dejada escapar! El recuerdo más vivo se reviste de púrpura, de rosa y de ultramar, lleva corona centelleante y casulla de oro, y el espíritu, peregrino penitente, atraviesa tierras y mares

para regresar en algún extrañamente preciso santuario, reencontrar casi intactas las emociones vividas. En este momento tengo sin embargo un testigo sobre la mesa: la copia emborronada de una miniatura de algunos centímetros cuadrados hecha la mañana de nuestra partida de Athos, en la biblioteca del convento Roussikón. En su campo más pequeño que la palma de la mano, el infinito de una llanura perdidamente verde —de ese verde malaquita que precede la gran tormenta, visto una tarde en Rávena a la vuelta de Saint-Apollinaire in Classe— ha logrado inscribirse bajo un cielo dorado, el cielo inmenso y liso de los iconos.

Y una mujer vestida con un sayal negro, acurrucada en plegaria, pero tan doblada, tan arcaicamente suplicante, deja oír un grito de abandono. La oscura nube está en un ángulo de la miniatura, y algunos tallos floridos se inclinan así como la mujer con la misma vehemencia de ráfaga. Extraña fuerza de una torpe imagen, pero tan pequeña que, justamente, queda todo el espacio para la imaginación y no podemos agradecer lo suficiente al iluminador ingenuo, de haber sabido conjuntar, hace más de mil años, esos tres tonos elocuentes y crear la unitaria voluntad de ese gesto. Un drama de alma reina en esta imagen.

Puesto que aquí se erige la fuerza, me parece más sorprendente todavía el gran icono del refectorio de Ivron. Era una inmensa bóveda de piedra, concreción completamente romana. Arcos de doble punto ritmando la bóveda, equilibran el peso de las piedras. Estaba blanqueado de cal y el suelo ampliamente embaldosado. Las tablas eran de enormes y espesas baldosas de mármol blanco. Y cada paso resonaba con solemnidad en el vestíbulo desnudo y tan blanco que los negros popes se levantaban no como un volumen, sino como una mancha, casi un agujero. En el ábside terminal había el gran icono, en lo alto de la pared, encuadrado en negro. El oro del fondo está viejo. Es una Virgen más poderosa que de Cimabüe.

Opino que así colocada una pintura es de toda elocuencia y no de espíritu monástico como en todas las pequeñas iglesias cubiertas de frescos, células encerradas en un convento cuya puerta da a un foso, bajo una grada, frente al puente levadizo, templo de gente replegada en ella misma, que ha renunciado a conquistar, encerrados en su isla que ya no se atreven a dejar.

¡Oh, que cerrados estaban esos santuarios!

Y Santa Sofía me gusta que pertenezca a los innumerables turcos, conquistada, me parece, una tarde dorada, una tarde de apoteosis sangrienta, por Mahomet el Conquistador, que ha dejado, en la inmensa nave gloriosa de transparencias del oro y de esmalte, el soplo de las grandes épocas, el gran aire de las tierras y los mares subyugados.

.....

Contemplación enfermiza.

En una noche de fiesta...

Visión fantástica del santuario de la Virgen...

En oscuro ábside detrás del iconostasio.

El iconostasio flameaba de maravillosos oros atizados, después de un año de oscuridad, por la antorcha fulgurante de las ofrendas levantadas en el coro.

La antorcha en forma de árbol *conffero*, hordas superpuestas de cirios flameantes y chorreantes, empalados cada segundo por el sacerdote oficiante, a la plegaria de un peregrino llegado hasta aquí a través de la noche. Cirios de cera virgen, dorada. Y el alarido, y el grito, y el clamor, el jadeo, y la melopea, la agonizante melodía de la frase litúrgica. Y la cadencia, el scherzo, y la marcha en fuga de la misma frase. Y la sinuosa y tenue intercesión de la misma frase subyugada. Y la persecución en las cabezas descompuestas de los que están aquí; su elevación más allá del zarzal ardiente y del ardiente vapor del incienso, más allá de la estrecha y profunda

cúpula, a través de las glaciales y límpidas zonas estrelladas, hacia una lejana estancia...

De ahí que sienta de repente, las sienes apretadas y las rodillas rotas, ver desde muy arriba, pero en su envoltorio exterior, el santuario de la Virgen de Athos, en Ivirón, el convento de los iberos, a la orilla del mar, en plena noche avanzada. Envoltorio rosado como el hierro en su más intenso abrasamiento. E hinchada allí, flexible, tan abajo en el mundo, en la orilla plana del mar, con la gracia de sus formas ovoides irradiadas de claridad, como una urna egipcia de alabastro donde ardiera una lámpara.

Urna singularmente vigía, esta tarde, de los más místicos abandonos, de dones en su totalidad, arrancados al cuerpo carnal y ofrecidos en dolorosas y sangrientas abluciones, al Más allá, al Otro, a Quien, a Cualquier Otro que no sea él. Frenesí comunicativo de esta hora y este lugar. En el trastorno de segundos en que pierdes el dominio, la sensación punzante de sentirse *enteramente* solo, en una cripta dedicada a la más ardiente presencia de una divinidad suplicada, os abre el pecho, os abre el alma de par en par, os arranca el corazón y lo echa jadeante en el árbol inflamado del óbolo de los peregrinos, cuya forma está así llena de imágenes de las plegarias que dirigen.

Me pareció que toda la inmensidad de los aires y de las nubes, y de incommensurables espacios en altura y en extensión, eran negros y privados de claridad. ¡Y que participando de la vida de una estancia en los limbos, sentía venir de tan lejos, y llegando hasta allí, la conmoción del rito sagrado!

En la plana orilla del oscuro mar, arenas y olas enlazadas, las caracolas de alabastro iluminadas -cinco pequeñas caracolas, cinco pequeñas cúpulas-, y además absidiolos y el vínculo de los arcos apuntados, y el porche en bóveda de cañón recortado de penetraciones cilíndricas, todo animado por la multitud entrando y saliendo en masa en el atrio, sentados a la mesa en los refectorios;

y las cuatro alas en penumbra del convento de Ivirón, replegadas alrededor del santuario, y sus fachadas de fuera, vueltas hacia la noche, tres hacia el mar, una hacia la montaña.

De pie en el sitio donde el hermano Crisantos nos había colocado, sufrimos a lo largo de horas, el desarrollo continuo y parecido de la ceremonia. Crisantos se colocó a nuestra izquierda y se puso a cantar.

Es una loca fatiga que alucina. Pensad: hemos descendido, toda la tarde, la montaña, con un calor doloroso y, hambrientos, hemos tenido que explicar nuestro retorno a ese convento de donde ya nos habíamos despedido seis días atrás: "Venimos por la fiesta de la Virgen, venimos por la música, por los ritos, para vibrar con vosotros, por tanta simpatía que os tenemos. Muriéndonos de hambre, Crisantos, ingenuo y sin pensar en ello, de todas maneras nos ha empujado hacia la iglesia, nos ha abierto paso en la noche, densa y pesada de peregrinos en multitud amontonada, y nos ha dado los sitios de unos huéspedes privilegiados, en el transepto, en la hoguera de incienso, frente a frente al obispo y al mismo borde del gran vacío dejado, que domina el iconostasio y donde arde el árbol de los cirios... Ya que nosotros habíamos venido para la música, los ritos... Pasó medianoche, exaltando los espíritus. De pie en los sitios, estábamos consumidos por la lasitud. Habían pasado dos horas, estremando las cosas, los pobres viejos desplomados sobre las rodillas, somnolientos, encogidos. Nos moríamos de hambre, en este lugar tan cercano al altar y esperando que todo acabara. Entonces el atenazamiento de la música se había exacerbado; iyo vagabundeaba a través de mi pequeña existencia, reviviendo fugitivamente unas horas olvidadas, y media todos los países cubiertos por la noche que me separan de un tejado donde duermen unos amigos, donde reposan los míos! Pero mientras todo duerme, como muerto, ¿qué diabólico frenesí místico aletea bajo esas bóvedas que un espejismo me hizo concebir hace un

momento como vistas desde el cielo, de allí donde las pregarias deben desembocar, en forma de tabernáculo caliente y delicado como la urna de alabastro animada por la llama de la lámpara?

El obispo de Salónica que ha venido exprefeso, se ha revestido de violeta; presidirá este oficio de cripta –visión hindú, visión de edades perecidas, de razas desaparecidas, de cultos pavorosos. Hasta la mañana, de pie el obispo, asistirá sin hablar ni moverse, pero con la misión de estar aquí como el emisario celeste. El silencio establecido por la somnolencia de la mayoría, adormecidos aquí o que se han dejado caer en las esquinas de los patios, en las salas de banquetes abarrotadas, confiere a los restantes agitadores, el sentimiento de una gran tarea a cumplir: ¡el alba debe encontrar a la iglesia ardiente de rezos! Los muezzins no son nada en lo alto de sus torres, para gritar en la luz de la tarde; los derviches de Scutari no han hecho gala de un frenesí tan dulce, agudo: gritos del corazón, gritos de fieras, alaridos. Los templos llenos parecen prestos a estallar, las hebras de las frentes carmesi dibujan cuerdas y cables nudosos. Esos cuatro o cinco que continúan obstinadamente el canto, uniforme testarudo gritando de pasión, vuelven sus caras convulsas hacia lo oscuro de la cúpula, apoyados en los reclinatorios de los sitiales. Una paz inmensa nos envuelve a nosotros, los inmensamente afligidos; la noche, el mar, el monte -nosotros, las cúpulas asfixiadas de humaredas de cera y de incienso, el gran clamor del grito de angustiosa llamada. Cerrando los ojos al fin, tengo la visión de un sudario negro, jalonado de estrellas de oro. ¡Estoy en el sudario, pero desconocido por las estrellas!

Como un maniquí, me arrastran hacia el refectorio.

.....

La irritación largamente replegada se esfuerza y se levanta, y va a estallar al fin. La frailería, las paredes almenadas y las fortalezas anacrónicas y los lacayos –también la chusma–, o la belleza

angelical, y la claustración, y los peregrinos dulzones, extáticos confites, glotones, y esos bondadosos, inefables dos hermanos hospitalarios de Karacallou; hermano "Flor de oro" tan reservado, tan secretamente coqueto de dejar medir su muy real y bella superioridad —¡Ah, ya estoy harto, igual que de la dulzura de esta naturaleza, hinchada de sabia y húmeda de alegría, jadeante de emparrados, todo eso eternamente, cada día, desplegado ante un mar inmutable que atrae y se lleva peregrinos extáticos y venales!

No se ve ni una mujer —falta pues de todo, en este Oriente cuya mujer es incluso solamente para la vista el condimento primordial—, ni batallas, peleas, ni estallar guerras. Sino sólo asechanzas de lengua socarrona, allí, en la taciturna sala del protate, entre los nueve epistates con caras de hienas o de Amfortes incurables.

¡No se ven niños! ¡Nunca me hubiera creído capaz de esta observación! ¡Pero sobre todo que me afectase!

Ni polluelos, ni pollinos, ni palomas.

Todo machos, solitarios y, si no corroidos por angustias, vacíos entonces de todo sentido marcial. ¿Unos qué? Bajo el creciente malestar del cuerpo, el cerebro recopila y agrava, conjeturando. ¿Entonces qué, quedarse? ¡No! Huir, huir de la montaña santa y de sus dulzuras inquietantes o si no, como esos frailes sanos de Karacallou, trabajar como negros, en los avellaneros, en los trigales, en los olivares, en el remozamiento de salas y paredes. Ni siquiera, puesto que por la tarde, también allí, las manos caídas entre los muslos, la mirada siguiendo la corriente del pensamiento, lleva... a los hermanos, oh tormento, triste estancia en Athos. Y sin embargo se rebela en mí el sentimiento de reconocimiento, de gratitud, de efecto, etc.

¡Sol implacable, mar lancinante, inmutable, demasiado, demasiado! ¡Oh, pelearse, moverse, gritar, crear!

.....

En un abatimiento total, en la vaga embriaguez de sentir desplomarse el espacio, franquearse; en el tumulto de proyectos inconscientes, de esperanzas sorprendentes, el barco zarpa, se desliza, golpea el agua, encara de lleno el mar, se sumerge en él, girando resueltamente hacia el Sur. Y nosotros, acostados de espaldas entre tantos tipos de gente, vemos el inmenso triedro de mármol, la santa pirámide completamente azul bajo la luna llena, todavía escondida detrás, dominarnos y ofrecer a nuestro delecto sus flancos constelados de fortalezas de negros monjes, almenas y muros.

Y entonces elevarse la incomparable quietud y la trágica latencia del alma de Oriente en lamentaciones, luego en cantos, en melopeas, en letanias, en gritos de la garganta y de la nariz. Todo eso con el acompañamiento de una extraña, bella y gran guitarra, u en la respetuosa escucha de todos esos amantes del canto, que son nuestros numerosos y desconocidos compañeros de viaje. Y sobre este barco fletado por tal o cual compañía donde no hay distinción de clase, la tripulación reducida a riada, se mezcla con nosotros y escucha. Hay quienes van a Jerusalén; hay quienes huyen de Lods y Kiev. Hay persas y caucasianos que van a la Meca. Otros hacia América, escapan a la quinta turca —jóvenes de diecinueve años, en masa. A todos, extraño barco, y también a nosotros que vamos a ver la Acrópolis, a todos nos acosa un sueño, una aspiración, una demencia.

¡Entra la noche, negra y dulce en los campos de nuestra visión, el Athos ha desaparecido, pero hay tantas estrellas!

EL PARTENÓN

EXTENDERE sobre todo este relato el color ocre rojo; pues las tierras están exentas de verdor y parecen de arcilla cocida. Y cascajos negros y grises ondularán monstruosamente sobre inmensas extensiones, únicamente limitadas por rocas erizadas, o rechazadas por la inclinación abrupta de los montes. Y entrarán en las olas de las numerosas calas sin que siquiera el mar ni los años hayan dulcificado su áspera estructura; sus márgenes se deshilan también en los confines de vastas extensiones rojas, áridas, desoladas. Así se ofrecen desde Eleusis hasta Atenas los espectáculos que nos reserva cada paso. El mar siempre presente, livido bajo el mediodía, flameante al caer el día, sirve de medida a la elevación de los montes cerrando el horizonte; el paisaje contraído ya no se beneficia más, pues, del espacio infinito que endulzaba las imágenes del Athos. La Acrópolis -esa roca-, surge en solitario en el corazón de un marco cerrado. A la izquierda más allá del Pireo, cuando del mar sube como una humareda, apenas se siente que la pleamar está ahí y que las flotas entran. El Hymeto y el Pentélico, dos cadenas muy altas, dos grandes pantallas contiguas, se sitúan a nuestra espalda, orientando la mirada hacia el lado opuesto, hacia el estuario de piedra, de arena del Pireo. La Acrópolis cuya cima llana lleva los templos, cautiva el interés, como la perla en su

valva. No se recoge la valva sino por la perla. Los templos son la razón de este paisaje.

¡Qué luz!

He visto, un mediodía, cómo trepidaban los montes como aire caliente sobre una cacerola de plomo fundido.

Una mancha de sombra forma una especie de agujero. Ya no se observa nada de penumbra. La unidad roja del paisaje se ha comunicado a los templos. Sus mármoles tienen un resplandor de bronce nuevo sobre el azur. De cerca son en realidad tan rojos como tierra cocida. Nunca en mi vida he sentido la ascendencia de tal monocromía. El cuerpo, el espíritu, el corazón jadean, metidos de repente en un puño.

Efectivamente se confirmó la rectitud de los templos, la adustez del lugar, su impecable estructura. El espíritu fuerte triunfa. El heraldo demasiado lúcido toma la embocadura del bronce y profiere una estridente vociferación. El entablamiento de una cruel rigidez aplasta y aterroriza. El sentimiento de una fatalidad extrahumana sobrecoge. El Partenón, máquina terrible, tritura y domina; a 4 horas de marcha y a una de chalupa, desde tan lejos, entroniza su cubo, frente al mar...

Y he deseado después de semanas de aplastamiento en este lugar brutal, que una tempestad viniera a ahogar en sus aguas y remolinos el bronce áspero de los templos...

¡Llegada la tempestad, vi a través de las anchas gotas de lluvia, cómo la colina se tornaba blanca de repente y el templo centelleaba como una diadema sobre el Hymete negro de tinta y el Pentélico asolado por las trombas!

.....

El día ha sido cálido. El toldo extendido en la proa donde permanecemos, aprisionaba el aire. Hemos trabado conocimiento

con dos matemáticas rusas de físico viril, de poderosa máscara, de anchos ojos. Les gusta conversar. Las horas pasan sin lecturas ni borradores. El anochecer se anuncia porque se ven aparecer los maestros afiladores trayendo platos de pequeños pulpos fritos —los pulpos de Micenas. Nos levantamos de nuestra postración, nos sentamos sobre los corrajes. Por una escalera de hierro nos deslizamos a la cocina para buscar el agua que uno mismo se bombea y para sacar de un tonel un excelente vino de Sicilia. El bueno del cocinero es de Siracusa; le declaramos: "Diávolo, il vino e buono!" Es casi todo lo que sabemos de italiano, pero el hombre está satisfecho. Remontando rozamos unos toros atados al entrepuente. Son ochocientos que anteayer, a medianoche en Salónica, fueron cargados durante un hermoso claro de luna. Ochocientos toros de Tesalia. Llegaban, conducidos entre dos vallas. La grúa chirriaba sobre sus articulaciones; el poderoso gancho descendía rápidamente sobre sus cabezas. En seguida un nudo corredizo entre sus cuernos, una orden breve; el gancho subía llevándose suspendida a los cuernos, esta enorme masa de carne; se describía una gran curva; la mecánica relajaba su cadena; como una caja el toro llegaba al fondo de la bodega, caía de espaldas, agitando uno ojos despavoridos. Sin tener siquiera el tiempo de reponerse, engarzado por una argolla el morro, es sólidamente amarrado. En la boca de la bodega, una lámpara colgada, alumbraba apenas las ágiles siluetas de dos audaces vaqueros.

El cielo una vez cumplidas sus metamorfosis, el último estallido de verde se ha apagado sobre el agua. Sobre alguna faceta propicia de una ola, una estrella llega a reflejarse. El puente se ha vaciado, sólo somos tres o cuatro. Auguste ataca regularmente su pipa es la hora dulce. Reina un enternecimiento; el recuerdo del oriente que amo, vuelve a pasar mezclado a esos cielos dorados vistos en los iconos. Los ojos se fijan al mismo horizonte, siempre parecido. El sopor es completo. Todavía un breve conciliábulo de

los oficiales de cuarto, después el paso monótono del vigia sobre la pasarela, muy alto. A través de los cristales de la cabina del piloto se ve girar la rueda del timón bajo el esfuerzo de dos hombres: único corazón que palpita en esta hora en que todo duerme.

He pasado todas mis noches de mar al raso, enrollado en una alfombra multicolor de Rumania comprada en el convento Prodomos del Athos. Qué letanía más dulce nos mecería, sino la de las olas separadas por el estrave en su frotamiento calado a lo largo de la carena vibrante del esfuerzo de las hélices... Ruidos de ir y venir han turbado el final de esta noche. Antes de la aurora penetraremos entre las tierras. Paciente silencioso, el gran barco desde hace dos días ha trabajado sin descanso. La tierra de Eubea está en estribor, larga costra oscura. Auguste y yo, intercambiamos frases en voz baja y sentimos una emoción real al imaginar que esta tarde, habremos visto los inmortales mármoles. La proa ha pivotado largamente sobre la bisagra del timón; salvo a nuestra espalda, nos rodean tierras por donde se introduce el mar. Aquí el Atica, aquí el Peloponeso. Aquí el faro blanco, y, muy cerca, un puerto; aquí unos montes singularmente nerviosos, muy poco parecidos a los de Brousse y de detrás de Escutari. El 'mar está desierto; en esta hora del alba nada de las innumerables chalupas llenas de "carpous", de tomates y legumbres dirigiéndose como en Constantinopla hacia la ciudad con el burdo apresuramiento de los grandes abejorros. Y este país moreno parece un desierto. En el eje del puerto, muy a lo lejos, en la falda de los montes formando arco, se muestra extrañamente un peñasco, plano en la cumbre y flanqueado a la derecha por un cubo amarillo. ¡El Partenón y la Acrópolis!... Pero no podemos creerlo; ni siquiera nos lo imaginamos, no nos detenemos. Estamos desorientados; el barco no penetra en el puerto, continúa su marcha.

El peñasco simbólico desaparecido tapado por un promontorio. El mar está extremadamente encerrado; rodeamos una isla. ¡Rabia!

diez, veinte naves están allí amarradas con pabellón amarillo, el pabellón del cólera, el de Kavás en el mar Negro de Tusla en el Mármara. ¡El que ya conocemos, en efecto! De repente la hélice enmudece. Caen las áncoras. Nos detenemos, Se ha izado el pabellón amarillo. ¡Estupor! Zafarrancho, inquietud general. El capitán se altera, se violenta, grita, insulta: las chalupas están en la mar. ¡Valor, pasajeros de Atenas! Mezcolanza. Los bultos y las cajas, los hombre y las mujeres descienden rodando por las escaleras. ¡Cuántos gritos, insultos, vociferaciones y, en todas las lenguas! Sobre un pequeño muelle al que nos guían los remeros, hay un señor con boina blanca, obsequioso con los ricos, brutal y grosero con los pobres: ¡un funcionario, un chupatintas! Barreras enrejadas separan unos campamentos de barracas... ¡La cuarentena!

Una cuarentena infecta en una isla desolada, grande como una plaza pública. Una cuarentena estúpida, administrada contra todas las leyes del buen sentido: esta cuarentena, un foco de cólera. Aquí funcionarios, allí rateros, indeseables; una vergüenza para el gobierno griego que instauró todo eso. Se nos retuvo durante cuatro días, durmiendo entre desconocidos, en la miseria y las tijeretas, bajo un cielo de fuego, sin que un solo árbol atenuara los rigores en esta isla del diablo. Un restaurante –título pomposo–, lugar de estafas, donde los que regentan este negocio, un diputado según parece, permiten que se venda el agua a cuarenta céntimos el litro y obligan a comer suciedades a precios escandalosos. Ah, é cómo se las arregló la gente pobre, aquellos para quien un dracma es una fortuna?¹

Era en la isla San Jorge, bahía de Salamina, frente a Eleusis... ¡oh, pasado, aplasta esta época vil! Épicos lugares vilipendiados por

¹ El dracma valía un franco. Para información: después de cinco meses de viajes en ese momento, de Praga a Atenas, había gastado 800 francos (de 1911) incluidas las cargas de mi aparato fotográfico.

unos descendientes fantoches, así fue como os conocimos por primera vez. Y nuestras quejas consignadas en el libro de viajeros de esta isla, se encontraron en unánime compañía. Pero no, un patriotismo ciego y estrecho, marginaba nuestras recriminaciones con alabanzas ditirámicas y granujas, firmadas Parapoulos, Dano-poulos, Nikolesteos, Pitanopoulos, etc., bastaban para asegurar a los administradores de esta infamia, la inmunidad y quién sabe si también la recompensa honorífica.

.....

Una fiebre sacudía mi corazón. Habíamos llegado a Atenas a las once de la mañana, pero yo inventaba mil pretextos para no subir "ahí arriba" inmediatamente. Finalmente le expliqué a mi buen amigo Auguste que no subiría con él. Que una ansiedad me oprimía, que estaba en una excitación extrema y que tuviera a bien dejarme solo. Bebi café toda la tarde, y me absorbi en la lectura de una voluminosa correspondencia recogida en Correos y que remontaba a cinco semanas. Después recorri las calles esperando que el sol bajara deseoso de terminar la jornada "ahí arriba", y que, una vez abajo, no me quedara más que ir a acostarme.

Ver la Acrópolis es un sueño que se acaricia² sin imaginar siquiera realizarlo. No sé muy bien por qué esta colina encubre la esencia del pensamiento artístico. Sé medir la perfección de sus templos y reconocer que en ninguna otra parte son tan extraordinarios; y he aceptado desde hace mucho tiempo que aquí esté como el depósito del calibre sagrado, base de toda medida de arte. ¿Por qué esta arquitectura y no otra? Quiero creer que la lógica debe explicar que todo está aquí resuelto según la más insuperable fórmula; pero el gusto, mejor dicho el corazón, que conduce a los

² Estamos en 1911.

pueblos y dicta su credo, ¿por qué, a pesar de un deseo a menudo de sustraerse a él, se lleva de nuevo, por qué lo llevamos de nuevo a la Acrópolis, al pie de los templos? En mi es un problema inexplicable. ¡Cuántas veces toda mi persona se ha dejado llevar por un entusiasmo absoluto ya frente a las obras de otras razas, de otros periodos, de otras latitudes! ¿Pero por qué, después de tantas otras debo designarlo como el Maestro incontestable el Partenón, cuando surge de su bandeja de piedra e inclinarme, incluso lleno de cólera, ante su supremacía?

Y esta certeza ya presentida cuando concedía sin reserva al Islam todas mis fuerzas admirativas, había de expresarse de manera formidable con la fuerza de las trompetas cuando cien bocas soplando determinan un clamor, el mismo ruido de las cataratas. Sin embargo, acordándome que Estambul del que había esperado tanto, no había librado su secreto sino después de veinte días de deseo y de trabajo, yo tenía en mi, cuando hube atravesado los Propileos, el escepticismo deliberado del que cree inevitable la desilusión más amarga...

Con la violencia del combate, su gigantesca aparición me pasmó. El peristilo de la colina sagrada estaba franqueado, y único y cuadrado, del único trazo de sus bronceados fustes, el Partenón alzaba el entablamiento, esa frente de piedra. Unas tarimas en la parte inferior, servían de soporte y lo exalzaban con veinte repeticiones. Nada existía más que el templo y el cielo y la zona de las losas atormentadas por siglos de depredaciones. Y ya nada de la vida exterior se manifestaba aquí; únicos presentes, el Pentélico a lo lejos, acreedor de esas piedras, portador en su falda de la marmórea herida y el Hymeto coloreado con la más opulenta púrpura.

Habiendo escalado unos peldaños demasiado altos, no tallados a escala humana, entre el cuarto y el quinto fuste acanalado, entré en el templo por el eje. Y habiéndome vuelto de repente, desde

este lugar antaño reservado a los dioses y al sacerdote, abrazaba todo el mar y el Peloponeso; mar flameante, montañas ya oscuras, pronto mordidas por el disco solar. El precipicio de la colina y la sobreelevación del templo por encima de las losas de los Propileos, apartan de la percepción cualquier vestigio de vida moderna, y, de una vez, dos mil años son abolidos, una áspera poesía sobrecoge; la cabeza hundida en el hueco de la mano, caído sobre uno de los peldaños del templo, sufres la sacudida brutal y te mantienes vibrante.

El sol poniente golpeará con su último dardo esa frente de metopas y de liso arquitrabe y, pasando entre las columnas, atravesando la puerta abierta al fondo del pórtico, despertaría, si no estuviese dispersa desde hace mucho tiempo, la sombra agazapada al fondo del palco privado de su techo. De pie sobre el segundo escalón norte del templo, en el lugar preciso en que cesan las columnas, seguía al nivel de los tres peldaños, la persecución de su horizontalidad más allá del golfo de Egina. Y a mi espalda izquierda, elevándose en una extensión formidable, la pared ficticia que constituye la repetición de los canales vivos de los fustes, tomaba la fuerza de una inmensa estructura blindada de acero, y las "gotas" de los mútulos invocaban sus remaches.

Exactamente a la hora en que el sol da a tierra, un silbido estridente echa al visitante y los cuatro o cinco³ que han peregrinado desde Atenas, vuelven a pasar el blanco umbral de los Propileos, luego una de las tres puertas y deteniéndose impresionados antes de iniciarse la escalera, midiendo a sus pies como un precipicio de penumbra; y encogiéndose de hombros, sienten chispear, inabarcable como el mar, un pasado espectral, una presencia ineluctable.

³ Era el año del gran cólera en Oriente y ningún extranjero corría riesgos allí.

El Templo de la Victoria Apta como un vigía en la cumbre de un pedestal de veinte metros en piedra aparejada, domina hacia la izquierda el nivel anaranjado del mar y proyecta en flamante cielo la silueta del fuste de ángulo jónico de su pronaos. Piedras esbeltamente talladas, dedicadas a la Victoria.

Queda, para calmar la fiebre, un delicioso crepúsculo y el largo paseo por las avenidas de la ciudad tan alegre y límpida, al lado de un buen amigo que, en esta primera tarde, por propia iniciativa respetará el tácito contrato del silencio y de la placidez que nos invade.

.....

Desde la cima de la colina el cerrado contorno oprime, por sus peldaños, los templos, y lanza al cielo sus **columnas** apiñadas de diversas formas. Sobre el declive de la **vía** que conduce al Partenón, los peldaños tallados en el mismo peñasco, oponen una primera barrera. Pero por encima de ellos están los grandes escalones de mármol, obstáculo decisivo para la escalada del hombre. Los sacerdotes salían del palco y bajo el pórtico, sintiendo a su espalda y a sus flancos, el regazo de los montes, su mirada horizontal por encima de los Propileos, se dirigía al mar y a los montes lejanos que éste baña. En la **línea** mediana del estuario en cuyo fondo se levanta el templo, el sol describe su curso hasta el ocaso; y en la época de los calores caniculares, su disco toca las tierras por la tarde en el mismo eje del templo. La corona de piedra que limita el altiplano tiene el don de sustraer toda sospecha de vida. El espíritu despierto se embarga y se sumerge aturdido, en una **lejanía** que no es necesario reconstruir. Ya que también sería hermoso, que independientemente de la realidad -esos templos, este mar, esos montes, toda esta piedra y este agua—, fuesen aunque

sólo por una hora, el sueño intrépido de un cerebro creador. ¡Extraordinario!

La impresión física es que un hálito más profundo dilata el pecho. Que una alegría empuja hacia la roca desnuda, desprovista de su antiguo adoquinado y os arroja de alegría en admiración, del templo de Minerva al templo de Erectea y de allí a los Propileos. Por debajo de ese pórtico se ve en su masa dominante, el Partenón que echa hacia lo lejos su arquitrabe horizontal y opone a este paisaje concertado, su frente como un escudo. Unos frisos todavía presentes en lo alto del palco, ven correr ágiles caballeros. Yo los veo con mis ojos de miope, en lo alto, tan claramente como si pudiera tocarlos, tanta es la coincidencia entre la medida de su prominencia y la pared a que se adosan. Las ocho columnas obedecen a una ley unánime, brotan del suelo, parecen no haber sido puestas, como así fue hecho por el hombre, cimienta sobre cimienta, pero dando a creer que suben del subsuelo; y su surgimiento violento en su labrada envoltura lleva hasta una altura que la vista no sabe apreciar, la lisa diadema de arquitrabe asentado sobre los ábacos. La austera abundancia de metopas y de triglifos bajo el remache de las gotas del alero, desplaza la mirada más allá de la cornisa izquierda del templo, hasta la columna extrema del frontón opuesto, haciéndole captar en bloque el gigantesco prisma de mármol tallado hasta lo alto con la rectitud de una matemática evidente y la nitidez que confiere a su labor el mecánico. Pero el frontón occidental marcando con su cumbre la mitad del espacio, afirma -en concierto con los montes, el mar y el sol- la rigidez de una máscara y su orientación inmutable. Había creído poder comparar ese mármol al cobre nuevo, deseando que fuera del color así señalado, esa palabra sugiriese el explosivo clamor de esta masa extraordinaria levantada con la inexorabilidad de un oráculo. Ante la inexplicable agudeza de esta ruina, se ahonda cada vez más el abismo entre el alma que siente y el espíritu que mide.

A cien pasos de allí, presencia admitida por el indómito titán, sonrío sobre una base de paredes lisas, en flores de mármol, carne, viviente, el alegre templo de los cuatro rostros -el de Erectea.

Su orden es jónico —de Persépolis, los arquitrabes. Se decía de oro incrustado, de piedras preciosas, de marfil y de ébano; el Asia de los santuarios por una encantadora sorpresa había echado algo turbio en el acero de esa mirada, aprovechando que había creído poder sonreír. Pero gracias a Dios, los tiempos han tenido la razón de su parte; y yo saludo la **monocromía** reconquistada para la colina. Es preciso señalar, frente al Partenón descrito, la actitud vertical de seis mujeres vestidas, portando el entablamiento de piedra donde, por primera vez has aquí en el Atica, aparecieron los dentellones. Mujeres extrañamente severas y meditabundas y que portan sonrientes, tensas y sin embargo temblorosas —**quizás** la expresión más concreta aquí— una anchura insigne y una insigne predominancia. Sin embargo el templo alegre de los cuatro rostros ofrece a cada plano del cielo una cuota diferente. Lo adornan frisos de *lys* de agua y de acanto, mezclados a las palmetas, elemento sobrenatural. Y agujeros de sellado, encuadrados de manera **meta-**mente visible sobre la diadema del arquitrabe, prueban que unas victorias corrian en actitudes de danzarinas; se sabe. Seguramente esos mármoles cincelados de bajo-relieves se estén pudriendo en algún museo, pero no lo recuerdo. Y en la cara norte, dominando el enorme precipicio de la colina ceñida en esta parte por paredes verticales de piedra del Pireo mezcladas con tambores de antiguas columnas, no conozco expresión alguna que refleje la cándida elegía de este pórtico tetrástilo. Pero me gusta más aún, una vez descansado, regresar en medio de los restos que siembran el suelo, bajo la égida de las piedras que han sido levantadas de nuevo -en los Propileos—, deletrear el Partenón.

El día y las semanas pasaron en este sueño y esta pesadilla, desde la mañana esplendorosa, durante el **mediodía** embriagador,

hasta el atardecer cuando, de repente, el silbido de los vigilantes nos arrancaba de allí y nos expulsaba más allá de la pared perforada por tres grandes puertas que a esta hora dominan, como ya he dicho, una naciente oscuridad.

.....

Es conveniente que nosotros los constructores, sepamos eso y lo meditemos.

Los templos de la Acrópolis cuentan hoy dos mil quinientos años. No han sido conservados desde hace quince siglos. No sólo las tormentas han desencadenado sus acostumbradas trombas, pero más nefastas que los terremotos, también los hombres-trogloditas ciertamente estupefactos de su herencia han habitado la colina. Y han arrancado lo que *creían* necesario, losas de mármol y grandes bioques, y han construido en mezcolanza de tapias y cascajos, chozas para la chiquillada. Los turcos hicieron una fortaleza. ¡Qué mirador para un asalto! Un buen día, en 1687, el Partenón servía de polvorín. Durante el ataque un obús revienta el tejado que encendía la pólvora. Todo salta...

El Partenón ha permanecido, desgarrado pero en pie y ahí está: Buscad sobre las columnas acanaladas, formadas, con veinte asentamientos, la juntura de los tambores: no se encuentra, pasando la uña por esas zonas que se diferencian por la pátina ligeramente diversa que cada mármol sufre con el tiempo, la uña no nota nada. ¡Hablando con propiedad, la juntura no existe, y la enérgica arista de los canales se prolonga como un solo trazo en un monolito!

Poneos de bruces en el suelo delante de un fuste de los Propileos y examinad su nacimiento. En primer lugar, os encontráis sobre un suelo enlosado cuya horizontalidad es tan absoluta como una teoría. En grandes placas, la masa de alabastro reposa

sin embargo sobre un suelo artificial, hondos cimientos o mejor, solevación audaz. La base del fuste, festoneada por veinticuatro canales es intacta como la admiración que os produce. Y la losa cavada a su alrededor a semejanza de un canalón de desagüe acusa un arcén de dos o tres milímetros quizás. Esta medición sutil realizada hace dos mil años —nimbo de un nacimiento— es todavía sensible, tan fresca y neta como si el escultor hubiera llevado ayer la tijera y la masa que han tallado ese mármol.

La pared de tres puertas, más ampliamente abierta en su mitad para que los carros pudiesen entrar en los Panateneos, es un paño de mármol de mil adoquines ajustado hasta tal punto que provoca la caricia y la mano ampliamente desplegada querrá penetrar el espejismo de esos cimientos milenarios: la superficie tan lisa como un espejo juguetea con las vetas diversas que propone cada adoquín...

¡Oh, pero, no examinemos los escombros proyectados por la explosión! Sufiríais como yo, el aplastamiento de un arte incomparable y os entraría vergüenza... pensando, por desgracia, en lo que nosotros hacemos, nosotros en el siglo veinte.

A la izquierda del Partenón columnas enteras están caídas, echadas abajo —como un hombre que recibe pólvora en plena cara. Como los tambores escalonados, como los anillos de una cadena rota. Uno no se imagina lo que son esas columnas, no se les concede si no se las ha visto la grandeza que les transmitió Ictinos. Su diámetro sobrepasa la altura de un hombre —medida colosal empleada sobre una acrópolis, en un paisaje desierto fuera de todo parangón común entre los hombres. ¡No se puede concebir que ese diámetro sea también el de algunos engendros de nuestra Europa central, bastardos de Vignola!

Bajo el arquitrabe unido, masa elocuentemente elástica, que transmite al fuste el lastre entero del enorme entablamiento, la esquina de los capiteles apenas abultada está atada con tres pe-

queños anillos cuya medida total se inscribe en la longitud de una pulgada. Cada uno de esos anillos (ved desde el suelo este capitel vuelto del revés) tiene su altura evaluada en milímetros en una relación de faceta y de cuello, que una alteración insensible reduciría a la nada. Es bello pues, una vez medidas esas insólitas verdades sobre los restos (testigos útiles) considerarlos bajo la sombra de las cornisas⁴ y de constatar su indispensable función.

Horas laboriosas bajo la luz divulgadora de la Acrópolis. Horas peligrosas, provocadoras de una desconsoladora duda en la fuerza de nuestra fuerza, en el arte de nuestro arte. Ya que se prueba que el helenismo sumergente está precisamente en esas cosas señaladas, y los nombres de Ictinos, Calícrates y Fidias, se vinculan tanto a los anillos de la equina como a la suprema matemática del templo.

Aquellos que, practicando el *arte* de la arquitectura se encuentran en un momento de su carrera con el cerebro vacío, el corazón roto de dudas, ante la tarea de dar forma viviente a una materia muerta, podrán concebir la melancolía de los soliloquios en medio de los escombros –de mis charlas heladas con las piedras mudas. Con las espaldas cargadas con un pesado presentimiento, muchas veces he dejado la Acrópolis, sin atreverme a afrontar que habría que trabajar algún día.

.....

Un día. Alguna tarde, desde la falda del Licabete que domina la Acrópolis, he visto más allá de la ciudad moderna encendiendo sus luces, la colina desamparada, y su vigía de mármol el Partenón,

⁴ A más de veinte metros de altura (al principio de este primer viaje de Oriente, no tenía aún el hábito de tomar las dimensiones exactas de los objetos que llamaban mi atención. De todas formas la toma de conciencia de las dimensiones me afectó en seguida. De ahí lo que yo llamo "el hombre del brazo alzado", clave de toda arquitectura.

dominándola para conducirla, parecía, hacia el Pireo, al mar que fue esa vía vibrante a través de la cual tantos tesoros conquistados vinieron a alinearse bajo los pórticos de los templos. Carena de roca, osamenta trágica en una claridad que muere sobre todas esas tierras rojas. Una claridad moribunda sobre la sed de la tierra roja, coagula una negra sangre sobre la Acrópolis y su Templo -el impasible piloto que con todo el movimiento de sus costados mantiene la dirección. Una serpiente de luz, se ilumina -boulevard límpido que envuelve la gran osamenta trágica y hacia la derecha se desliza hacia plazas animadas de vida moderna.

Eso es en efecto lo infernal de la visión; un cielo vacilante se apaga en el mar. Los montes del Peloponeso esperan la sombra para desaparecer y, en la noche agarrada a todo lo que es firme, el paisaje entero se suspende en la barrera horizontal del mar. El oscuro nudo que abrocha el cielo a la noche de las tierras es el negro piloto de mármol. Sus columnas nacidas en la sombra, portan la oscura frente, pero estallidos de claridad se funden entre ellas como las llamas surgidas de los tragaluces de una nave ardiendo.

.....

▼ Hoy he atravesado de nuevo los cascajos de un inmenso paisaje. Había tenido que beber bastante mastic⁵ para luchar contra el cólera de 1911 que invadía todo el Oriente. En medio del adormecimiento de las tierras, se abría una bahía, en otro tiempo consagrada a unos misterios: ¡Eleusis! Entre los vestigios antiguos la imaginación reconstituye el diálogo de los mármoles arquitrabados y de los horizontes del mar. El visitante asiste como un

⁵ El mastic es, en oriente, un antepasado de la absenta, bebida que fue prohibida en Francia el día de la declaración de la guerra de 1914.

extraño. El cielo es negro. El inmenso crisol removido ha cubierto con su bóveda las olas del bronce vertido en los golfos y las bahías y algunas islas flotan a lo ancho, como escorias. El trenecillo me condujo a través de algunos intentos de cultivo. Pronto estuvimos en lo alto de una colina; unas nubes llegadas pesaban como balones sobre la bahía semirredonda; tres pinos se retorcian en un desierto de arena. Y muy lejos los montes con sus dentaduras descantilladas, desgarrando el abanico rosa de los postreros rayos, ayudaban al verde de la noche a penetrar de vapores amargos la masa palpitante del cielo.

Me penetró un frío, desterrando toda embriaguez. Estaba solo, desde hacia muchos días, y ya son siete meses viajando a través de Europa, desde Berlín hasta aquí. La enfermedad me sofocaba. Estuve como todas las noches, en un ruidoso café; los agudos violines atenazaban mi corazón. Ahí está otra vez esta música de cafés chics y de malos establecimientos, inefables emisarios del progreso europeo.

Hoy, todavía he bebido demasiado mastic. He visto llevar a muertos por las calles, con el rostro al viento, verde y cubierto de moscas; sacerdotes con sus hábitos ortodoxos.

Ahi arriba a cada hora más muerte. El gran golpe ha sido el primero. Admiración, adoración y después anonadamiento. Fue, y ya se me escapa; me deslizo ante las columnas y el entablamiento crueles, ya no me gusta ir. Cuando lo veo de lejos es como un cadáver. Se acabó la ternura. Es un arte fatal del que no escapas. Glacial como una verdad inmensa e inmutable. ¡Pero cuando veo en mi cuaderno de notas un croquis de Estambul, se me calienta otra vez el corazón!...

.....

Hoy mi mensaje es más digno. Hojeando las mil fotografías clasificadas en las carpetas del Instituto Arqueológico, he visto la imagen de las tres Pirámides. La amplitud del hálito que modifica las dunas ha barrido de mi espíritu la queja de Edipo. La conmoción extrema de todas esas semanas se disipa; tengo cosas fáciles, arquitecturas conocidas y soñaba con un rincón de Italia, una cartuja...

Mi decisión está tomada: no abordaré ninguna nueva cultura. El gesto de las pirámides es vasto y estoy demasiado fatigado. La proa será Calabria y no Chipre. No veré ni la Mezquita Omar, ni las Pirámides...

Y sin embargo escribo con ojos que han visto la Acrópolis y regreso feliz.

¡Oh!

¡Luz!

¡Mármoles!

¡Monocromía!

Frontones abolidos, menos el del Partenón, contemplador del mar, masa de otro mundo. El que toma aun hombre y lo coloca por encima del mundo. ¡Acrópolis que acoge, que eleva! La alegría del volver a acordarme me asalta por completo y es fortificador el sentimiento de llevarme la vista de esas cosas como una parte nueva de mi existencia, desde ahora inseparable.

EN OCCIDENTE

ESTOY muy afectado por todas esas cosas de Italia. Había vivido cuatro meses de magistral sencillez: el mar, montañas de piedra y con el mismo perfil —Turquía con las mezquitas, las casas de madera, los cementerios, el Athos con conventos cerrados como una prisión alrededor de la única iglesia bizantina; Grecia con el templo y la cabaña: La tierra era desnuda. Era lógico que la vida se concentrase en las aldeas. Y nada fuera de eso nos distraía: lo sabíamos.

¡Desde Brindisi, he visto todos los estilos y todos los tipos de casas, y todas las especies de árboles y de flores, de hierba! Las montañas tienen una figura. Los estilos se complican: aglomeración a menudo dudosa.

Todo nos lleva a distinguir a los turcos. Eran educados, graves, tenían el *respeto* de la presencia de las cosas. Su obra es inmensa y bella, grandiosa. ¡Qué unidad! ¡Qué inmutabilidad! ¡Qué sabiduría! Las tardes ante los atrios de las grandes mezquitas...

¿Por qué nuestro progreso es feo? ¿Por qué los que todavía tienen sangre virgen se apresuran a sacar de nosotros lo peor? ¿Gustamos del arte? ¿No es seca Teoría seguir haciendo arte? ¿Es que ya nunca más haremos Armonía? Nos quedan santuarios para dudar por siempre jamás. Allí, no se sabe nada del presente, se está

en el pasado; lo trágico y la alegría exultante se tocan. Te sacude por entero porque el aislamiento es completo... Eso ocurre sobre la Acrópolis, sobre los peldaños del Partenón. Se ven realidades de otros tiempos y más allá el mar. Tengo veinte años y no puedo responder...

Terminado de escribir en Nápoles el 10 de octubre de 1911 por Charles-Edouard Jeanneret. Releído el 17 de julio de 1965, en el 24 de Nungesser et Coti, por Le Corbusier.